


EL
MENSAJERO,
DEL  MÁS ALLÁ

BECKA M. FREY

Título: *El mensajero del más allá*

© 2019, Becka M. Frey

De la edición y maquetación: 2019, Begoña Medina

Del diseño de la cubierta: 2019, Mónica Gallart

Corrección: 2018, RM Madera

Primera edición: Julio, 2018

Impreso en España

ISBN-13: 9781099465512

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

AGRADECIMIENTOS

Dedicatoria

Capítulo 1. Maldita rutina

Capítulo 2. La «novia»

Capítulo 3. El email

Capítulo 4. El bloc de dibujo

Capítulo 5. El mensaje

Capítulo 6. El espiritista

Capítulo 7. Los recortes de periódico

Capítulo 8. Las noticias

Capítulo 9. Nueva vida

Capítulo 10. La fusión

Capítulo 11. El primer toque de atención

Capítulo 12. Confianza

Capítulo 13. El símbolo

Capítulo 14. Cambio de planes

Capítulo 15. ¿Dónde está?

Capítulo 16. El informe

Capítulo 17. Revelaciones

Capítulo 18. Atrapado

Capítulo 19. El abogado del diablo

Capítulo 20. El martirio

Capítulo 21. El sacrificio

Epílogo

SOBRE MIS NOVELAS

SOBRE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias, en primer lugar, a RM Madera por corregirme la novela. Mi lectora, compañera y amiga. A Ivonne Vivier por sus consejos, por leerla y por ser una gran lectora 0. Sin ti, esta novela no sería lo mismo. Gracias amiga y compañera.

A Mónica Gallart por el magnífico trabajo que hace con sus maravillosas portadas. Gracias a ellos mi novela sale con una presencia muy bonita.

En segundo lugar, agradezco el apoyo incondicional de mi familia porque ellos son los artífices de que esta novela esté hoy aquí. Son los que me aguantan y a los que les quito un poquito de tiempo para escribir.

Y por último, quiero hacer una mención especial a TODOS ESOS LECTORES que me leen, me han leído y me leerán. Porque yo sin ellos, no soy escritora. Y creo que se merecen el lugar más importante en este espacio.

“Quien tiene un lector, tiene un tesoro.”

Dedicatoria

A mi familia.

A mi madre.

Por esas noches sin descanso.

A veces, el miedo no lo provoca un demonio
sino los actos viles de los hombres.

Capítulo 1. Maldita rutina

Quién me iba a decir que ese día que amanecía sería el último de una existencia aburrida y rutinaria. Nunca valoramos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Esos proyectos por los que hemos luchado y a los que hemos dedicado todas nuestras energías... Una mano negra puede emborronarlos de un plumazo y hundirte en la más absoluta miseria. Y lo peor de todo es que no sabemos dónde nos aguardan. Pueden estar en la esquina de enfrente o en tu vecindario. Personas invisibles a nuestros ojos hasta que, salida la bestia, nos quitamos el velo entre gestos de sorpresa, síntoma de que siempre estuvieron ahí, pero que no vimos venir porque nuestra atención estaba centrada en cosas superfluas y sin importancia.

Consejo: valora lo que tienes siempre. El mal nos acecha y no sabemos cuándo puede decidir tocarnos con su guadaña.

Miércoles, 18 de marzo de 2015

El despertador sonó dos veces más. A tientas, lo buscó para apagarlo y lo tiró al suelo. Resopló de mal humor y encendió la lámpara de su mesilla. El aparatejo yacía destripado sobre la tarima sin las pilas. ¡A saber ahora dónde estaban! Arlet se agachó a buscarlas y renegó mil veces. El sonido de unos pasitos en su habitación hizo que sacara la cabeza de debajo de la cama.

—Mami, ¿otra vez se te ha caído el reloj? Llevas así tres mañanas.

—Tanit, ¿qué haces levantada tan temprano? Son las siete y media de la mañana. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te salgas de la cama? ¿Y por qué estás vestida con el uniforme ya?

—¿No te acuerdas? Hoy vamos de excursión a hacer escalada y tiro al arco. Estoy tan emocionada que no podía dormirme por los nervios. Venga, que tienes que vestirte. Yo preparo el desayuno, ¿vale? Hoy no llegarás tarde al trabajo por mi culpa.

Arlet sonrió a su hija. Era una niña muy buena. Aunque tenía su carácter, no le estaba dando ni media chispa de guerra. Solo algunas mañanas, que remoloneaba más de la cuenta, y le tocaba discutir con ella. Retrasarse cinco

minutos le podía acarrear un atasco en la carretera, aunque no podía reprocharle nada ya que ella también se demoraba al arreglarse. Por lo demás, era estudiosa y aplicada; una niña cariñosa, generosa y, sobre todo, con muy buen corazón.

Y muy despistada.

Una vez dentro de la ducha, se dio cuenta de que había gastado todo el gel sin comentárselo, así que tuvo que usar el champú a modo de jabón. Al salir, se dirigió a una percha colgada en el mueble aparador. Se había preparado la ropa el día anterior para no tener que decidir sobre la marcha, ya que ese día, debido a la excursión, tenían que llegar antes de la hora de entrada habitual. Había escogido un traje de chaqueta y pantalón ejecutivo a rayas azul marino y blanco. La blusa de seda de color perla le daba ese aire elegante que tanto le gustaba a ella. En cambio, los zapatos rojos de tacón que había seleccionado le chirriaban. Según su amiga Marga, le daban un toque atrevido, aun así, Arlet aún no estaba muy convencida con aquella elección.

—Venga, mami, que ya están la leche y las tostadas. Se te va a enfriar el café.

La cabecita rubia de su hija asomó de nuevo por el resquicio de la puerta. Le recordaba a su pelo cuando tenía su edad. Ella ahora llevaba mechones rubios para darle esa tonalidad que tanto le gustaba. Madre e hija eran como dos gotas de agua exceptuando por los ojos; una los tenía marrones y la pequeña, azules como su padre.

Recordar a Bastián le hizo fruncir los labios. Su relación se había apagado poco a poco debido a su trabajo. Como periodista deportivo, debía viajar constantemente. La soledad no era lo que peor había llevado. Fueron sus relaciones extramatrimoniales lo que derivaron en ruptura. Un mujeriego empedernido. No le podía culpar, apenas estaba en casa. Podía pasarse seis meses fuera de ella. Aunque no era excusa. Ella nunca le fue infiel y no porque no hubiera tenido oportunidades, sino porque lo había amado mucho y no sintió esa necesidad.

En la cocina, su hija ya había devorado la leche con galletas, había recogido el tazón y le había dejado las tostadas y el café. Sonrió al ver lo mal untadas que estaban la mantequilla y la mermelada. Al probar el café, por poco lo escupe. Tanit había confundido la sal con el azúcar. Los dos botes estaban en el mismo estante y eran exactamente iguales. Debería ir planteándose poner un cartel que los diferenciase.

—¡Mami! ¿Qué tal te preparé tu desayuno?

—Muy bien, cariño —mintió—. Me ha encantado.

Ya no le daba tiempo a prepararse otro. Cogió el bolso y el abrigo, y urgió a su hija.

—Apaga la televisión y no olvides nada. ¿Has puesto la botella de agua? ¿Los bocadillos?

—Mamá, ¡qué pesada eres! ¡Que llevo todo!

La niña la siguió hasta la puerta de salida y dejaron atrás su casa. Ellas vivían en un chalet muy cerca del colegio, Villaviciosa era una zona muy tranquila llena de zonas ajardinadas, lo que le daba cierta seguridad. Acompañó a su hija hasta la entrada principal y le dio un beso.

—¡Hasta luego! Pásalo muy bien.

Tanit corrió junto a una amiga y se alejó sin apenas volverse para despedirse de ella. Arlet se quedó con la mano en alto. Pesarosa, la bajó con más vergüenza que otra cosa. Disimuló un poco arrebujiándose el abrigo de regreso al coche. Le daba pena lo rápido que estaba creciendo. Ya era toda una mujercita y su única alegría. Sentía no haberle dado más hermanos, mas ella sola, sin pareja que la ayudase, casi era mejor así.

Nada más salir del garaje y meterse en la M-40 cogió un atasco monumental. La lluvia caía a cántaros y los limpiaparabrisas de su coche no daban abasto. Tuvo que enchufar la calefacción para desempañar los cristales. Entre la escasa visibilidad y la cantidad de imbéciles que salían con su coche los días de tormenta, estaba segura de que causarían un nuevo accidente en la carretera. Estaba cansada de su vida. Esa rutina devoraba sus sueños. Ya hacía mucho que no esperaba nada, solo sacar adelante a su hija.

Pero, ¿qué tonterías estaba diciendo? ¡Demonios! Tenía treinta y cinco años y era bastante guapa. Aún estaba en la flor de la vida. ¿Es que no podía tener algo de chispa y no ese completo aburrimiento?

Sentía que se había marchitado antes de tiempo. No podía entender su poca suerte con los hombres. Todos huían cuando se enteraban de que tenía una hija. Caramba, ¡que ya no era una niña!

—Venga, diablo de coches, ¿es que en Madrid nadie viaja en tren o autobús? ¿Qué demonios hacemos todavía parados aquí? —Nerviosa de ver que el tiempo corría y seguía en el mismo lugar, enchufó la radio para buscar las crónicas del día—. A ver si dicen algo.

—«La policía informa de que ha habido dos intentos de secuestro en varios colegios de la zona norte de Madrid. Se pide que no cunda el pánico,

pues no hay relación entre ambos casos y, por suerte, los menores consiguieron escapar de...».

Mientras escuchaba las noticias, un sentimiento de angustia la asfixió. El mundo se estaba volviendo una selva. El sonido de una llamada cortó la radio.

—¿Sí? Hola, Marga... Sigo en un atasco. No sé qué demonios ha pasado... Ya, lo acabo de oír. Sí, luego advertiré a Tanit. ¿Qué? ¿Cómo que tenemos nuevo jefe? ¿Y Luisa? ¿Se marcha? No me lo puedo creer... Vale, pues ahora nos vemos en la oficina. Ya llego.

¡Qué pronto había llegado su amiga ese día!

Tras más de media hora, por fin tomó el desvío que la llevaba directamente a su oficina. En el ascensor se topó con un hombre de mediana edad y con aspecto de antipático. No recordaba haberlo visto nunca. Su pelo era canoso y con la coronilla despejada, delgaducho y de piel pálida. Quizá, irlandés. Ambos se saludaron por cortesía, sin embargo, el tipo hizo un gesto con cara de pocos amigos que no le agradó a Arlet.

Entró a toda prisa y dejó las cosas sobre su mesa. Marga la saludó desde su sitio. Era, además de su compañera en el trabajo, su vecina. Casualidades de la vida, se habían comprado la vivienda en el mismo lugar. Eso las había unido aún más.

Cuando hubo encendido el ordenador, reparó en unos papeles sobre su mesa.

—Por cierto, esos papeles son de Luisa. Me ha dicho que le prepares unos informes antes de marcharse —le comunicó Marga.

—¿Dónde está?

—En la sala de reuniones con el nuevo jefe.

Arlet era la secretaria personal de la Directora de Marketing y la encargada de sacar las ventas. Preparó un *Excel* con los beneficios por tienda y lo extrapolaró a *PowerPoint*. Conocía de sobra a su jefa y sabía cómo le gustaba que estuviera presentado.

El antipático resultó ser el nuevo jefe. Luisa se acercó a ella a por los informes y les presentó. Mike, que así se llamaba, saludó a toda la plantilla con un saludo muy seco. No podía dar crédito a que, después de tener una formidable jefa, fuera a peor. Mientras que Luisa solía tutearla, lo primero que hizo el estirado de su nuevo jefe fue dejar muy claro que ella era para él algo así como su sirvienta. Jamás había tenido que preparar un café y lo primero que le encomendó fue eso. Detestaba que la rebajaran de estatus de aquella forma tan poco considerada.

Luisa se despidió de todos con un enorme abrazo y los dejó en manos de aquel desaprensivo, que comenzó a llamar uno a uno a los empleados. Los cambios se hicieron notar desde el primer minuto. Las caras largas se sucedían de uno a otro.

Su compañero, un chaval muy jovencito, recogió sus cosas con pesar nada más salir.

—¿Te ha despedido, Fran?

—Sí, Arlet. Mis consumibles no daban suficientes beneficios para él y ha decidido que soy prescindible. Buena suerte con él. Me temo que no seré el último.

Arlet no podía estar más de acuerdo. El ambiente se caldeó por momentos y los gritos a sus nuevos empleados no se hicieron esperar. Hasta ella los sufrió. Era su forma de intimidarlos a todos. Le gustaba dejar claro quién mandaba allí. De un plumazo, las risas y las bromas fueron sustituidas por un ambiente muy tirante. ¡Cómo iba a echar de menos a su jefa!

Aprovechando que su hora de salida coincidía con la del almuerzo, le dejó una nota con los trabajos pendientes, pues no quería ni encontrárselo. Si no fuera por el horario tan bueno..., otro gallo habría cantado. Sin embargo, no podía permitirse el lujo de despedirse. Se aseguró de que no se olvidaba nada y recogió sus cosas.

Llegó a su casa exhausta y con el estómago cerrado. Aquel tipo la había puesto de los nervios. Un timbrado en la puerta la sobresaltó. Al consultar la hora (eran las cuatro), se extrañó.

—Hola, ¿ha pasado algo? —dijo al ver a su amiga Marga al otro lado.

—No, mujer. Solo venía a que me invitaras a un café. Javier ha venido hoy prontito y lo he dejado a cargo del bebé. Quería charlar un rato contigo antes de ir a por los niños. ¿Qué te parece nuestro nuevo jefe?

—Sin comentarios. Paso palabra. ¿Y esa revista que llevas ahí?

—¡Ah! Mira. Ayer salió en la prensa el nuevo ligue de tu exmarido. Pensé que te interesaría. ¿Tú sabías algo? —le preguntó.

Le pasó la revista y se acomodó en una de las banquetas de la cocina. En la portada del *Hola* salía una morenaza de origen venezolano bastante atractiva. Modelo. ¡Cómo no! Algo en su pose no le agradó nada.

—No. No tenía ni idea. Ni siquiera sabía que había vuelto, lo cual me extraña, pues adora a su hija y lo primero que hace es venir a verla. Creí que estaría en alguna gira deportiva.

Preparó dos tazas de café y le alargó el azúcar a su amiga mientras estudiaba la foto a fondo. Marga interrumpió su intenso escrutinio y dijo:

—Para haber sido la mujer de un periodista deportivo no estás muy al tanto de los deportes.

—Pues la verdad es que no. Será que le tengo manía por su culpa.

—Arlet, tú y yo vamos a salir uno de estos días para darle alegría a ese cuerpo. Necesitas pasar página.

—Marga, tú no puedes. Estás muy ocupada. Y más ahora con un nuevo bebé además de tus mellizos. No te preocupes por mí. Me he apuntado a una web de esas que me dijiste, que no te lo había comentado.

—¿Qué me dices? ¿Y qué se cuece?

—Bueno, me ha contactado uno. Parece majo. Lo primero que le he dicho es que era madre y le ha parecido bien. Estoy cansada de hombres a los que les molesta que tenga una hija.

—Esas webs te buscan gente compatible acorde a tus peticiones. Seguro que te va a ir muy bien. Ya lo verás. ¿Cómo se llama?

—Usa un *nickname*: Araco, el diablo. No me mires así, no sé su verdadero nombre. De momento nos estamos conociendo, ya sabes.

—¿Y cómo es? ¿Está bueno?

—¡Ay, hija! Su foto no se ve muy allá, aunque parece bastante atractivo.

Le mostró la foto desde su móvil y Marga pegó un grito.

—Pero, ¿qué dices? ¡Si está como un tren!

—Ya, eso es lo que me hace ser más precavida. ¿Qué hace un tío tan guapo en una web de contactos?

—A ver, nena, pues ¿no estás haciendo tú lo mismo y eres un bombón?

—Arlet frunció el ceño pensativa.

—No sé, es distinto.

—Bueno, ¿y no has probado a *stalkearle* la cuenta? Para ver si contacta con más mujeres, no sé.

—¿Qué cosas dices! Bueno, sí.

Las dos se echaron a reír. Su ambiente festivo fue interrumpido por el sonido de su móvil.

—¿Es él? —preguntó su amiga con picardía.

—No. Es Bastián. No sé qué querrá. ¿Sí?... ¿Este fin de semana?... Ya te vale. Llevas aquí por lo menos una semana y no has dado señales de vida y ahora te entran las prisas... —Frunció el ceño con enojo—. No, es que a mí me da igual. Es por ella. Ni te has dignado a llamarla... Me acabo de enterar

por la prensa... Sí, voy ahora a por ella. Claro. Se lo diré de tu parte. Adiós.

Colgó bastante enfadada y se sentó sobre la silla con la mirada perdida.

Al verla así, Marga trató de infundirle ánimos:

—Venga, anda. Vamos a por nuestros hijos, que ya están a punto de salir.
¿Qué tal va todo entre vosotros?

—Bien, aunque es la primera vez que falla. No sé, espero que esa modelo no tenga nada que ver con esto. En fin, cosas mías. Será que el *desaborio* de nuestro nuevo jefe me está cambiando el carácter. Con lo positiva y alegre que solía ser yo... Menos mal que mi pequeña brujita hace que me sienta viva. Si no fuera por ella, no sé qué haría.

—Pues salir. Estarías por ahí de fiesta. El problema es precisamente ese: que te tiene atada y como encima no puedes contar con Bastián... Cualquier divorciado se hace cargo de sus hijos cada quince días, pero con el trabajo que tiene...

—Bueno, tú no lo sabes. De Hugo te divorciaste sin haber niños de por medio.

—Pues déjala con tu madre. Para algo están las madres.

—No quiero abusar. Suficiente tiene ella con ayudar a mi hermano.

—Ya, Arlet, que tú también eres su hija; recuérdalo.

—Lo sé, es que me da apuro. Tiene mucho trabajo entre semana, como para añadirle yo más el fin de semana. Aunque, bueno, si todo va bien, puede que me anime a salir con mi demonio particular algún día.

—Bueno, y tú, ¿qué nombre usaste, picarona?

—No te creas: uno normalito. Me puse Bella, por la de *Crepúsculo*.

—Un demonio y una vampiresa, ¡vaya dos! —se burló Marga.

Mientras esperaban a que saliesen sus hijos, un hombre con un abrigo largo de lana y gorra chocó con Arlet. No se disculpó y continuó caminando. Arlet resopló indignada. Marga, al verla con la cara encendida, oteó en dirección a su mirada.

—¿Qué ha pasado que tienes ese gesto?

—La gente, que cada día es más maleducada. Me ha atropellado y ni se ha disculpado.

—Bueno, mujer, lo mismo ni se ha dado cuenta. Vamos todos tan acelerados...

Sin embargo, Arlet había sentido un escalofrío. Con todo lo que estaba pasando era muy desconfiada. Lo vio meterse en un BMW con los cristales tintados, aunque, tan pronto como salió Tanit del colegio, su mente se

concentró en otro asunto más peliagudo.

Capítulo 2. La «novia»

Su hija salió muy contenta. No paraba de parlotear en todo el camino sobre la excursión. Marga, mientras tanto, iba peleándose con sus mellizos de ocho años. Eran un par de trastos. Las dos amigas se despidieron en la puerta de entrada al jardín, sin apenas cruzar más de dos palabras seguidas y, entraron a sus respectivas casas.

—Mami, Alicia tiene móvil. Ha venido con él a la excursión. Y yo también quiero uno.

—¿Tan pequeña? Ni hablar. No necesitas ninguno.

—Imagínate que un día llegas tarde y no me vienes a buscar.

—Tanit, ni se te ocurra irte del colegio si eso pasase. Han tratado de raptar a varios chavales muy cerca de aquí. Te vuelves adentro y te diriges a secretaría. Ellos me llamarían a mí o a Marga.

—O a papá.

—Bueno, tu padre de poco nos sirve si está de viaje. La que puede recogerte es Marga.

—Es que yo no quiero irme a su casa. Sus hijos son insoportables; siempre me están molestando.

—Pero es la única que puede echarnos una mano en estos momentos. Además, es una buena amiga de mamá. No obstante, si me retraso, ya mandaría a alguien a por ti o avisaría al colegio.

Dejó la discusión estar. Preparó su merienda favorita y se mordió el labio.

—Hablando de tu padre, me ha llamado. Este sábado quiere presentarte a alguien.

—¿A quién? —La cabecita de la niña se giró repentinamente con el ceño fruncido y los brazos en jarras.

—Bueno, creo que se ha echado una novia y quería presentártela. Sé buena y educada con ella, ¿vale?

—No quiero. ¿Por qué tiene que salir con otra? Yo no quiero que ella venga —se quejó la niña.

—Tanit, tu padre y yo tenemos derecho a rehacer nuestras vidas, a conocer a nueva gente y tener pareja.

—Tú no tienes.

—Bueno, no me cambies de conversación. Pórtate bien y hazlo por tu

padre.

—¿Y por qué no me quedo con él todo el fin de semana como siempre?

—Bueno, supongo que tendrá algunos planes con ella y querrá que os conozcáis poco a poco para que no sea una impresión para las dos.

La niña pareció quedar convencida con aquel razonamiento. Volvió a girarse y se dispuso a hacer los deberes. Era el momento de encerrarse en su habitación. Había recibido un mensaje de Araco haría más de una hora y ya eran las seis de la tarde. Quería chatear tranquilamente con él un rato.

Araco_17:01

¿Qué tal todo?

Bella_18:02

Bueno, hoy ha sido un día horrible.

Araco_18:03

¿Y eso?

Bella_18:04

Me han cambiado de jefe y no me gusta nada. Es un déspota. Y mi exmarido, encima de que viene poco, solo piensa ver a su hija un rato el sábado por la tarde.

Araco_18:05

¡Vaya! ¡Cuánto lo siento! ¿Quieres hablar de ello?

Bella_18:06

No. No quiero amargarte a ti el día. ¿Tú qué tal?

Araco_18:07

Bueno, hoy me liaron a mí también en la oficina más de lo normal. He tenido que ultimar algunos detalles para una nueva clienta que quería información acerca de nuestro funcionamiento. Ya sabes, papeleo y más papeleo.

Bella_18:08

¿Estás en la oficina?

Araco_18:09

Sí. Tengo ahora una reunión con ella.

Bella_18:10

¿Tan tarde?

Araco_18:11

Sí. Me debo a mis clientes. Oye, por cierto, ¿quieres que nos veamos este sábado? Creo que va siendo hora de que nos conozcamos. Me gusta hablar mucho contigo, aunque más me complacería conocerte en persona.

Bella_18:12

No puedo. La niña estará con su padre tan solo un par de horas y me la devolverá enseguida. Déjame que hable con él para saber sus planes. Si piensa quedarse con mi hija otro día, organizamos algo con tiempo.

Araco_18:13

Está bien. Te dejo. Ya ha llegado. Besos.

Bella_18:14

Besos.

Cerró el WhatsApp y se recostó en la cama sobre los almohadones. Solo de pensar en él ya ardía en deseos por verlo. Volvió a entrar en la conversación y sonrió como una tonta al releer sus respuestas. ¿En serio ya quería conocerla? Sin embargo, al rato le entraron las dudas. ¿Y si no era él? ¿Y si no era tan guapo y en su lugar se encontraba con un hombre feo y mayor? Aún no sabía ni su nombre. De momento, solo habían chateado, aunque tenía un par de audios suyos de hacía un par de noches que le había pedido para poder escuchar su voz. Era sumamente varonil y *sexy*. No podía estar tan equivocada con él. Bueno, ya vería lo que hacer llegado el momento.

La voz de su hija reclamándola le hizo rodar los ojos. No tenía ni un descanso con ella. Se levantó con pasos desganados y fue a su lado. Tras ayudarla con las dudas que tenía de los deberes, cuando terminó, le dejó ver un rato la televisión mientras preparaba la cena. Absorta como estaba en sus propios pensamientos, se extrañó al oírla hablar sola. Se acercó hasta el salón y la encontró con su móvil.

—¿Con quién hablas? —le preguntó.

—Con la abuela —susurró—. Sí, abuela, yo también te quiero. ¿Cuándo vas a venir a verme?... ¿Por qué no puedes?... Bueno, le diré a mamá que te pregunte cuándo podemos visitarte. Adiós, abuela. Te paso con mamá.

Era coger el teléfono y tener que aguantar paciente a que su madre terminara de quejarse de los hijos de su hermano: que si la tenían todo el día atada, que si no podía descansar con tanto viaje, etc.

—Mamá, ¿y por qué no les dices algo?... Bueno, ya sé que sus trabajos son incompatibles, pero tú no puedes estar así peleando con ellos de esa manera. Que su mujer busque jornada reducida... Pues como hice yo... Pues que no salgan tanto. Si es que llevan un tren de vida... ¿Nosotras? Bien... Sí, sin novedades. Tanit, bien... Ya la he oído. ¿Quieres que vayamos a verte el domingo?... ¿Que vais a salir? Bueno, si quieres el sábado... ¡Ah! ¿Que ahora

vais todos los sábados a un baile? No sabía... Ya. Bueno, no pasa nada. Un beso, pasadlo bien.

Su hija, al verla arrugar la frente, se acercó a ella toda amorosa y le dio un abrazo.

—La abuela nunca tiene tiempo para nosotras. Siempre está muy ocupada.

Cómo decirle a una niña que su abuela solo vivía para ayudar a su hermano y disfrutar de su vida... Como ellas eran muy independientes, parecía que no necesitasen nunca de nada. Daba las gracias por contar con Marga para ayudarla en caso de necesidad. Su madre vivía en pleno centro de Madrid. Para ella, Villaviciosa era un pueblo y se le hacía muy lejos ir hasta su casa. Su hermano, en cambio, se había comprado un piso cerca de su madre y vivía hipotecado para llevar una vida por encima de sus posibilidades. A veces, creía que tenía celos de ella. Resopló. Ella, que vivía en esa casa gracias a su exmarido y a la niña. El día que ella fuese mayor habría que venderla. Con su sueldo, no daba para mantener un chalet como ese, ni quería. No estaba dispuesta a deberle nada a Bastián. No porque se lo reprochara, al contrario; quizá, por sentirse culpable, se había empeñado en dejarle un amplio patrimonio, algo que ella se había negado a aceptarlo. Aquello no reparaba el dolor tan grande que sintió al enterarse de sus amoríos. Ya saldría ella adelante por sus propios medios. En eso se consideraba bastante orgullosa.

Siempre se había sentido desamparada. Ella había tenido que lidiar con una criatura sola. Cuando se quejaba a su madre, esta solía decirle que debía ser más fuerte. Cuando enfermaba, su madre no se había dignado en ir a su casa ni una sola vez para que ella pudiera descansar un rato, siempre aludiendo a que su hermano no podía prescindir de ella, que tenía muchas cosas que hacer, o que le pillaba muy lejos. Excusas y más excusas. A Marga no se lo había comentado, pero, a menos que Bastián se quedara un fin de semana con su hija, si quería quedar con Araco, iba a ser llevándola de carabina. ¡Qué asco de vida!

Indignada, encendió un rato la televisión de la cocina y comenzó a hacer *zapping*. Regresó al anterior. Acababa de reconocer el rostro de la nueva novia de su marido.

—Jasmine Suárez sale con el prestigioso periodista italiano Bastián Mancini. El atractivo reportero ha conquistado el corazón de la *miss*, y ya planean vivir juntos. Su visita a España ha organizado un gran revuelo. El debut de la *miss* en la pasarela española ha provocado gran expectación y ha convocado a muchos periodistas alrededor del hotel Ritz para pillar a la

pareja junta. Hasta ahora se han dejado ver poco y sus paseos han sido fugaces.

—Jasmine, ¿piensas tener hijos?

—No. Soy muy joven aún. La vida está para disfrutarla y un niño ahora sería más un impedimento que otra cosa para mi futuro como modelo, aunque no lo descarto más adelante. Además, estamos empezando. ¿Ya me quieres casar y todo? —rio.

La entrevista continuó haciendo hincapié en su vida personal hasta que salió a relucir el nombre de su hija.

—Bastián ya tiene una hija, ¿cómo encaja ella en vuestra vida? Porque, según tengo entendido, ambos viajáis bastante.

—Es su hija y trataré de llevarme bien con ella, por supuesto. Mas, en estos momentos, él sabe tan bien como yo que, debido a nuestros trabajos, no podemos llevarla con nosotros. Sería una locura. Además, no me gustaría separar a una madre de su hija y estoy segura de que ella tampoco lo querría. A eso se añade que Bastián viajará más a Venezuela para visitar a mi familia y le restará tiempo para dedicárselo a ella. A veces hay que elegir... La niña tendrá que entenderlo.

Arlet apagó la televisión indignada.

—¡Será hija de puta! Solo quiere pillarlo para vivir a todo trapo.

Furiosa, marcó el teléfono de su exmarido para exigirle una explicación. Daba señal. Estaba a punto de colgar cuando notó que cortaban la llamada. Sorprendida por esa actitud, insistió. Volvieron a colgar y, a la tercera llamada, el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Respiró hondo y reflexionó un rato con calma. Quizá estuviera ocupado.

No seas mal pensada, Arlet, se autorregañó.

Lo mismo no podía hablar. Suponía que ya le devolvería la llamada. Pues le iba a escuchar y bien cuando lo hiciera.

La puerta se abrió y su hija entró con cara seria.

—Mamá, he estado pensando que no me importa que papá tenga novia. Yo os quiero mucho a los dos. Además, seguro que es guay.

—Me alegro de que pienses así, cariño.

—¿Crees que a su novia le gustan las niñas?

—Claro. Estoy segura de que os vais a llevar muy bien. Parece muy simpática. Además, es muy guapa, ¿sabes? Es modelo. Fijo que tiene docenas de vestidos preciosos y puede contarte muchas anécdotas.

Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para disimular el rechazo que sentía

hacia aquella mujer. Se mordió la lengua para tragarse lo que de verdad pensaba y sonreír. Algo le decía que no iban a encajar. Sin embargo, no había razones para influir en la niña con prejuicios sin conocerla. Lo mismo se equivocaba con respecto a ella. Tanit la abrazó y le plantó un sonoro beso.

—Te quiero mucho. Tú y yo siempre estaremos juntas para apoyarnos. Da igual que papá se vaya con otra. Para mí, tú siempre serás la mejor mamá del mundo. Aunque ojalá volviese contigo.

—Ya, cariño, sin embargo, lo nuestro no funcionaba, casi es mejor estar separados. ¿Quieres un poco de helado de dulce de leche?

—Síiiiiii.

Lo bueno de los niños es que era muy fácil desviar su atención usando ciertos trucos. No quería extenderse en explicaciones que nunca entendería. Además de que era un tema peliagudo para tratar con una niña, dolía. Aún creía amar a Bastián. Desde que se divorciaron, había estado más pendiente que nunca de ellas, hasta ahora. Con la aparición en escena de su nuevo lío de faldas puede que eso hubiera cambiado. Le confundía el cambio tan radical que notaba en él. Quizá estaba muy enamorado de ella. Ya lo descubriría el sábado.

Cuando acostó a su hija, se fijó en que una lucecita azul parpadeaba en su móvil. Tenía un nuevo WhatsApp de Araco.

Araco_21:13

¿Estás ahí?

Bella_23:30

Hola, sí.

Esperó, mas no recibió contestación. Ni de él ni de Bastián. La verdad es que tenía muchísimo sueño. Le envió un nuevo comentario.

Bella_23:45

Me voy a la cama. Hoy estoy agotada. Ya hablamos mañana.

Cuando comprobó que lo recibía, apagó el móvil. Su día había sido horrible. Le preocupaban los cambios en su oficina. Hasta ahora, su único pensamiento había sido cumplir con su función como asistente. ¡Ya no estaba para lidiar con jefes nuevos! Y este en concreto no le gustaba nada; era un gran inconveniente. El sentimiento debía de ser mutuo para llevarse bien. Era como

en el amor. Si ella no lo sentía, temía que la despachara. Y solo le faltaba eso: perder su trabajo a esas alturas de la vida.

Se tumbó sobre la cama y trató de dormir. A pesar del cansancio, no paró de dar vueltas y más vueltas. Después de una hora sin conciliar el sueño, se levantó a oscuras para prepararse una tila. No quería espabilarse. Mientras esperaba a que se enfriase, dirigió su mirada a la calle. Desde la cocina podía ver el salón de su amiga, que discutía con su marido muy acalorada. Javier se encontraba en pijama con los pelos a la virulé y ella continuaba vestida con ropa de calle. Y eso que era más de las doce. Generalmente solía cambiarse cuando entraba para que su bebé no le manchara los trajes. Al cabo de un rato, observó impactada cómo él le daba una bofetada tremenda. Se quedó muda. No debía estar cotilleando a oscuras desde la ventana. Se apartó y se giró. Pegó un grito al encontrarse con su hija de frente derramando el líquido por el suelo. Hasta le levantó la voz.

—¡Me has pegado un susto de muerte! ¿Qué haces levantada?

Su hija estaba estática con la cara muy pálida y como si hubiera llorado.

—Hay un niño en mi habitación. Me da miedo.

—Tanit, será una pesadilla. No hay nadie en tu cuarto.

—Ya se ha ido, pero me ha dicho que yo soy la siguiente.

—¿La siguiente de qué?

—No lo sé.

—Anda, cariño, vayamos a tu cuarto. Verás que no hay nadie.

La cogió de la mano y regresaron a su habitación. Al dar la luz, la habitación rosa pastel con los muebles blancos, tenía tirados por el suelo todos los libros y los muñecos de las estanterías. Se volvió hacia su hija, que se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que estaba enfadado. Dijo que yo debía ser la última.

Su hija no era miedosa. Lo de las pesadillas ya estaba superado desde hacía años. Aquella actitud tan inusual en ella, le hizo pensar si sería para llamar la atención de su padre y conseguir algo de cariño y atención. Le dio un abrazo y besó su coronilla.

—Por esta noche puedes dormir en mi cama, eso sí, mañana vuelves a tu cuarto. Y nada de tirar las cosas otra vez.

Tanit no dijo nada. Se metió dentro de la cama y se quedó dormida al instante. Ella se quedó un rato observando a su hija y por fin los párpados comenzaron a pesar.

Capítulo 3. El email

Jueves, 19 de marzo de 2015

Al tercer pitido del despertador se espabiló y lo buscó a tientas. Con los pelos pegados a la cara, salió al baño para hacer sus necesidades cuando la voz de su hija le llegó a modo de murmullo. En un principio pensó que hablaba en sueños. Agudizó el oído y la escuchó.

—¿Y por qué me lo cuentas?... No te creo. Tú no existes y no puedes regresar... Pues yo no lo voy a consentir. Vete.

Al volver, su hija estaba sentada sobre la cama a oscuras.

—Tanit, ¿se puede saber qué haces?

—Nada.

—¿Nada? ¿Me puedes contar lo que te pasa?

—No puedo. Me ha dicho que no te lo diga.

—Ya estamos otra vez con esas tonterías. Venga, coge tus cosas y vístete.

Comenzaba a estar preocupada por ese amigo invisible. Debía consultarlo con su colega Alexia. Ella era psicóloga. No le parecía normal aquel comportamiento y había comenzado al saber de la nueva novia de su padre.

De camino al colegio, la niña comenzó a echar miradas temerosas hacia su habitación. Ella se giró también y le dio la sensación de que la cortina se movía. No había nadie. Tanit se habría dejado la ventana abierta. Sí, eso tenía que ser. La lógica de un adulto. No podía creer en las palabras de su hija. A medida que se acercaban a la entrada, la niña comenzó a sonreír y a charlar, como era su costumbre. Cuando regresó, recogió un poco la casa y se dispuso a hacer las camas. Entró en la habitación de Tanit y se dio cuenta de que la ventana no estaba abierta. Colocó todo en su sitio y se marchó. No quería ver fantasmas donde no los había. Tenía que ser coherente. Todo tenía una explicación.

Era entrar por la puerta de la oficina y encontrarse su mesa llena de papeles y *post-its*. Marga tampoco parecía contenta. Ella era la jefa de marketing y también estaba inundada en una montaña de notas. Apenas cruzaron dos palabras y continuaron resignadas con su trabajo. Una de sus tareas consistía

en imprimir un *email* de su jefe.

Mierda. Olvidé pedirle las claves.

Se apresuró a encender el ordenador de Mike y probó a ver si continuaba con las mismas de su anterior jefa.

Bingo.

Cogió la información que necesitaba y la imprimió. Estaba a punto de cerrarlo, cuando un *email* de su bandeja de entrada le llamó poderosamente su atención. Estaba sin leer. Lo leyó por encima y descubrió algo que nunca debería haber visto.

«Estimado Mike,

Según enumera en sus informes, la empresa cuenta con numerosas pérdidas y nosotros podemos ofrecerle una alianza que suponga ganancias para ambas partes.

Mándenos los estados de las cuentas y comenzaremos con las negociaciones de las condiciones.

Atentamente,

George Brown

Manager of *Media Markt*».

¿Pérdidas? ¡Pero si la empresa estaba teniendo unos beneficios increíbles!
¿De dónde se sacaba que la empresa necesitaba una fusión?

Lo cerró a toda prisa y se aseguró de que nadie había visto en ella un comportamiento fuera de lo normal. Cada empleado estaba concentrado en su trabajo. Bien. Además, tampoco era de extrañar verla sentada en la mesa de su jefe. Se tranquilizó con ese pensamiento, pues solía hacerlo a menudo con Luisa.

Al revisar todos los *post-its*, en uno de ellos le pedía expresamente que le sacase los días en los que se habían generado pérdidas en cada tienda. Hizo lo que su jefe le requirió, sin embargo, añadió un inciso con las ventas totales donde quedaba claro que no había tales pérdidas, sino que eran picos. Lo preparó todo y se lo dejó encima de su mesa. Por suerte para todos, ese día no pisaría la oficina. Al bajar a tomar un café, se topó con Alexia y se le presentó la oportunidad perfecta.

—Alexia, ¿te puedo hacer una consulta acerca de mi hija? Como eres psicóloga.

—Dispara, aunque ya sabes que hay distintos campos.

—A ver, te cuento. Mi hija ha comenzado a inventarse cosas. Dice que escucha voces y que hay un niño en su habitación. Ayer tiró todas las cosas de las estanterías al suelo. Estoy preocupada. ¿Puede ser que lo esté haciendo para llamar la atención de su padre? Ya sabes que no se ven a menudo y como ha sido a raíz de comentarle que su padre tenía una novia...

—Bueno, yo no estoy especializada en trastornos infantiles, no obstante, ya sabes que los niños buscan llamar la atención y varían su comportamiento en función de sus preocupaciones. No lo expresan como nosotros. ¿Estás segura de que es eso? ¿No puede ser que tenga algún problema en el colegio tipo *bullying* o contigo? Escucha, yo trataría de dedicarle un tiempo para hablar y ganarte su confianza. Seguro que tiene solución. Luego hay otras patologías, que ya son casos extremos como los trastornos bipolares, que ahí deberías ir a un especialista para que lo resuelva de forma más pautada. Y, como última explicación, si no es nada de lo anterior, puede darse el remoto caso de estar desarrollando esquizofrenia; pero vamos, eso sería rizar mucho el rizo. Te lo comento porque es otra de las causas que hay en psicología, aunque yo no me preocuparía mucho. Seguro que termina por soltarlo tarde o temprano. Obsérvala y, cuando la veas, no la regañes. Ten paciencia y que te trate de explicar qué es lo que le pasa. En cualquier caso, es muy pronto aún para sacar conclusiones.

—No creo que sea *bullying*. Al colegio va muy feliz y ¿esquizofrenia? Solo me faltaba eso. Bueno, muchas gracias. Tienes razón, la observaré y trataré de ver si me quiere contar algo. Si, por el contrario, no se abre a mí, me va a tocar ir a un especialista. ¡Pues vaya!

—Ánimo, mujer. Lo mismo es una mala rachilla que está pasando y es su manera de expresarlo. Tómatelo con calma.

Se despidió de su compañera y se sentó en una mesa a sopesarlo. El café humeaba aún. Marga se sentó a su lado con otro.

—¡Vaya montaña que nos ha dejado Mike! Ni en un mes me quito todo lo que quiere que haga. ¿Qué te pasa a ti? Pareces en otra parte —observó Marga.

—No es nada. Fases que pasamos las madres con los hijos.

—Bueno, ¿me lo vas a decir a mí! No me hables. ¿Qué pasa? ¿Le llegó la preadolescencia a Tanit?

—No. Ha empezado a hacer cosas raras. Creo que lo de la novia de su padre no le ha sentado bien.

—Bueno, eso es normal. Tu hija está muy falta de cariño por su parte, por

mucho que tú te empeñes en decirme lo contrario. —Le acarició la espalda con cariño y le dio un abrazo—. Venga, anda, seguro que son los nervios. Lo mismo cuando la conozca todo vuelve a su ser.

—Eso espero. ¿Y tú?, ¿todo va bien?

Se acordó de la escena de la noche. Ese día llevaba un exceso de maquillaje en su rostro. Sin embargo, Marga no dio síntomas de malestar. O era muy buena actriz o disimulaba muy bien.

—Claro. Todo va a las mil maravillas. Venga, volvamos al trabajo.

Arlet no dijo nada y simuló su sonrisa. Todas las parejas discutían, mas esa torta era maltrato. Aunque no le pegaba a Javier ser tan violento. Solía deshacerse en carantoñas con su mujer. Quería pensar que sería algo puntual y que por eso su amiga no le había dado importancia.

Cuando llegó su hora, al coger su móvil reparó en un mensaje de Araco.

Araco_14:01

Perdona, al final regresé tan tarde que ya te habías ido a dormir. ¿Te apetece que te llame esta noche y hablemos un rato?

Bella_15:01

Claro, ¿te importa si te llamo yo? Tengo que esperar a que mi hija se duerma.

Araco_15:02

No. Esperaré despierto con ansias, Bella.

Se despidieron con un emoticono de una carita con un beso y sonrió feliz. Conocer a alguien nuevo era un soplo de aire. Suspiró como una tonta.

Bajó al garaje de la empresa y sonrió al encontrarse con Marga. Se dirigía a su plaza distraída con algún mensaje de su móvil. Se acercó por detrás y le pinchó con un dedo en la cintura.

—¿Ya te marchas?

—¡Por Dios, Arlet! No vuelvas a hacer eso jamás. ¡Casi muero de un infarto! En un garaje no se dan esos sustos.

—Marga, si mis tacones resuenan a kilómetros.

—No te he oído. Supongo que estaba demasiado concentrada. Venga, anda, te sigo.

Las dos salieron con sus respectivos coches y se adentraron en la carretera que llevaba a sus casas. Arlet iba primero con su Audi A1 blanco y Marga

detrás, con su mini rojo. A esas horas había mucho tráfico y habían de sortear los numerosos coches que había en la carretera. De casualidad, echó un vistazo por el espejo retrovisor, para observar cómo su amiga tomaba otro desvío en dirección contraria. Supuso que se habría olvidado algo en la oficina. Sin darle más importancia, se dirigió hasta su casa.

Era la hora de la salida de Tanit y estaba tan puntual como siempre, lo que le extrañó no encontrarse con Marga. Obligó a su hija a esperar un rato por si salían sus hijos y al ver que no aparecían, se preocupó. ¿Sería que los habría dejado en las clases de estudio? Eran un par de horas que ofrecía el colegio por las tardes y que venían muy bien si te ibas a retrasar. Aunque, por lo general, debías avisar con antelación.

—¿Nos vamos ya? —suplicó su hija—. Ya se ha ido todo el mundo y hace frío.

—Sí, aquí no hacemos nada. Además, está chispeando otra vez.

Madre e hija corrieron por la calle entre risas. Estaban completamente empapadas, así que tuvieron que secarse el pelo con una toalla que había en la entrada para casos como esos. Se descalzaron y, tras ponerse cómodas, Arlet se preparó para realizar las tareas domésticas pendientes, mientras que Tanit se ponía con los deberes. No llevaba ni medio minuto sentada cuando la oyó encender la televisión.

—Tanit, quita los dibujos. No se hace los deberes con la tele puesta. Ya lo sabes.

—Jo, mamá, ¡que así no me habla!

Fue oírle decir aquello y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Dejó de planchar y se acercó a ella. Tanit solía hacer los deberes en la mesita que había delante del sofá. Se sentó a su lado y, con cara de preocupación, acarició su pelo.

—Tanit, aquí no hay nadie. ¿Esas voces están ahí dentro de tu cabeza?

—Mamá, si piensas que me estoy volviendo loca, lo comprendo, pero te juro que Álvaro es real.

—¿Ahora se llama Álvaro? ¿Y qué quiere de ti?

La niña se mordió el labio inferior y bajó la mirada al suelo como compungida.

—No puedo decírtelo.

—Escucha, ¿todo esto es por la novia de papá? ¿O es que he hecho algo que te ha molestado?

—Mama, tú nunca haces nada que me moleste. Yo te quiero mucho. No. Y tampoco es porque papá tenga novia. Te lo cuento, aunque es un secreto. Es que Álvaro dice que tengo que morir si quiero salvarlo.

—¿Morirte?

—¿A que ha dicho una tontería enorme? Yo también lo he pensado. Además, yo no me quiero morir. Y no se lo cuentes a nadie, que luego se enfada conmigo por chivata.

Aquello la desmoralizó completamente. Ahora sí que estaba preocupada. No insistió más y la dejó hacer. Sin que ella se diera cuenta, cogió la cartilla de su seguro médico y cerró la puerta de la cocina para no ser oída. Pidió la primera cita libre con un especialista y ahogó un gemido. ¿Debía comentárselo a Bastián? De repente, se acordó de su llamada frustrada. Comprobó en su móvil el registro de llamadas y no, no estaba su número. Volvió a marcar su contacto y esperó.

—¿Puedes hablar ya o te pillo indispuerto?... ¿Que por qué digo eso? Ayer me colgaste... ¿Cómo que no? Me colgaste dos veces y desconectaste el teléfono... ¿Que no fuiste tú?... Pues dile a tu querida novia que tenemos una hija en común y a veces es urgente que hablemos. Y, de paso, me gustaría saber cuáles son tus planes con ella... ¿Que por qué te lo pregunto? Ha salido en televisión diciendo que Tanit no tiene cabida en vuestras vidas. ¿Es así como vas a comportarte a partir de ahora? Es por saberlo... ¿Que no me ponga histérica? Tu hija habla sola, ¿sabes?... No discuto. ¿Me has oído?... No. Dice cosas terribles. Este sábado, cuando la veas, pregúntale, sin decirle que te lo he dicho yo, que si va todo bien en casa. A ver si a ti te comenta algo... Bastián, dice que tiene que morir para salvar a un chico... Claro que es muy pronto para hablar de chicos. Es una niña... No estoy exagerando... Está bien. Te la paso.

Abrió la puerta de la cocina y se topó de frente con su hija. Del susto se le cayó el móvil de las manos.

—Tanit, me has asustado. ¿Qué haces aquí?

—¿Se lo has contado a papá? —La niña parecía muy enfadada.

—¿El qué? —Tragó saliva. El terror le hizo actuar con nerviosismo.

—Álvaro me lo ha dicho. No has debido contárselo a él.

Se quedó helada. Al oír la voz de Bastián, le entregó el móvil toda temblorosa. La niña lo cogió de su mano con el ceño fruncido.

—Mamá es una chivata. Es un amigo... No me hace daño... No, papá, él solo me quiere ayudar... ¿Que deje de hablar con él? Ya quisiera yo. Es él el

que me habla, no yo... Vale. Lo intentaré. Ahora te paso.

Le devolvió el móvil a su madre y se marchó de nuevo al salón. Arlet se subió a la planta de arriba, cerró la habitación con el pestillo y se metió en el vestidor.

—¿Qué te parece?... Sí, he pedido cita. Lo malo es que hasta dentro de un mes no la ven... Ya sería el colmo que fuese esquizofrénica. No creo que sea eso. Yo creo que lo hace para llamar tu atención... ¿Tú qué crees? Pues claro, nunca estás... Tu hermano es esquizofrénico por las drogas, no compares... — Arrugó la frente pensativa—. Ya me haces dudar. No obstante, luego buscaré información en Internet. Seguro que es otra cosa... Vale. Hablamos... Bueno, espero que el sábado se comporte bien... Sí, claro, lo entiendo. Chao.

Salió del cuartillo y se sentó desmoralizada sobre la cama. Observó la habitación y respiró hondo. Había hecho cambios en la decoración, pues no soportaba los recuerdos. Era hablar con Bastián y sufrir en silencio. Había usado el ocre para sus paredes, unas cortinas claras con dibujos bordados para dar claridad y unos cuadros modernos. En una de sus mesillas de color nogal estaba su *tablet* azul. Cogió el *Ipad* y se acomodó un par de almohadones. Escribió en el buscador «esquizofrenia» y se dispuso a buscar información. Leyó que no era habitual en los niños.

Si no era eso, ¿entonces qué tenía Tanit?

Continuó leyendo y se preguntó si alguien de su familia la había sufrido. No. Nadie que ella conociese. Y de su marido, su hermano, pero por abusar de los estupefacientes. Descartado.

Otra página se le abrió de repente. Un sudor frío recorrió su frente. Fantasmas y posesiones. Lo cerró de golpe y apagó la *tablet*. Decidió actuar con normalidad, era mejor ponerse el pijama y dirigirse a hacer la cena. Sin embargo, cuando pasó por el salón, echó un vistazo a Tanit. Parecía absorta con los dibujos. Esa noche, cuando la acostó, tuvo miedo de que sufriera una enfermedad de ese tipo. Cuando traes a un hijo al mundo, solo piensas en que reboosen de salud. Sus preocupaciones la habían ocupado tanto que olvidó llamar a Araco.

Capítulo 4. El bloc de dibujo

Viernes, 20 de marzo de 2015

Sin saber el motivo, abrió los ojos como un búho. Consultó el reloj y bufó. Se había despertado a las seis de la mañana. Subió un poco las persianas para ventilarla y una brisa fresca se coló por su habitación. Era absurdo tratar de dormir. Se duchó tranquilamente y encendió el móvil. Tenía un mensaje de Araco. Se sintió tan culpable que decidió contestarle en ese mismo instante.

Araco_23:55

¿Qué pasó con nuestra llamada?

Bella_6:05

Lo siento. Mi hija se puso enferma. (Mintió)

Ante su sorpresa, recibió contestación.

Araco_6:06

Lo siento. ¿Ya está bien?

Bella_6:07

No, pero bueno. ¿Qué haces tan pronto levantado?

Araco_6:08

Eso mismo debería decirte yo a ti. (Carita de risas).

Bella_6:09

Me desvelé.

Araco_6:10

¿Estás en la cama?

Bella_6:11

No. Me he dado una ducha.

Araco_6:12

Humm, suena tentador imaginarte con tan solo una toalla.

Bella_6:12

Anda, calla, no me ruborices.

Un ruido en la habitación de su hija le dio un sobresalto. A esas horas, en el silencio de la mañana, se escuchaba cualquier sonido. Escribió una excusa rápida y quedó en llamarlo a mediodía. Se vistió a toda prisa y abrió la puerta. El pasillo estaba a oscuras, si bien la luz de la habitación de su hija estaba encendida. ¿Desde cuándo ponía la luz por las noches? Caminó hacia su cuarto con sigilo y se encontró a Tanit dormida plácidamente, abrazada a su osito de peluche. Al lado de ella se había caído un bloc de dibujo. Con cuidado de no despertarla, lo recogió del suelo y le apagó la luz. De momento, lo dejaría en su cuarto. No eran horas para ponerse a recoger. Cerró la puerta de su habitación y lo abrió por curiosidad. Sus primeros dibujos eran coloridos, cuatro garabatos, no obstante, se mostraba a una niña feliz. A medida que iba avanzando, los dibujos se ensombrecían. En uno de ellos los había dibujado a su padre y a ella con un corazón partido. Fue el día que le comunicaron que se divorciaban. En otro se dibujaba a sí misma con un amigo. Lo extraño del asunto es que la figura del niño parecía traslúcida. Al observarlo más detenidamente, le dio la impresión de que, aunque estaban de la mano, era como si no se pudiesen tocar. Su hija solía fechar sus dibujos y aquel era de hacía un año. Arlet se quedó paralizada. Continuó pasando las hojas y los dibujos se volvían cada vez más escabrosos. En uno se la veía a ella muerta con una daga clavada y sangrando mucho. Estaba horrorizada. ¿Desde cuándo ignoraba lo que dibujaba su hija?

Un grito de terror le hizo esconder el bloc debajo del colchón y salir corriendo. Tanit estaba asustadísima.

—¿Por qué has apagado la luz?

—Tanit, ¿qué te pasa? ¿Ese Álvaro te ha hecho algo?

—No. Él no. Es el demonio quien me da miedo. Cada vez está más cerca, lo noto. —Las lágrimas caían en cascada por sus mejillas.

Verla así le dolía. No soportaba aquella transformación en ella. Ese mismo día trataría de adelantar la cita. Pensó que sería mejor presentarse en el hospital y hablar directamente con una de las operadoras. Cuando se calmó Tanit, la ayudó a vestirse y se apresuraron rumbo al colegio. Tras despedirse, Arlet se alejó terriblemente acongojada. Sentada en el coche, las lágrimas afloraron solas. Se las enjugó y colocó el espejo retrovisor para maquillarse. Por primera vez, se alegró de ir al trabajo.

Cuando llegó a la oficina, Marga no se encontraba en su puesto de trabajo, lo

que no era habitual en ella, así que decidió preguntarle a su secretaria.

—Ha salido de viaje. Creo que estará fuera toda esta semana. Ha sido una orden de última hora y he tenido que solicitar los billetes de avión hace un rato. Si mal no recuerdo, hoy estará en Galicia.

Le dio las gracias y se dirigió a su sitio. ¡Qué raro que no le hubiera dicho nada! Cogió el móvil y le envió un WhatsApp.

Arlet_9:05

Me ha dicho María que estarás fuera toda la semana. ¿Necesitas ayuda con los niños?

Después siguió con sus quehaceres. Sin embargo, cada tanto consultaba su pantalla. Nada. Ni tan siquiera lo había recibido.

—¡Arlet! —El grito de Mike terminó por sacudir su temple.

Giró su silla e, instintivamente, se clavó las uñas en la pierna para contener su irritación. Le costó mucho mostrarse solícita con él. De buena gana le habría contestado de la misma forma en que él la trataba.

—¿Quiere algo?

—Sí, sácame las pérdidas y los beneficios de cada tienda. Tengo una reunión importante con el dueño.

Asintió con la cabeza y se dispuso a prepararlo. Él se acercó por detrás para supervisarla. El olor a colonia barata le produjo repulsión. Su aliento olía a café con puro. Lo imprimió y se lo entregó para que se alejara de ella lo antes posible, pues tenerlo respirando sobre su codo no le resultaba agradable. Por fin se marchó y, para su alegría, descubrió que una luz parpadeaba en su móvil. Lo abrió y frunció el ceño al leer el mensaje de su amiga.

Marga_11:12

Se me olvidó. Nuestro jefe me tiene secuestrada de tienda en tienda por toda España. No te preocupes, Javier se encargará de recogerlos en estudio.

Nos vemos muy pronto.

Se despidió con un beso y Arlet se quedó confundida. ¿Estaría viendo fantasmas dónde no había o ese comportamiento no era normal en ella?

La llamada de su jefe por el intercomunicador volvió a fastidiarla.

¿Qué demonios querrá ahora?

—¿Sí? Enseguida.

Se sentó en el despacho y abrió el correo. Imprimió el *mail* que le había solicitado y miró por encima por si encontraba otro *email* de aquellos. Los había borrado. Entró en la papelera por si acaso y resultó estar vacía. Al consultar los enviados, encontró varias conversaciones con su competencia. Estaba decidido a venderlos y eso significaba que la mitad de la plantilla se quedaría en la calle. Bajó furibunda a la sala de reuniones y le entregó el papel, luego regresó rápidamente a su sitio y llamó a la secretaria de Donald Collins, el Consejero Delegado. Le insinuó a Brenda que había escuchado rumores de fusión y la mujer se apresuró a negarlo.

—No, Arlet. No hay ninguna negociación para fusionarnos con la competencia. ¿Dónde has oído eso?

—Pues en el baño, pero no sé quién era —mintió.

—Escucha, hablaré con Donald y te digo algo.

Tras colgar, se sintió desolada, pues solo le faltaba perder su empleo. ¿Había algo peor? Todo el día se lo pasó odiando a su jefe y cuando llegó la hora de salida, lo celebró.

El tráfico hasta el hospital era bastante lento. Insufrible. Tenía que coger la M-40 por la carretera de La Coruña con caravanas de coches y más coches en interminables filas. Parada en una de ellas y resignada, se dedicó a observar al resto de conductores. Era divertido. Algunos tenían cara de prisa y no paraban quietos en sus asientos echando rápidos vistazos a través de la luna. Otros mataban el tiempo con llamadas telefónicas a través del manos libres mientras otros escuchaban la radio. De repente, un mini rojo salió de un desvío. Algo familiar en él le hizo girar la cabeza y se fijó en la matrícula. Definitivamente, era la de Marga. Sorprendida, hizo un último intento para distinguir a su conductor preguntándose si no habría visto visiones. Por fin, el desvío hacia el hospital se hizo un poco más fluido.

No pudo adelantar la cita y quedaron en llamarla si quedaba un hueco libre.

Cuando entró en su casa, lo primero que hizo fue espiar a través de las cortinas el chalet de su amiga. No se observaba nada fuera de lo normal: no había trasiego en la casa y era obvio. Se preparó un sándwich y se quedó cavilando un buen rato. Estaba segura de que era su coche. Conocía la matrícula. Podría haber sido Javier, pero quien lo conducía llevaba el pelo largo. Esa noche espiaría a través de la ventana.

La llamada de Araco le sacó una sonrisa gracias a una conversación divertida. Al menos con él podía ser ella misma. Cuando colgó, se quedó como una tonta mirando la pantalla. Al subir a su habitación, se acordó del bloc. Lo sacó de debajo y lo abrió por donde se había quedado. La última página era un dibujo de un túnel con unos seres diabólicos que la tenían prisionera a ella y al fantasma del otro dibujo. Le produjo escalofríos. Decidió dejarlo en el lugar que solía guardarlo Tanit y se marchó a buscarla.

Salió del colegio tan alegre como siempre. Había sacado muy buenas notas y la habían invitado a un cumpleaños la semana siguiente. Madre e hija decidieron ir al cine y al *Burguer King*. Cuando regresaron, ya era casi de noche y las dos estaban reventadas. De nuevo, Tanit insistió en acompañarla a su cama.

—¿Por qué no quieres dormir en tu habitación? —se extrañó Arlet.

—Porque te quiero mucho y me da miedo. Solo me siento segura a tu lado.

—Está bien, pero es la última vez que te quedas conmigo.

Tanit no había hecho ningún comentario acerca de su amigo invisible en toda la tarde. Se acostó junto a ella y acarició su pelo. La niña la rodeó con sus brazos y se quedó dormida enseguida. Ella, en cambio, no paraba de dar vueltas a los dibujos. Se lo había comentado a los del hospital, donde le habían pedido que les hiciera fotos para adjuntarlos a su expediente. Pensaba aprovechar para hacerlo mientras se quedaba con su padre.

Cuando oyó la respiración pausada de su hija, se levantó a oscuras y fue hasta el cuarto de baño del ala opuesta. Cerró la puerta con el pestillo. Sí, le daba miedo que Tanit lo abriese sin hacer ruido. Se había vuelto de repente una paranoica. Y observó desde su posición la casa de Marga. Su marido se encontraba solo y, por supuesto, no había ni rastro de ella. Después de una interminable hora sin que pasara nada interesante en la casa de su vecino, le vio cerrar el libro que estaba leyendo y encender la luz de su dormitorio: se iba a la cama.

Arlet se sintió muy estúpida por haber estado ahí como un pasmarote jugando a los detectives. Salió del cuarto de baño y cogió la *tablet*. Se encerró de nuevo en el baño y lo abrió por la página que no se había atrevido a leer. ¿En serio pensaba que la niña estaba viendo fantasmas?

La página hablaba de casos extraños en los que algunas personas habían tenido experiencias paranormales. Lo de la posesión lo descartó. Tras varios testimonios espeluznantes, hubo una noticia que le puso los pelos de punta: un niño llamado Álvaro había sido testigo de varias apariciones de fantasmas. Lo

extraño del caso es que le avisaron de que iba a morir y, pocos días después, fue asesinado.

El vello de su pelo se le erizó y notó que se asfixiaba. Tuvo que inhalar grandes bocanadas de aire.

Tiene que tratarse de un error.

Buscó más noticias sobre aquel niño y no encontró nada. Al consultar la fuente, se dio cuenta de que provenía de una página de un *Youtuber* de poca fiabilidad. Aun así, era mucha casualidad. Se quedó pensativa.

Debo de estar volviéndome loca.

Decidió irse a la cama.

Sábado, 21 de marzo de 2015

Por la mañana, la voz de su hija la despertó. Se le habían pegado las sábanas, eran más de las doce.

—Tanit, ¿has desayunado?

—Sí, mamá. Me lo he preparado yo solita y, como ya es muy tarde y no te levantabas, te he hecho también el desayuno. Me voy a jugar a casa de Ana.

La niña salió a la urbanización y su madre sonrió al verla jugar. El café estaba frío. Se tomó las tostadas y preparó la comida. Para cuando regresó, ya eran casi las tres.

—Venga, que esta tarde vamos a ver a papá. Date una ducha y ponte guapa.

Subió a arreglarse y encontró a su hija jugando con la espuma de jabón en su cuarto de baño.

—Tanit, no juegues con el jabón, que luego lo gastas.

—Es que es muy divertido. Mira, mamá: lo echo al sumidero y la espuma sube hacia arriba impulsada por algo.

Su ducha no tenía un agujero convencional. Era de obra. Había una tubería horizontal que lo atravesaba con una pequeña abertura de extremo a extremo. Se acercó a observar el fenómeno y comprobó que la espuma ascendía creando diferentes formas. No había una explicación lógica para aquello, aunque le resultó divertido. De pronto, una de ellas comenzó a mutar. Aumentó considerablemente de tamaño y amenazó con invadir todo el espacio libre. Tanit permaneció quieta a la expectativa. La figura que se había moldeado se giró de golpe. Un horripilante rostro con las cuencas vacías se abalanzó contra

ella con la boca abierta. Del susto, dieron un alarido de terror. Arlet embistió la puerta y se introdujo en la ducha. Asimismo, cogió la alcachofa y le apuntó con el agua, mientras que su hija daba manotazos sin control en un intento de alejarla de ella lo máximo posible. Cuando se coló por el sumidero hasta la última gota de jabón, sacó en volandas a Tanit. Su hija lloraba como una Magdalena. Si algo le hubiera pasado estando ella delante, jamás se lo habría perdonado. La abrazó y la consoló.

—Era él —gimió la niña aterrorizada.

—¿Él? ¿Quién?

—El demonio.

Aquello no tenía sentido. ¿Estaban siendo invadidas por espíritus? ¿Se estaba volviendo loca? Empezaba a creer que no era esquizofrénica. Salieron del baño y se vistieron en silencio. Más calmada, Arlet se arrodilló junto a ella.

—Escucha, de momento no vamos a decir nada de esto a papá. ¿Vale?

—Vale.

Le trenzó el pelo y observó lo guapa que estaba con su vestido blanco y su chaqueta granate.

El lugar de encuentro no era otro que *Las Rozas Village*, un centro comercial donde se daban cita las mejores marcas.

Bastián las esperaba tomándose una cerveza en una de las terrazas. Al ver a Tanit, se deshizo en abrazos con su hija. Saludó a Arlet y les presentó a Jasmine. Era muy hermosa y eso que llevaba puestas unas gafas de sol de pasta negra y no podían verle los ojos. La modelo las saludó con desgana. Se notaba a la legua que no era de su agrado el estar allí con ellas. Arlet se torturó con la idea de que no las consideraba de su categoría.

—Jasmine, ¿te importa pedirle algo a mi hija? Ahora me reúno con vosotras.

La modelo esbozó una sonrisa cínica y se llevó a Tanit de un tirón. La pobre niña la siguió a trompicones.

—¿Sigue hablando sola?

—¿Eh? No —dudó.

—¿No?

—Bastián, ahora parece que está tranquila. Déjala estar. Cuando vaya a la consulta, ya te iré informando. Oye, tu novia no parece muy conforme con Tanit.

—De Jasmine ya me ocupo yo. Estás muy guapa, por cierto. Te echo de menos.

—Menuda forma de demostrarlo —gruñó.

—Siento todo el daño que te he hecho.

—Déjalo ya. Es mejor que me vaya. Pásalo bien con Tanit.

Se dieron dos besos bajo la atenta mirada de Jasmine y tardó más de lo normal en soltar su agarre. Se marchó toda confundida. Su pelo negro plateado por las sienes le sentaba muy bien a su ex. Estaba, quizá, un poco más redondo, aunque todavía se podía decir que se conservaba bastante atractivo. Buscó su coche entre aquel lío de plazas y regresó a su casa.

Nada más llegar, se fue directa al baño y puso en funcionamiento la ducha, echó jabón y esperó. La espuma se colaba por el sumidero con normalidad. Furiosa, se fue a la habitación de Tanit y gritó:

—¡Sal, hijo de puta! No te escondas. ¿Qué quieres de mi hija?

No obtuvo respuesta. Decidida a comprobar que no estaba loca, cogió su *Ipad* y buscó cómo hacer una *Ouija* casera. Pero al rato lo descartó. Tenía miedo, mucho miedo. Ella era insignificante y estaba sola.

De pronto, la luz de su habitación hizo el amago de irse. Un chisporroteo en la habitación de Tanit aceleró su pulso. Se asomó al pasillo y de nuevo vio cómo la luz de su cuarto se encendía y se apagaba sola sin que nadie tocara el interruptor. Se acercó con precaución. La bombilla parpadeó un par de veces y después estalló. Se le escapó un chillido.

Por un segundo, estuvo tentada de no cambiarla, no obstante, estaba decidida a llegar hasta el final. Bajó al sótano a por una nueva y salió de allí pitando con una linterna potente con que iluminar la habitación. Quería asegurarse de que no había nada allí. Con nerviosismo, la colocó en la base y dio varios giros. La luz que proyectaba comenzó a parpadear de nuevo con insistencia. Se bajó de la cama y observó el efecto luminoso. Al cabo de un rato, paró.

Capítulo 5. El mensaje

Arlet se quedó estática. Tras un rato de indecisión, regresó a la *tablet* y buscó cómo ahuyentar a espíritus malignos. Tomó varios apuntes en un papel y decidió ir primero a la iglesia más próxima a su casa a pesar de no ser asidua, no era su intención acudir a una misa sino recoger agua bendita. Pensaba hacerse con un buen arsenal. No iba dejar que nadie hiciera daño a su hija.

Aparcó el coche enfrente de la iglesia, que era un edificio moderno blanco y cuadrado. Las cristaleras eran de colores con los símbolos de Cristo. Los feligreses se encontraban en pleno rezo. Era la oportunidad perfecta. Se sacó del abrigo una botellita de agua *Font Vella* y, con disimulo, recogió de la pila lo suficiente mientras se santiguaba sin mucha convicción. Rezó un padrenuestro y regresó al coche veloz. No tenía tiempo que perder.

Esa vez se dirigió a un herbolario. Compró incienso, eneldo y laurel. Cuando tuvo todo preparado, regresó a su hogar y comenzó a esparcir por su cuarto y por el de la niña el agua bendita. Cogió varias cabezas de ajo que tenía en la despensa y las escondió detrás de los muñecos. Lo mismo hizo en su habitación. Luego quemó el incienso y diseminó el laurel por el suelo. Un humo negruzco comenzó a brotar de él.

Por primera vez, aquel enorme chalet se le hacía muy vacío y deshabitado. Siempre había estado tentada de cambiarse ya que estaba pensado para una gran familia, no para dos personas. Tanit y ella no necesitaban aquella casa.

¿Y si se mudaban a un piso más pequeño?

Con los extraños sucesos que estaban ocurriendo a su alrededor ya no se sentía segura. Había pegado el eneldo por las ventanas según ponía en Internet. Cualquiera que la viera ahora creería que se había vuelto loca. Y lo peor era que no se atrevía a confiarle a nadie su situación. No lo entenderían. Ante lo desconocido, estaba segura de que se apartarían y se alejarían. Como siempre, sola. Y a Bastián como volaría pronto a su nuevo destino, era inútil confiarle nada. Y a una persona como Araco, al que acaba de conocer, no era plan. Se acurrucó en la cama y lloró como una niña hasta que no le quedó nada. Consultó la hora y se dio cuenta de que muy pronto tendría que ir a salir a por Tanit.

El móvil comenzó a vibrar. Era Bastián.

—¿Sí? —contestó.

—¿Te pasa algo? Noto tu voz congestionada —dijo Bastián.

—Oh, no es nada. Es que estaba viendo una película de esas en las que se llora tanto —disimuló.

Se extrañó al percibir un olor como a quemado.

—Arlet, que estemos separados no significa que no puedas contar conmigo. Si te preocupa algo, puedes confiar en mí.

De repente, un punto negro apareció en la pared.

—Gracias, no me pasa nada. Solo estaba viendo...

Su conversación se quedó a medias. Una especie de tentáculos negruzcos comenzaron a surgir de ese punto y se replegaron hacia el tejado. Su cuerpo tardó en reaccionar. Estaban escapando de algo, corrió escaleras abajo y salió al jardín para ver adónde se dirigían. Sin querer, cortó la llamada. Fuera no había ni rastro de aquello. Entró de nuevo y sintió que algo no marchaba bien. Contrajo la respiración y subió las escaleras. De la habitación de Tanit se desprendía un olor a azufre. Se acercó a la puerta y se asomó hacia dentro. Sobre la pared blanca había unas palabras escritas que estaban siendo reabsorbidas.

TANIT ES MÍA.

Se tapó la boca para ahogar un grito. No pensaba permanecer por más tiempo en aquella casa. Se acabó. Ese mismo día se mudarían.

La llamada de Bastián le recordó su conversación.

—Disculpa, se me ha cortado. ¿Querías algo?

—Arlet, ¿seguro que todo va bien?

—Sí. Seguro —mintió como una bellaca.

—Tu hija quiere ponerse. Ya hemos acabado de ver una peli y de tomar una hamburguesa. Quiere regresar a casa y me ha pedido que te llame.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —preguntó suspicaz.

—No sé. Será una excusa. Creo que Jasmine no le ha caído muy bien.

No le sorprendió, no obstante, optó por apoyarlo:

—No te preocupes, dale tiempo.

Después le pasó el móvil a la niña. La voz de su hija parecía ansiosa.

—Mami, ¡hola!

—Hola, hija. ¿Qué ocurre?

—Nada. ¿Estás bien?

—Sí. —Seguía buscando indicios de cualquier presencia paranormal.

—No mientas: Álvaro se ha comunicado conmigo. Has enfadado al demonio —dijo entre susurros.

—¿Qué? ¿Te está escuchando papá?

—No. Me he alejado. Y, con el ruido del centro comercial, dudo mucho que sepa de lo que estoy hablando.

—Mejor. Tanit, creo que nos vamos de aquí. Nuestro hogar está embrujado.

—Vale, mamá. Yo también tengo miedo, pero Álvaro no quiere que me vaya.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? Olvídate de lo que él quiera. Será mejor que hablemos cuando regreses.

—¿Puedes venir a por mí? Ya no quiero estar aquí.

—Está bien. Tardo quince minutos.

Se guardó el móvil en el bolso y bajó al garaje. Tan arrebatada iba que no vio salir a Javier, el marido de su amiga Marga, hasta que salió de detrás de una columna, y le hizo gritar.

—Perdona, Javier. No esperaba ver salir a nadie de ahí. No te he visto.

—Discúlpame, Arlet, siento haberte asustado. Estos zapatos de goma son la mar de sigilosos. Marga también me ha regañado alguna vez por lo mismo.

Sonrió a su vecino e hizo intención de continuar.

—¿Todo bien, Arlet? —Su pregunta fue del todo fuera de lugar. No pudo evitar mostrar su sorpresa.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a ir todo bien? ¿Qué tal Marga? Ya no le queda nada para regresar —disimuló.

—No. Lo estoy deseando. Espero que vuestro jefe no la emprenda con ella y la tenga constantemente viajando.

—Bueno, mientras sea cerca... ¿Qué ha estado...? ¿Unos días fuera y otros por aquí? —Era la oportunidad perfecta para sonsacarle información.

—No. Lleva toda la semana fuera de Madrid.

—Oh, entonces mejor: solo es coger el avión. Pensé que se había ido en coche. Como no lo he visto por aquí.

—No. Lo ha dejado en el *parking* del aeropuerto. Me quedo más tranquilo sabiendo que no lo conduce, no sea que se quede dormida con tanta carretera por delante. Bueno, no te entretengo más. Como no veo a Tanit, imagino que vas a buscarla.

—Pues sí. Ha pasado un rato con su padre. Hasta luego. Por cierto, Javier, si necesitas algo de ayuda con los niños, ya sabes dónde estoy.

—Tranquila, por suerte este fin de semana se los llevó mi madre, que tenía ganas de verlos. Cuídate mucho.

Ya en el coche se quedó meditando sus palabras. Era su matrícula. Estaba casi segura. No había visto bien al conductor, aunque habría jurado que tenía el pelo largo y parecía una mujer. En fin, era todo muy raro.

Cuando llegó al centro comercial, Jasmine tenía cara de aburrimiento y sonrió aliviada al verla venir. Tanit tampoco parecía estar mucho mejor. Estaba sentada sobre las piernas de su padre. La modelo hizo intención de llevarse a Bastián, en cambio, su exmarido se acercó hasta ella ignorando la advertencia de su novia.

—Arlet, si necesitáis algo, lo que sea, me lo decís. Las dos. ¿Entendido?

Madre e hija asintieron y se despidieron de la pareja. Según se alejaron, la niña tiró de su manga para hablar con ella.

—No me ha gustado nada la novia de papá. No la soporto. Y yo a ella tampoco le caigo bien.

—Lo imaginaba. Se le ve muy poco niñera. Bueno, tampoco creo que la vayas a ver mucho. Míralo por el lado bueno.

—Eso espero.

—En cuanto a Álvaro, ¿dices que se te ha presentado aquí? ¿En pleno centro comercial?

—Sí, porque tú te tuviste que enfrentar a él. ¿Qué has hecho? Ahora no puede entrar el demonio y está que trina.

—Mejor. Estoy pensando que, si te parece, esta noche dormimos juntas en mi habitación y con el pestillo echado. Mañana empezaré a buscar un piso.

—Vale.

Tanit se abrazó a su madre y las dos regresaron alegres con la música puesta a todo trapo entre cánticos y risas. Era muy agradable compartir momentos como aquellos. Valía la pena ser madre solo por eso.

El olor a incienso les produjo calma al entrar a las dos.

—¡Guau! Me encanta este olor, mamá. Huele genial.

La niña comenzó a reír y a bailar dando vueltas como una peonza. Ella era feliz viendo a su hija sonreír. Se dejó contagiar de su buen humor y giraron las dos juntas hasta acabar en el suelo.

—Venga, señorita, a la cama.

Subieron a la primera planta y Tanit se negó a ponerse el pijama en su habitación, cogió su osito de peluche y, se trasladó al cuarto de su madre. Cuando se acostó a su lado, la contempló con arrobó.

—Mamá, ¿por qué no quieres a papá?

—Tanit, cariño, ya sé que te gustaría vernos juntos, pero a veces eso no es posible. Tu padre me hizo mucho daño y, cuando dejas de confiar en una persona, lo mejor es que cada uno vaya por caminos separados. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero yo sé que te quiere a ti. No te mira igual que a ese espárrago que tiene de novia.

Aquel comentario les sacó unas risitas de niñas malas.

—¿Ahora es un espárrago? —se rio Arlet.

—Sí. Tú eres mucho más guapa. Fue tonto papá por dejarte marchar. — Tanit acarició el pelo de su madre y la abrazó—. Además, eres más cariñosa. Ella era más seca...

—Veo que te causó muy buena impresión. Anda, lo mismo ahora es muy joven y el día que tenga hijos cambia de parecer.

—Para entonces ya será muy tarde. Espero que papá la deje antes. No pegan ni con cola.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a papá le gustas tú.

—Tanit, Tanit. Eso no es cierto. Cuando seas mayor, lo entenderás.

—Lo que tú digas, mamá.

Tanit comenzó a bostezar y cerró los ojos. Enseguida cayó en los brazos de Morfeo. Ella sintió verdadera envidia. Continuó cavilando unos minutos más sobre sus palabras. ¿Sería verdad que Bastián pensaba en ella aún? No. Ella ya había abierto las puertas a otro hombre. No debía malgastar su tiempo esperando que lo suyo tuviera una solución. La había engañado y eso no se lo podía perdonar. Las heridas aún sangraban. Con esos últimos pensamientos se durmió.

Domingo, 22 de marzo de 2015

Por la mañana se despertó muy descansada. Tanit ya se había levantado. Un poco asustada, la llamó.

—¿Tanit?

—Estoy en mi habitación, mamá. Estaba dibujando y no quería despertarte. Ya he desayunado.

Cuando se acercó somnolienta a su hija, se quedó paralizada cuando

reparó en el dibujo. Era perfecto. Ella no dibujaba así de bien. Estaba hecho como al carboncillo, entre luces y sombras. La niña no parecía consciente de lo que hacía y seguía dibujando como si nada una habitación. Al fondo se veía a seis encapuchados y en el centro estaba ella sobre un altar de piedra. Se la veía sufrir y llorar, toda llena de cortes y sangre. Creyó que se le saldrían los ojos de las cuencas. Se acercó a su hija y le arrancó el cuaderno.

—Para ya.

La niña se volvió hacia ella furiosa y recuperó el bloc. Cogió de nuevo el lápiz y comenzó a canturrear una canción que le puso los pelos de punta.

—Din, don, llámalo. Don, din, déjalo entrar. Pum, pum, te matará. Tras, tras, no lo podrás evitar.

Arlet ya no podía más. Corrió a su habitación y cerró la puerta del cuarto de baño entre lágrimas. Cogió el móvil y buscó en Internet a alguien que pudiese ayudarla con aquello que escapaba a su fe. A su memoria vino la imagen de la extraña tarjeta de visita que había recogido del buzón esa misma tarde junto con la propaganda. No solía ojear la publicidad, sin embargo, esa tarjeta se había caído misteriosamente al suelo una vez que se hubo desecho de toda la publicidad. Cuando regresó a la cocina, se preguntó cómo podía estar de nuevo allí, pues juraría haberla tirado. Voló escaleras abajo y se fue al reciclado de papel. Comenzó a revolver la bolsa como una loca y no paró hasta que extrajo un papel rectangular de color negro con las letras en escarlata. Decía así:

Espiritista
Sanador del alma
Contacto con el más allá para arreglar
los asuntos de algún familiar muerto.
Telf.: 633 69 69 69

—¿Qué estás haciendo, mami?

La voz de su hija a sus espaldas le hizo tomar precauciones. Se escondió la tarjeta en el sujetador y sacó un panfleto del Telepizza en su lugar.

—Nada, es que me acabo de acordar de una nueva oferta que vi y, tonta de mí, la había tirado. ¿Te apetece que comamos una pizza?

—Sí.

Tanit esbozó una sonrisa y se fue canturreando a su habitación. Cuando se alejó, Arlet se guardó el número en el móvil y tiró la tarjeta. Ya llamaría

cuando no estuviese su hija delante. Su comportamiento tan cambiante comenzaba a ser muy preocupante. Decidió no quitarle el ojo de encima, si bien su hija parecía que también la estuviese observando. En ocasiones, la pillaba con la mirada fija puesta en ella y eso le causaba verdaderos escalofríos.

Cayó en la cuenta de que no notaba el olor a incienso. Desconfiada como era, subió y descubrió que en su habitación ya no estaban ni las hojas de laurel ni el eneldo. Tampoco había rastro del incienso. Bajó al salón un tanto confusa.

—Tanit, ¿qué has hecho con el incienso?

—Tirarlo. Me molestaba.

—¿También te molestaban el laurel y el eneldo?

La niña se rio y puso cara de haber cometido una travesura.

—Claro, mami, así no le dejas entrar. Y no está bien.

Sus palabras se clavaron en su estómago como puñales. Sin pensárselo dos veces, sacó del reciclado la botella donde había guardado el agua bendita y volvió junto a ella con las manos en la espalda. Tanit levantó las cejas expectante. Con un gesto rápido, la salpicó con las gotas que quedaban en su interior. La niña comenzó a gritar como una loca y arañarse la cara convulsionando y echando espuma por la boca.

—Tanit, ¿me escuchas, hija?

No respondía. Seguía revolcándose y temía que fuese a hacerse daño. Debía hacer algo y pronto. Nunca se le había presentado aquella situación. Pensó en llamar a urgencias, aunque lo descartó. Con tanto agobio, solo se le ocurrió marcar el teléfono del espiritista a la desesperada. Daba tono. Esperó nerviosa sin perder de vista a su hija, que se revolvía furiosa.

—¿Hola? Oiga, sé que pareceré una loca, pero necesito ayuda urgente. — De lo estresada que estaba, rompió a llorar como una niña. Se enjugó las lágrimas y siguió—: Perdóneme. Le pagaré lo que sea si me ayuda, por favor. Creo que un demonio ha poseído a mi hija... Oiga, no estoy para bromas. No me cuelgue... Sí. Le he tirado agua bendita y se ha puesto a convulsionar y echar espumarajos por la boca. No sé qué hacer, está fuera de sí y no reacciona a mi voz.

El hombre trató de calmarla y eso enfureció a Arlet aún más al pensar que la había tomado por una lunática.

—¡No me pida que me calme, joder! Solo le estoy preguntando si puede ayudarme, si sabe qué puedo hacer. No le habría llamado sino.

Tras un largo silencio, le dio unas pautas sencillas. Cogió sal gorda de la cocina y dibujó la cruz de David alrededor de Tanit procurando que las puntas coincidiesen con sus extremidades tal y como le dijo. Tanit comenzó a rugir.

—¿La oye? Ya le dije que no estaba loca. ¿No hay nada más? Ya sé que a través del teléfono no es fácil, pero esto es una urgencia. ¿Qué? No le oigo bien, parece que hay interferencias. Mierda. ¿Qué dice?

Cogió un rosario que tenía de su abuela de un cajón del salón y se lo puso en el rostro a su hija. La niña se levantó de repente con los ojos abiertos y lo mordió con furia hasta partirlo antes de lanzarlo lejos de ella. Temblorosa y muy asustada, palpó los cajones del aparador buscando el crucifijo de la comunión. Lo alzó y se protegió con él de ella.

—Oiga, ¿puede venir a mi casa? Estoy muerta de miedo... ¿Qué? Sí, ahora pongo el altavoz.

A través del móvil, el hombre recitó unas extrañas palabras en un idioma que desconocía. De repente, su hija se quedó completamente quieta. Al cabo de un rato, abrió los ojos despacio con la mirada perdida. Observó a su madre extrañada y alzó sus cejas.

—¿Qué haces con esa cruz en la mano, mami? Ay, me duele todo el cuerpo. ¿Qué hago en el suelo con toda esta sal?

—¿Eres tú seguro, Tanit?

—Claro, mamá. ¿Quién sino? ¿Te pasa algo?

Quitó el altavoz y vio que la llamada se había cortado. No se anduvo con rodeos.

—¿Cómo ha entrado en ti?

Aquello superaba la frontera de lo normal.

—¿Quién? —Tanit aún parecía desorientada.

—El demonio o ese Álvaro, o lo que sea. ¿Recuerdas algo? Cuéntame qué es lo último que recuerdas.

—Recuerdo que me desperté. Había un cuervo en la ventana. Salió volando y le oí picar el cristal de mi habitación. Al acercarme, me miró muy fijamente a los ojos y luego ya no recuerdo más.

La melodía del móvil comenzó a sonar dándoles un susto de muerte.

Capítulo 6. El espiritista

—¿Diga?... Sí, todo bien. Ya se ha calmado. Gracias... Se lo agradezco. Apunte mi dirección.

—¿Quién viene? ¿A quién has llamado?

—A un espiritista. Escucha, cariño: esto me supera. Te ha poseído algo y yo no sé ya cómo ayudarte.

La niña no dijo nada. Se la veía muy cansada.

—¿Me das agua? Tengo mucha sed.

Dudó en alejarse de ella. No quería perderla de vista ni un segundo, finalmente, cedió a sus ruegos. Fue corriendo a la cocina y volvió junto a ella con el vaso de agua. La niña se lo bebió de un trago. Estuvieron sentadas en la misma posición hasta que el timbre de la casa sonó. Abrió la puerta y se topó con un hombre joven rapado casi al cero y bastante raro. Tenía muchos tatuajes llenos de símbolos por todo el cuerpo, incluso por la cabeza. Iba vestido de negro con unos pantalones ajustados. Sus ojos de un verde esmeralda increíble la estudiaron con atención.

—¿Es usted el espiritista? —preguntó estupefacta.

—Sí. Mi nombre es Markus. ¿Usted es Arlet? —Parecía igual de sorprendido que ella. Arlet se sonrojó.

—¿Eh? Sí. Perdóneme, no esperaba alguien tan joven y tan... musculoso. ¿Seguro que es espiritista? —Tenía más pinta de ser un mafioso ruso.

—Sí, señora. Su llamada fue de lo más raro que me ha pasado en años. Oía otra voz que me impedía escucharla y me ordenaba que no la ayudara.

—Puedes tutearme. Perdona, no te he invitado a entrar. ¡Esto es para mí tan confuso! ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

Era bastante guapo y alto, y eso que estaba acostumbrada a la altura de Bastián, aun así, le superaba por bastantes centímetros. Tenía la nariz recta y unos labios muy gruesos. Al entrar, el desconocido observó la casa por dentro, prestando atención a la decoración del salón: moderna y alegre, que se veía opacada por el desastre de la sal en el suelo y el rosario desarmado. Había bolitas por doquier. Markus se sentó sobre el *chaiselongue* de color café sin ser invitado y posó su mirada directa sobre la niña.

—Tú ves a un espíritu. Se llama Álvaro.

—Sí. ¿Tú también puedes verlo? —La carita de Tanit se iluminó. Se la había ganado.

—Sí. Está a tu lado ahora mismo. Es un niño de unos doce años.

Arlet se quedó muda. Se sentó al lado de su hija y le apretó el hombro con cariño. Markus respiró profundamente y cruzó los dedos. Eran muy largos. En cada uno de sus nudillos había escrita una letra. No sabía qué significado tenía, pues no formaban ninguna palabra conocida ni con sentido, al menos, para ella.

—Ese niño no es malo, sin embargo, algo maligno ondea en el aire. Noto los vestigios del diablo por aquí. Voy a serle sincero, Arlet, no le voy a cobrar nada. Ese chico me dice que, haga lo que haga, no lo va a poder evitar.

—¿Me está diciendo que tire la toalla y le deje hacer? —bufó indignada.

—Bueno. Creo que aquí no tengo mucho más que hacer. Lo siento, señora, solo vine para asegurarme de que las dos estaban bien.

Le disgustó su expresión. Había visto algo y no quería decírselo. Por eso no le cobraba.

—Esa cosa quiere matar a mi hija y ¿usted está insinuando que lo deje hacer? —Le trató de usted para marcar distancia, ya que él no la había tuteado en ningún momento.

—Bueno, no. Si le vuelve a pasar algo, puede llamarme. Tengo el móvil activo las veinticuatro horas al día.

Sacó del bolsillo de su pantalón una tarjeta y se la entregó.

—Esa es mi dirección por si necesitase acudir alguna vez a mí.

—Oiga, no, no. No puede dejarme, por favor. Estoy muy asustada. Usted dijo algo por el teléfono que la ayudó. Sé que puede ayudarme.

—No la estoy abandonando, solo que ya no puedo hacer más por ustedes. Si le vuelve a suceder cualquier otra cosa rara, llámame.

—¿Así, sin más? ¿Nos abandona a nuestra suerte? Muy bien, puede salir de mi casa. Allá su conciencia. Ya me las apañaré sola, como siempre —replicó indignada.

El hombre dudó unos segundos, apretó los labios y al fin cedió a regañadientes. Le hizo una seña para que se acercara a él.

—¿Hay algún momento en que pueda verla sin que esté ella delante?

—Sí, cuando vengo de trabajar, sobre las tres y media.

—Bien, pues nos vemos a esa hora. Escuche: no creo que os moleste más. Ese chico vela por ella, así que lo mejor es que se tranquilice y disfrute de su

hija. Mañana hablaremos. Tome. —Se sacó una ramita de romero y se la entregó—. Es para ahuyentar los malos augurios. Duerma con ella debajo de la cama y pinte con una tiza blanca la cruz de David. Las protegerá.

Se despidió de ella con una leve inclinación de cabeza y se marchó. Arlet se volvió hacia Tanit muy agobiada.

—Mamá, Álvaro dice que puedes dormir en tu habitación, que él me cuida. Se agarró del cuello sofocada y suspiró.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—¿Quieres irte a la cama?

—No. ¿Vemos una peli juntas?

No pudo negarse. Pasó la tarde sin disfrutarla. Apenas prestaba atención a la película. Era un runrún que escuchaba de fondo, ya que su cabeza estaba en otra parte. Solo quería que llegara la noche para entrar en Internet y buscar información. No pensaba quedarse quieta. Ni los mensajes de Araco ya le hacían ilusión. Estaba muy deprimida.

Se hizo de noche y la angustia se apoderó de ella. Cogió una de las tizas de la pizarra de Tanit e hizo el dibujo de la cruz bajo su cama y la de su hija. Colocó la ramita debajo de su almohada y se fue a despedirse de ella. La niña estaba acostada con su pijama y el osito leyendo un libro. Cuando la vio venir, levantó la vista y se deshizo en sonrisas. Ese amor iba dirigido a ella.

—Te quiero mucho, mamá. Puedes dormir tranquila.

—Yo también te quiero.

Se le encogía el corazón. ¡Con lo pequeña que era y lo valiente que estaba demostrando ser! A veces tenía la sensación de que fuera la última vez que la iba a ver. Era terrible sentirse tan impotente. Le dio un beso en la frente y la arropó.

—¿Te apago la luz?

—No. Es mejor así —contestó Tanit.

Asintió comprendiendo y se marchó a su cuarto. Se sentó en la cama y cogió la *tablet*. Tecleó y buscó toda la información relativa a posesiones. Las barbaridades que se contaban de ellas le quitaron las ganas de buscar un cura para realizarle un exorcismo. No sabía el motivo, pero esperaba que su reunión del día siguiente con Markus despejase alguna incógnita. Cogió el móvil para apagarlo y vio un par de mensajes de Araco.

Hola, preciosa. ¿Qué tal todo?

Araco_22:40

Hola, ¿te ha pasado algo?

Desganada, le contestó.

Bella_23:35

Hola, Araco. Digamos que he tenido un fin de semana un poco revuelto.

¿Qué tal te ha ido todo a ti?

Araco_23:36

Bueno, pues mucho trabajo, como siempre. Difícil de compatibilizar con una familia.

Bella_23:37

Vaya. Ya veo.

Araco_23:38

Sí, por eso es complicado para mí mantener una relación estable. Me paso el día trabajando.

Bella_23:39

Y yo encima tampoco estoy libre.

Araco_23:40

¿Quieres que nos conozcamos con tu hija? Me gustan los niños y no me importa. Ya te dije que comprendo que tienes una familia.

Bella_23:41

Bueno, no sé si será una buena idea. Mi hija acaba de conocer a la nueva novia de su padre y no está muy contenta. Si te presento, no sé cuál puede ser su reacción. En estos momentos, me pillas sin tener con quién dejarla, no obstante, si no te importa ir al cine el fin de semana que viene con ella...

No quería cerrar la puerta definitivamente. Quería conocerlo, mas en otras circunstancias, no en aquellas. Quedaron en hablar para el viernes y cortaron la comunicación.

¿Y si la dejaba con su madre? Era una urgencia. Además, lo mismo a Tanit le venía bien salir de allí. Se levantó y fue a la habitación de su hija a echarle una última ojeada antes de acostarse. Se encontraba dormida. Su preciosa carita se veía relajada e inocente.

Cuando regresó a su habitación, cerró la puerta con el pestillo. Ya no se fiaba de ella. Temía que la asaltara en medio de la noche poseída por aquel

diablo. Se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran debidamente cerradas y se recostó sobre la cama. Cualquier ruidito era motivo para sobresaltarla. Estaba aterrorizada. A veces le parecía escuchar pasitos cerca de su puerta. Se tapaba con la sábana hasta la nariz y se encogía en la cama sin apenas respirar. No paró de observar la rendija de su puerta durante toda la noche, aunque no se percibía nada al otro lado. Estaba casi segura de que era su imaginación que le estaba jugando malas pasadas. Sin embargo, no podía evitar temblar de pavor. Podía oír los latidos desbocados de su corazón. Creía que se le iba a salir del pecho. Se sentó sobre la cama y hundió la cabeza entre sus piernas completamente abatida. Ahogó un gemido. Estaba paranoica. No había bajado ni la persiana de su habitación por miedo. La luz de las farolas de la calle se colaba dentro formando figuras extrañas. Iba a ser una noche de vigilia muy larga.

Lunes, 23 de marzo de 2015

El despertador, con aquel pitido tan desagradable, le hizo pegar un bote en la cama. En algún momento de la noche, cayó rendida por el sueño con las piernas flexionadas y, ahora las tenía entumecidas. Un hormigueo le recorrió desde los pies a los muslos. Asimismo, se levantó con un dolor de cabeza terrible. Se había pasado la noche en vela entre cabezazo y cabezazo, hasta que el agotamiento había podido más que su miedo. Se metió en el baño y comprobó que no hubiese nada anormal dentro. Cerró el pestillo, por si las moscas, y se duchó, aunque esa vez no se demoró ni un minuto. Se aseó rápido y se vistió con lo primero que encontró. Se maquilló un poco las ojeras y se dio color al rostro. Estaba muy pálida. El cansancio y los sucesos de los últimos días estaban haciendo mella en ella. Antes de abrir, puso la oreja en la puerta y escuchó. Todo parecía estar en calma.

Venga, Arlet, sé valiente y abre la puerta sin temor.

Sujetaba el picaporte con indecisión, cuando oyó que su hija la llamaba a gritos.

—¡Mami, mami, ven corre!

El pulso se le aceleró por momentos. Abrió la puerta de golpe y corrió hasta ella. Cuando llegó, ahogó un grito. Tanit se encontraba suspendida en el aire y la contemplaba totalmente aterrorizada.

—Dame la mano, Tanit, despacito.

La niña alargó su mano hasta la de ella y luego la otra. Arlet la cogió de la cintura y levantó su mirada hasta los ojos de su hija.

—A la de tres, tiro de ti. Una, dos, tres...

Dio un tirón de ella y la cogió en brazos. Las sábanas y el osito seguían suspendidos en el aire hasta que cayeron de golpe, asustándolas.

—Ya cojo yo tu ropa. Te vas a vestir en el salón.

Cogió a toda prisa sus cosas y cerró la puerta, luego bajó las escaleras y se reunió con Tanit en la cocina. La niña se estaba preparando el desayuno.

—¿Cómo...? ¿Cómo has dormido esta noche? —se atrevió por fin a preguntar Arlet intrigada.

—Bien.

—¿Eso era cosa de Álvaro o del otro?

La niña se encogió de hombros. De nuevo la angustia se apoderó de todo su ser. Aquello las iba a matar a ambas si continuaban aquellos sucesos paranormales.

De camino al colegio, se fueron relajando, como si volver a la rutina fuera más un gusto que un calvario.

En la oficina, se topó con Marga de frente. Se la veía muy sonriente y alegre.

—Caray, niña, ¿qué te ha pasado en la cara? Te ves fatal.

Arlet frunció los labios disgustada. Sin embargo, se calló toda su situación.

—Una mala noche. No es nada. ¿Qué tal tu viaje?

—Bien. Muy cansada. Ha sido agotador. Pero, bueno, ya espero no tener que moverme de aquí en una temporada.

Sin más que decirse, cada una optó por volver a su cubículo y trabajar. La llamada de Brenda fue toda una sorpresa. Su actitud hacia ella se había vuelto distante y fría. En verdad parecía muy tensa y se limitó a repetir lo mismo de la otra vez, que no había tal fusión, y la despachó rápido. Se abstuvo de hacer ningún comentario y se puso a trabajar. Suficientes preocupaciones tenía ya con Tanit como para añadir una más.

Sin embargo, compartía el correo con su jefe y podía ver lo que hacía exceptuando, por aquellos que blindaba para él. Estaba claro que, desde su ordenador, no podría verlos. Tendría que entrar en el de él con sus claves. Su voz carrasposa exigiendo explicaciones de todo tipo al equipo aceleró su

ritmo cardiaco. Cogió unos papeles con disimulo y comenzó a trabajar.

Por primera vez, prefería estar entretenida y no tener que pensar en sus problemas. Cada vez que veía la hora, sufría. El tiempo volaba a toda velocidad, las horas parecían minutos. Solo de pensar en que debía regresar a su casa se le revolvía el estómago. Por una vez, su jornada se le hizo muy corta.

La reunión con Markus le producía ansiedad. El atasco de ese día la impacientó como nunca. Quería llegar antes de que él se presentara. Se le echaba la hora encima y no estaba allí. Cuando aparcó, eran menos veinte. Subió las escaleras del garaje a toda prisa y abrió la puerta de entrada. Markus se encontraba sentado fumando tranquilamente un cigarrillo, que apagó al verla. Se alegró de encontrarlo allí. Por un momento, temió que se hubiera marchado ya.

—Te agradezco que no te hayas ido. Siento la tardanza, es que el tráfico es terrible a estas horas —se disculpó Arlet.

—Supongo que después de lo de ayer, merezco que dude de mi palabra. No tiene por qué darme explicaciones. Tranquila.

Lo invitó a entrar y un olor a desagüe inundó sus fosas nasales.

—Huele fatal. A veces suben olores muy desagradables por los baños —aclaró Arlet.

De camino al salón se paró en mitad del pasillo. Markus observaba la casa con el ceño arrugado y ella comenzó a asustarse.

—¿Has percibido algo?

—Shhsssss. —Con el dedo índice, la mandó callar, la cogió de la muñeca y la protegió con su cuerpo.

Arlet se asomó intrigada por detrás de sus anchas espaldas y fue cuando lo vio. Pegó un grito y se agarró a él como una garrapata. En las escaleras había un muchacho con la cara cadavérica y la ropa ajada. Estaba quieto con la mirada fija en ellos. Su tez era pálida. Las ojeras bajo sus ojos, de un violeta muy oscuro, le daban un conjunto terrible.

—Arlet, tranquila, solo quiere mostrarte algo.

Markus le daba seguridad, se sentía protegida por él. Sin soltarla del brazo, siguieron en la dirección que les indicaba. El muchacho estaba subiendo al piso de arriba. No se detuvo en la habitación de Arlet, sino que señaló con su mano hacia el techo en el pasillo y permaneció quieto. Markus se volvió hacia ella y le interrogó:

—¿Hay por aquí alguna trampilla para subir?

—¿Una trampilla? No. Bueno, no lo sé.

—¿Tiene algún plano de la casa?

—Creo que sí, pero están en el salón.

—Baje por ellos —le ordenó.

Se soltó y bajó los escalones de dos en dos. Buscó la carpeta que tenía guardada en uno de los cajones de su *boiserie* y regresó al lado de Markus. El muchacho permanecía quieto con aquella expresión mortecina que tantos escalofríos le producía. Markus, viendo que ella no reaccionaba, le quitó la carpeta con la memoria de calidades de la mano y la abrió.

—Esto es todo lo que nos dio la constructora, si bien no recuerdo yo nada de una trampilla —dijo Arlet.

Markus comenzó a pasar páginas hasta que paró en una de ellas. Puso uno de sus dedos sobre un dibujo y se los mostró a Arlet. Ella se mostró sorprendida y comenzaron a buscar el lugar exacto.

—Según el plano, debería estar aquí, aunque está hecha a mano —observó Markus.

—Sí, pero, como verás, no hay nada.

—¿Hiciste alguna obra? Aquí hay una escalera tachada también.

—No, que yo sepa.

Markus contempló la casa y se dirigió hacia su habitación. Cogió su descalzadora y una lámpara, y desenroscó la tulipa y la bombilla.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó Arlet.

Capítulo 7. Los recortes de periódico

Sin darle tiempo a replicar, Markus asestó un golpetazo al techo con el pie de la lámpara. La pintura blanca cayó sobre sus cabezas llenando la estancia de polvo, haciéndola toser.

—¿Te has vuelto loco?

—No. Mire, ahí arriba tiene otro piso oculto. Necesito una escalera y una linterna.

—Tengo en el sótano, pero no me atrevo a bajar sola. Está muy oscuro.

—Está bien. Bajaré yo.

—Y yo contigo. No pienso quedarme con esa cosa —replicó, dirigiendo su mirada hacia el tético muchacho.

Markus gruñó por lo bajo, mas no se negó. Arlet lo guio escaleras abajo un poco molesta. Tenía que comprender que, con esa aparición, era normal que tuviese miedo a quedarse sola. Cuando llegaron al sótano, pulsó el interruptor y se hizo a un lado para que buscara el material necesario para descubrir la trampilla. Markus se dirigió hasta la mesa de herramientas y rebuscó entre las estanterías y armarios. Ella lo tenía muy ordenado, ya que no lo usaba a menudo. Le indicó dónde tenía la escalera portátil y esperó a que terminase su inspección.

—Ya que estamos, cogeré un martillo por si necesito hacer el agujero más grande. Tome, lleve la linterna —le daba órdenes con suma naturalidad.

En el fondo, le agradó que se tomase aquellas iniciativas. Ella se habría olvidado la mitad de materiales imprescindibles y les habría tocado bajar de nuevo. Markus se cargó la escalera a hombros como si fuera liviana, de sobra sabía ella lo que pesaba. Se notaba que estaba acostumbrado a realizar trabajos que requerían fuerza física.

Cuando regresaron al piso superior, el muchacho ya no se encontraba allí. Markus se subió todo lo que pudo hasta el techo y comenzó a asestar golpes. Arlet sufría viendo rodar los cascotes por la tarima de madera. Los daños iban a ser irreparables.

—Ya está —dijo Markus. Ascendió primero por el agujero que había hecho y, cuando estuvo arriba, la llamó—. Venga, suba.

Ella se tomó su tiempo. La escalera parecía muy inestable a pesar de que Markus la había asegurado primero. Cuando llegó a la abertura, él le tendió

una mano para ayudarla a recorrer el último tramo. Estaba todo muy oscuro. Con la linterna, alumbraron la imagen de un ático diáfano y bastante grande.

—Por su cara, deduzco que no sabía nada de esta habitación —comentó Markus.

—Pues no. Por cierto, ¿puedes tutearme? Me haces sentir mayor. ¿Acaso tienes menos años que yo?

—¿Eso es importante ahora? —dijo, acercándose a ella con una sonrisa pícaro en su rostro.

Se sonrojó al notar su piel tan cerca.

—Bueno, es solo que no me gusta que me traten con tanta formalidad. Además, no te pega.

—¿Y eso? —Cada vez sonreía más. Mostraba una dentadura perfecta de dientes blancos y rectos.

—Pues no sé, con tanto tatuaje y tanto músculo... Vamos, que pareces más un pandillero.

—Vamos, la señorita ricachona me juzga por mi apariencia.

—No soy rica. Soy una curranta como tú. No me sobra el dinero. Esta casa le pertenece a mi exmarido. Me parece que eres tú el que me has juzgado.

—Treinta y siete.

—¿Qué?

—Decía que tengo treinta y siete. ¿Y tú?

—Treinta y cinco.

—Bien, ya que la señora ha satisfecho su curiosidad sobre mí, ¿podemos seguir a lo que hemos venido?

Se sonrojó hasta el tuétano. Quiso replicar, sin embargo, al iluminar un rincón, se le escapó un grito al descubrir al muchacho bajo la luz tenue. Les estaba señalando con la mano el lugar exacto. Markus se acercó con decisión hasta el sitio indicado y asestó varios golpes diestros a la pared. Él debía de estar acostumbrado a tratar con fantasmas, pero ella no. Un armario de puertas empotradas emergió del interior de la plancha de pladur, en el que encontraron un montón de periódicos fechados en tiempos lejanos.

—¿Qué tienen de importante estos periódicos? —preguntó ella.

—Bajemos y veámoslos a la luz.

Primero descendió él. Quedarse allí ella sola no le hizo ni pizca de gracia. No paraba de mirar a su alrededor, como si temiera que algo se fuera a abalanzar sobre ella en cualquier momento. En cuanto él le dio la señal, se precipitó a toda prisa y se encaramó a la escalera como un mono. Markus

sostuvo la escalera hasta que la vio asegurada en el piso. Esa caballerosidad por su parte le produjo una punzada de dolor. No recordaba la última vez que un hombre había sido así de atento con ella. Bajaron al salón y abrieron los periódicos. Los ojearon por encima hasta que ella reparó en la hora.

—Tengo que ir a buscar a mi hija. Pronto saldrá del colegio.

—Si quieres, me marcho y vengo en otro momento. Me gustaría ayudarte con esto si tú quieres.

—Vaya, por fin me tuteas. ¿Y a qué debo semejante honor?

Él mostró su sorpresa ante aquella observación y se rio.

—Siento haberte dejado sola ayer. Creo que puedo ayudarte... Si aún quieres, claro.

—Claro que quiero. Además, me encantaría ver contigo los periódicos. Cuatro ojos ven mejor que dos. ¿Qué tal si me acompañas a buscar a Tanit y a la vuelta los seguimos estudiando? No obstante, tendré que llamar a un albañil; ese boquete me da miedo. No lo quiero abierto.

—Yo puedo arreglártelo. Soy albañil además de espiritista.

—Creí que eras solo espiritista.

—De eso no como. Sin embargo, de vez en cuando, hay personas que necesitan mi ayuda. Iré a por mis cosas y vuelvo enseguida. Así puedes ir a buscar a tu hija tranquilamente al colegio.

—Perdona, no te he ofrecido nada de comer ni de beber. ¿Has almorzado?

—Sí. ¿Tú no?

—No, aunque no pasa nada. Ahora, cuando vuelva del colegio, me preparo algo rápido. ¿Eh? Ejem. Ese fantasma, ¿volverá a hacer acto de aparición?

Markus alargó su mano de dedos largos y se acarició la barbilla con suavidad.

—Arlet, él no te va a hacer nada. No le tengas miedo. No obstante, cuando vuelva, te voy a preparar unos amuletos. Uno para ti y otro para tu hija, para que te quedes tranquila.

Salieron de su casa y se despidieron. Al girarse para ir en dirección al colegio, Marga la esperaba con una sonrisa traviesa mientras meneaba el carrito de su bebé y comentó:

—Picarona, ¿quién era ese? ¿Ese es el motivo por el cual anoche no descansaste?

—No es lo que crees. Es un *albañil*. He tenido una avería y ahora vuelve para repararla. Por cierto, ¿tú tienes ático?

—Pues claro, Arlet, hija. Todos tenemos un ático. Yo lo acondicioné como

habitación de juegos para los niños.

—Pero, ¿venía con escalera?

—El mío, sí.

Se quedó pensativa. Debía hablar con Bastián y preguntarle por él.

—¿Por qué? —quiso saber Marga.

—Me acabo de enterar que tengo uno debido a este incidente. Yo no tengo escaleras ni nada.

—Cuando volvamos del colegio, si quieres te lo enseño para que te sitúes.

Había estado docenas de veces en casa de su amiga, aunque era cierto que nunca se había preguntado por qué ella tenía una habitación de más. Tampoco la necesitaba. Nada más recoger a Tanit, le contó que pasarían un rato por casa de Marga. La niña frunció el ceño y puso la cara larga, cosa que ignoró. Sentía curiosidad por la distribución de su ático. Cuando llegaron a su casa, mientras Marga aparcaba el carrito en la entrada y cogía a su bebé en brazos, Tanit observó disgustada a los gemelos, que no paraban de molestar. A pesar de que su madre les había dado instrucciones para que se pusieran a hacer los deberes, le pidió a Tanit que los vigilara. Su hija se quedó con ellos no muy convencida. Marga la guio al piso de arriba y le mostró la continuación hasta el ático.

—Todos los chalets son exactamente iguales, así que la tuya debería estar en el mismo lugar —le indicó.

Se quedó conmocionada. Bastián había decorado aquella pared con un gran tapiz y un par de lámparas.

—Muchas gracias, Marga. Bueno, le diré a mi *albañil* que lo mire.

Cuando regresaron a casa, revisó cada rincón. Ese comportamiento tan extraño mosqueó a Tanit.

—¿A quién buscas? —dijo su hija.

—¿Eh? Bueno... no, nada.

—Mamá, no mientas. Se te da fatal.

—Da igual. ¿Tienes muchos deberes? —dijo, cambiando de conversación.

—Sí. Además, tenemos exámenes. Tengo mucho que estudiar.

—Bien, ponte aquí en el salón.

Ella se sentó a esperar a que regresara Markus. Por fin sonó el timbre.

—¿Quién es, mamá?

—Es el espiritista.

Abrió la puerta y se quedó muda con el cambio. Vestido con ropas grandes de trabajo y salpicadas de cemento, había perdido su *sex-appeal*. Venía

cargado con sacos, cubos y unas cuantas herramientas más.

—Markus, mi vecina me ha dicho que hay unas escaleras. Creo que sé dónde están.

Él asintió y saludó con una sonrisa a Tanit. La niña le devolvió un saludo sonriente. Se veía que le caía bien.

—Puede que hagamos un poco de ruido, así que tú sigue estudiando. Si quieres, te cierras la puerta del salón —le recomendó Arlet.

Cuando se hubo asegurado de que su hija lo entendía, acompañó a Markus hasta el tapiz.

—¿Quieres abrirlo? —le interrogó Markus.

—En parte, sí. Me tiene muy intrigada. No había escaleras cuando subimos tampoco, o yo por lo menos no me he fijado.

Él colocó la escalera de nuevo bajo el boquete y subió al piso superior con la linterna. Al cabo de un rato, asomó la cara y habló:

—No. Llevas razón. No hay escaleras.

Descendió casi de un salto al piso inferior y se acercó hasta el lugar del tapiz.

—Ayúdame a quitarlo, ¿crees que podrás? —le preguntó Markus.

Arlet asintió.

Entre los dos lo descolgaron y lo guardaron en su habitación. Markus cogió la maza y comenzó a romper la pared sin esfuerzo.

—Solo han puesto una plancha de pladur —se extrañó él.

Las escaleras eran de mármol blanco pulido. Le chocó la barandilla que habían usado, pues ya no se estilaban y menos en una casa tan moderna; era de madera con un corte muy clásico. Markus llegó al otro extremo y atizó dos mazazos. Sucedió lo mismo: la pared cayó al suelo muy rápido. Tenía hasta una lámpara y un interruptor antiguo.

—No lo entiendo. ¿Por qué lo taparon? —preguntó Markus.

—No lo sé. —Arlet se encogió de hombros.

Subieron las persianas de dos ventanas que había en el tejado y la luz iluminó el lugar. Él continuó rompiendo en la zona en la que habían descubierto el primer estante hasta sacar todo un frente de armarios. Estaban copados de libros viejos, periódicos y cachivaches.

—Escucha, voy a arreglártelo todo y a dejártelo impoluto mientras tú limpias un poco todo esto. Aquí hay algo que ese chico quería que vieras por alguna razón.

Ella asintió convencida. Tenía la misma sensación. Bajó a por el cubo de

agua, la escoba y el recogedor, junto a algunas bayetas y la fregona, y se puso a limpiar los estantes. Markus, mientras tanto, le arregló el boquete del techo y los esquinazos de la escalera.

—Voy a llevar todos estos cascotes a mi furgoneta. Ahora vuelvo.

Arlet aprovechó para fregar el suelo y limpiar el pasillo. Cuanto más miraba el techo, más preguntas le surgían. Era todo muy extraño, como si alguien hubiese puesto una trampilla y después se hubiese arrepentido de ello. Markus había tenido que improvisar y extender una gruesa capa de cemento para cerrar el agujero. Se acordó de las baldosas que la constructora les había entregado. Las tenía en el sótano. Bajó a toda prisa y se puso a revisar las cajas. Nunca habían tenido necesidad de usarlas, sin embargo, se sorprendió al encontrar una caja entera con las mismas que se habían usado en el ático.

—Arlet, ¿estás ahí?

Dio un respingo al oír la voz de Markus tan cerca.

—Sí. He bajado porque me sonaba que la constructora nos había entregado azulejos de repuesto. Es extraño, tengo baldosas para que cierres el suelo.

Markus se acercó y sacó una del embalaje.

—Bien. Entonces te la pongo y así te lo dejo todo listo.

Subieron de nuevo al ático y ella se puso a colocar los libros y a hojearlos. Uno de ellos era una especie de diario. Había reliquias y todo.

—¿Te puedes creer que hay hasta trozos de huesos? —dijo Arlet, observando con asco una de ellas.

Markus se acercó a ella bastante intrigado, levantó una de aquellas reliquias y frunció el ceño.

—Esto no debería estar aquí. Todo esto parece de alguien muy raro.

—¿Y si llamo a mi exmarido y le pregunto? —sugirió Arlet.

—Está bien. Mira a ver si puedes averiguar algo, pero pon el altavoz, que quiero oír la conversación. No le digas que tienes abierto el ático por completo, dile que tienes un orificio. A ver qué te dice.

Arlet no preguntó por tan inusual petición. Nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor era normal, así que no lo cuestionó. Esperaba poder localizar a Bastián a la primera. Hubo suerte. Daba tono.

—¿Sí? —contestó.

—Hola, Bastián. Oye, he tenido una pequeña avería y, bueno, se me ha hecho un agujero en el techo. Al parecer, hay un piso encima de nuestras habitaciones. ¿Tú sabías algo?

—¿Un piso? ¿Cómo que un piso?

—Un ático, en definitiva. Tenemos una habitación más arriba.

—Escucha, Arlet, según me explicó el constructor, dijo que no todos tenían habilitada esa parte, así que es mejor que lo cierres. Puede ser peligroso. ¿No estarás pensando tener otra habitación más? No pienso pagarte las obras.

—No pensaba hacer más obras, es solo que me ha extrañado. Nunca me lo has comentado.

—Bueno, no creí que hiciera falta. Yo le dije que no la habilitase. No nos hacía falta más espacio. Además, está en bruto. No hay escaleras ni nada.

—Ya, bueno.

Markus se le acercó al oído y le susurró unas palabras.

—Bastián, ¿esta casa era de alguien antes de que nosotros entráramos a vivir?

—Arlet, era primera vivienda, ¡qué cosas tienes! Nosotros la estrenamos. ¡Pues claro que no!

Arlet se quedó callada durante un rato.

—Arlet, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Cierra esa parte. ¿Vale?

—Es lo que pensaba hacer. Ya he llamado al albañil. Bueno, gracias por todo.

—De nada. ¿Va todo bien? ¿Tanit está bien?

—Sí. Está todo bien. Gracias. Las dos estamos bien.

—Me alegro. Cualquier cosa me llamas. Ahora estoy en Chile y puede que tarde un poco en regresar, no obstante, te prometo que, en cuanto vuelva para España, me paso a veros. Un beso.

—De acuerdo. Adiós, Bastián.

Cuando colgó, Markus parecía enfadado.

—Tu exmarido miente.

—¿Qué?

—Sí, es un mentiroso.

—Ya me he dado cuenta. Sobre todo, cuando ha dicho lo de las escaleras.

—No lo digo por eso, que también. Mira lo que acabo de encontrar entre estos libros.

Había una nota firmada por su marido con el precio total de lo que le había costado el cerramiento. Era de una empresa ajena a la constructora. Arlet no daba crédito.

—Tengo miedo, Markus, mucho miedo. No sé qué está pasando, pero no

me quiero quedar sola en esta casa. Quiero irme.

—Entiendo tu temor, aunque, personalmente, creo que si te vas, no averiguarías nunca la verdad.

—¿Y a riesgo de que me dé un infarto con tanto sobresalto? Siento que mi hija aquí está en peligro.

—No creo que te sirva de mucho con ella. Lo que sea que persigue a tu hija va con ella. No es la casa, es tu hija la que lo atrae. No me preguntes el porqué, no tiene una explicación científica. Tendrás que confiar en mi palabra. Toma, te he hecho un amuleto.

Le entregó una chinera de cuero natural con su nombre. Dentro había un saquito con hierbas. Había hecho otro idéntico para su hija.

—Gracias. Sonará raro lo que te voy a preguntar, pero ¿te importaría quedarte a dormir? Contigo me siento más segura y juro que será solo hoy. Lo prometo. —Se besó el pulgar en señal de fiel promesa.

En realidad, era la excusa más patética que había dado en su vida. Lo cierto es que no quería quedarse a solas con su hija en su propia vivienda.

—No puedes decir eso. No me conoces.

—Por favor, si esta noche se apareciese algo en mi casa, yo no sabría a quién acudir. Si cuento lo que me pasa, me tomarán por una trastornada. Tú me entiendes, ¿verdad?

Markus se pasó la mano por la cabeza. Arrugó su frente y la observó con aquellos ojos tan increíblemente verdes. Acercó la mano a su mejilla y la acarició con ternura.

—Arlet, eres muy vulnerable y confiada. ¿Cómo sabes que yo soy de fiar? No debería quedarme.

Ella bajó la cabeza con tristeza y trató de sonreír.

—Entiendo. Supongo que parecemos un hatajo de locas.

—No. No es eso. No es por ti, es por mí. No sé si es buena idea que me quede.

—Pero yo confío en ti. Puedes quedarte aquí en el salón.

Había actuado a la desesperada. Él parecía meditar su respuesta. Asolada, agachó la mirada al suelo para que no notase que le dolía su rechazo.

—Está bien, aunque solo por esta noche. Así, de paso, investigamos qué hay de especial en todos esos armarios. ¿Te importa que me dé una ducha?

—No, claro. Puedes usar mi baño.

—Bueno, entonces voy a por ropa de recambio que tengo en la furgoneta. No quisiera mancharte la casa.

—Te invito a cenar. ¿Te gusta la tortilla de patata?

—Lo que me prepares seguro que estará delicioso.

Esbozó una sonrisa en su dirección que la cohibió. De repente, se sintió muy insegura. Quería impresionarlo, aunque no sabía cómo.

Capítulo 8. Las noticias

Preparó un par de toallas limpias para Markus y le vino a la memoria el incidente del baño. Se quedó tan abstraída observando la rendija que no lo oyó entrar.

—¿Se te ha perdido algo? —le preguntó.

—Disculpa, solo miraba. El otro día se estaba duchando Tanit y la espuma de jabón ascendió sola. De repente se formó una cara diabólica y se abalanzó contra ella.

Él se acercó y la apartó con suavidad, luego levantó su mentón y la obligó a mirarlo.

—Arlet, siento lo que estás pasando. Solo quieren asustaros, en especial a ti. Saben que tu debilidad es tu hija y que harás lo que sea por protegerla.

—Eso es lo que haría cualquier madre por su hijo, ¿no crees?

—Seguramente, aun así, no mereces pasar por esto.

Ella no pudo más y rompió a llorar. Él la abrazó con cierto reparo y la atrajo hacia su pecho. Le acarició el pelo y le dio pequeños golpes cariñosos en la espalda. La sostuvo así hasta que se calmó.

—Lo siento —se disculpó, secándose las lágrimas—. Pensarás que soy patética.

—No. Siento mucho lo que estás padeciendo.

—Te dejo aquí las toallas. Si necesitas algo, estaré abajo preparando la tortilla.

Él se quedó quieto sin retirar la mirada de su rostro ni decir nada. Ella bajó a la cocina y comenzó a preparar la mesa. Tanit, contenta, se acercó a ella con su collar.

—Markus es muy simpático. Me gusta. Además, es muy guapo.

—Tanit, pero ¿qué cosas dices?

—Mamá, es la verdad. ¿Se va a quedar a dormir esta noche?

—Sí. Markus y yo tenemos que hablar de cosas de mayores.

La niña levantó una ceja y arrugó su naricilla. Arlet se giró para no estallar en carcajadas. Prepararon la mesa y se sentaron a esperarlo. Un olor a colonia de hombre les chivó que estaba a punto de reunirse con ellas. Se había puesto otra vez su atuendo negro. Una cierta incomodidad, que él también pareció percibir, se instaló entre ellos. Era raro tener un hombre en casa. Durante la

cena, ninguno habló. Tanit no paraba de mirar a uno y a otro hasta que no pudo más.

—¿Te vas a acostar con mi madre?

Markus por poco escupe el agua. Arlet se atragantó con la tortilla y comenzó a toser.

—No —contestó turbado—. Solo me quedo hoy porque la obra es muy reciente y necesito comprobar que nadie vuelve a atacarnos.

—Entonces, ¿eres como nuestro ángel de la guarda? ¿Vas a cuidar de mi madre y de mí? Nadie nos cuida. Siempre estamos solas.

Él esbozó una bonita sonrisa. Su cara se suavizaba cuando hablaba con Tanit.

—No soy un ángel de la guarda pero más o menos.

Aquella respuesta pareció saciar la curiosidad de Tanit.

—Entonces, esta noche mamá podrá dormir tranquila.

—Tanit, ¿quieres hacer el favor de no hacer preguntas impertinentes?

—No, déjala. Es una niña muy sabia —se rio Markus.

Terminada la cena, acompañó a Tanit hacia su habitación. Su curiosidad infantil la instó a investigar las escaleras recién descubiertas que daban al ático y se quedó paralizada como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué te ocurre, Tanit? ¿Por qué miras de esa forma los peldaños?

—Mamá, no quiero dormir en mi habitación. No quiero.

De repente, la niña parecía acuciada por un ataque de pavor. La intranquilidad que reflejaba su mirada preocupó a Arlet y llamó a Markus.

—¿Qué ocurre, pequeña?

—Esas escaleras aparecían en mi sueño.

—¿D-De qué sueño estás hablando, Tanit? —tartamudeó asustada Arlet.

—El de anoche cuando amanecí volando. Estaba soñando con una habitación vacía y había una niña que estaba jugando con una especie de muñeca. De repente, alguien la llamaba y la vi bajando por esas escaleras. Tenía mucho miedo. Gritaba y luego me desperté ya sabes cómo.

—¿Dice que estaba flotando? —le preguntó Markus a Arlet.

—Sí. Aparte de lo de la ducha, esta mañana pasó esto otro. No paramos de sucesos anormales. Tanit, ¿cómo era esa niña? ¿Puedes dibujarme su rostro? —le pidió Arlet.

La niña asintió, fue a su habitación y cogió su bloc de dibujo. Bajaron todos al salón y Tanit comenzó a dibujar. La cara de él reflejó sorpresa, aunque se repuso muy rápido. Revolvió el pelo de la niña y vertió sobre ella

una mirada tranquilizadora.

—Muchas gracias, princesa. Será mejor que te duermas. Mañana tienes que madrugar para ir al colegio. Tu madre y yo estaremos aquí y no dejaremos que nada malo te pase.

Arlet arropó a su hija con una manta y trajo dos más para ellos. Habrían de compartir el sofá. Cuando Tanit se quedó dormida, él sacó un periódico del fondo y lo abrió por una página.

—Toma, lee la noticia. Es sobre la niña que ha dibujado tu hija.
Era un periódico de la época de Franco.

«El correo español, julio de 1927.

Mercedes Arjona Ruiz desapareció de su casa en extrañas circunstancias y apareció a los pocos días, cruelmente asesinada, en un campo cercano a su casa; víctima, supuestamente, de un rito satánico por los numerosos cortes infringidos en su pequeño cuerpo. Ni rastro del corazón, que le fue extirpado cuando aún se encontraba con vida».

—¡Dios mío! Ese niño, Álvaro... Encontré una noticia de él también muerto de forma similar.

—Ya, pero mira este otro.
Era de unos años después.

«Mercedes Arjona Ruiz tuvo el honor de leer un poema en representación del Santísimo Colegio Nuestra Señora ante el generalísimo, don Francisco Franco, que presenció la ceremonia en honor a la patrona...».

—No puede ser. Si en este fue asesinada, ¿cómo es posible que en este estuviese viva?

—Me he estado fijando en todos. Están agrupados de dos en dos. Tienen las noticias marcadas en las páginas de sucesos y en las que luego aparecen vivos años más tarde en casos similares: un niño asesinado cruelmente que, después, está vivo.

—Eso no tiene sentido, Markus.

—Compruébalo tú misma. Supongo que por eso ese muchacho quería que viesen los periódicos.

Arlet comenzó a revolver periódico tras periódico con nerviosismo.

Markus llevaba razón.

—Te dije que nada de lo que hagas va a poder evitar que algo parecido le pase a tu hija.

—Me pregunto: ¿cómo aparecen luego con vida? No entiendo nada.

—No lo sé.

—Ese tal Álvaro dijo que mi hija debía ser la última. ¿Qué diablos quería decir con eso?

—De alguna forma, trata de evitar más muertes.

—¿Crees que trata de evitar la muerte de mi hija?

—Creo que no, lo que quiere es que se acaben con ella.

—¿Me estás diciendo que tendré que sacrificar a mi hija? —Las lágrimas cayeron por su rostro en cascada. Dirigió su mirada hacia su hija, que no era consciente de nada, y sollozó. Markus puso una mano encima de su hombro y esperó a que ella se tranquilizase sola—. Esas escaleras tienen algo que ver.

Arlet se levantó y cogió los periódicos de nuevo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Markus.

—Fíjate en la foto de este niño. Está sobre unas escaleras. ¿No te recuerdan a las que yo tengo?

Markus observó con detenimiento la foto y luego levantó la vista. Se encogió de hombros.

—Puede que sea casualidad, no sabemos si los demás niños tenían escaleras similares.

—Yo no pienso quedarme en esta casa. Ni hablar. Tanit y yo mañana nos marchamos. Está decidido.

—Será mejor que durmamos un poco.

Arlet le pasó una manta y ella cogió la suya para arroparse. Cada uno se puso en un extremo, aunque era inevitable que sus piernas estuvieran juntas.

—Si quieres, puedes venir a vivir conmigo. Es un piso pequeño, nada comparado con esto: no tengo ni garaje. Tendrías que aparcar el coche en la calle, no obstante, me vendrías bien para pagar los gastos. Estaba buscando compañero de piso, aunque no tenía en mente a una madre con su hija...

—¿De verdad no te importa que nos vayamos a vivir contigo?

—No. Tienes llave en tu puerta. Eso sí, la niña y tú tendréis que dormir en la misma habitación.

—No importa. Me sentiré más segura lejos de esta casa. Todo me da mala espina y ya no me siento a salvo aquí.

—Solo tengo una norma y es que no entres a mi habitación sin mi permiso.

¿De acuerdo?

—¿No tiene pestillo?

—Sí. Pero no siempre la cierro. ¿Puedo confiar en ti?

—No soy una cotilla si es lo que piensas. No voy husmeando las cosas de los demás.

—Eso espero —comentó divertido.

A veces no sabía si bromeaba con ella, pues no le pillaba el punto a su humor. En cualquier caso, tenía algo que le hacía irresistible. Ciertamente que no lo conocía, sin embargo, había liberado a su hija. Le estaba confiando su vida y la de su hija a un extraño.

—Markus.

—Humm, ¿sí, Arlet?

—¿Puedo fiarme de ti?

—Puedo decirte que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarlos a los dos. Quisiera proteger a tu hija de todo esto, aunque mucho me temo que no vas a poder hacer nada para detenerlo. Tú no lo ves, pero en su frente lleva dibujado el Anticristo desde hace días. Está marcada ya por el diablo.

—¿Qué?! ¿Y por qué demonios no me lo has dicho?

—Porque no sabía cómo te lo ibas a tomar. Nunca había visto nada igual. Ese muchacho está velando por ella, la protege de él, y parece muy interesado en que descubras cómo acabar con este círculo vicioso.

—¿Puedes hablar con él?

—Más o menos. Puedo contactar con los espíritus, pero a veces entenderlos es complicado. Sus mensajes son codificados. No sé si me he explicado bien.

—¿Puedo pedirte un favor?

Markus se recostó a un lado y en la oscuridad pudo observar su perfil. Sus angulosas facciones denotaban seriedad.

—¿Qué quieres?

—¿Puedes hablar con él ahora?

—No funciona como tú quieres. A veces ellos no desean hablar. El otro día se dejó ver por ti porque tenía especial interés en que lo vieras. De otra forma, no habríamos encontrado esa habitación.

—Cuando se deje, ¿puedes preguntarle si voy a conseguir evitar su muerte?

Markus levantó la vista por encima de ella. Se giró instintivamente para descubrir si había alguna presencia detrás de ella, pero no había nadie. Ella

volvió su rostro hacia él y esperó a que hablara.

—Arlet... —Su voz se apagó a medio camino. Se incorporó y hundió la cabeza entre sus hombros con pesar. Permanecía tan callado que supo que no le iba a gustar la respuesta. Su respiración se hizo más profunda y, cuando al fin se dignó a mirarla, sus ojos reflejaban culpa. Él se rascó la cabeza y cerró los párpados de nuevo, incapaz de mantener el contacto visual—. No vas a poder hacer nada. Es más, el chico dice que no te vayas de aquí.

—Yo aquí no me quedo sola. Tengo miedo.

—Puedes venirte igualmente a mi casa una temporada, a pesar de que creo que vas a regresar muy pronto. Ya lo verás.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no quieren que salgáis de aquí.

—Si tengo la más mínima posibilidad de salvar a mi hija, haré lo que sea. No pienso quedarme de brazos cruzados.

—Y, con eso, lo mismo vas a conseguir acelerarlo todo.

—Estoy decidida. ¿Vas a dejarme ir contigo?

—Sí. Haz, si quieres, las maletas por la mañana y me las llevaré a mi casa. Os esperaré a la entrada del colegio para que me sigáis. Ya no regresarás aquí hasta que así lo decidáis.

—¿Por qué no hacer las maletas tranquilamente a la salida del colegio?

—Siempre hay más gente a esas horas. Además, prefiero que nadie de tu entorno te vea salir conmigo, es mejor así. Confía en mí. Llévate ropa como si os fuerais para un fin de semana, nada de sacar la casa a cuestras. Solo lo imprescindible, que es un piso pequeño.

—Está bien.

Habían estado hablando todo el rato entre susurros apenas imperceptibles. De vez en cuando, echaba ojeadas a su hija, que dormía plácidamente. Su regulada respiración le tranquilizaba. Se recostó en el sofá como pudo, cuando un ruido en el ático los puso sobre aviso. Notó cómo Markus se tensaba, al igual que ella. Un portazo despertó a Tanit, que se levantó asustadísima.

—¡Mami, mami!

—Tranquila, Tanit. Estamos aquí, hija.

Fue corriendo hacia su madre y la rodeó entre sollozos.

—¡Quiero irme de aquí! No me gusta esta casa. Me da miedo ese ático.

Se quedaron escuchando: algo rodaba y bajaba las escaleras. Un tarro de cristal cayó hasta el piso donde se encontraban los tres. El tarro viró y se introdujo en el salón sin detenerse hasta llegar junto a ellos. Markus le indicó

que lo abriera. La trémula niña recogió el bote del suelo. Sus manos temblaban tanto que casi no podía abrirlo. En su interior había algo.

—Markus, ¿puedes encender la luz? —pidió Arlet.

—No veo el interruptor. Toma, usa mi móvil.

Él también parecía nervioso. Cogió su teléfono móvil, conectó la linterna y alumbró el bote. En el interior se veían numerosas fotos antiguas de los muchachos de los periódicos. Arlet buscó el interruptor y encendió la luz.

—¿Subimos a inspeccionar una vez más el ático? Puede que nos hayamos dejado más cosas sin ver —sugirió Arlet.

Markus tomó la iniciativa e inició el ascenso, Tanit fue detrás de él y de Arlet, cerrando la comitiva. Todos los armarios estaban abiertos y su contenido esparcido por el suelo en aparente desorden.

—Vamos a organizarnos: yo empezaré por el armario de la derecha y tú, por el de la izquierda —ordenó Arlet.

Tanit se puso a investigar por su cuenta, abrió un libro y se puso a ojearlo. Había multitud de documentos, hasta de autopsias. Era información recopilada durante años.

—¿Qué es un viaje astral? —preguntó de pronto Tanit entre bostezos.

—Digamos que es cuando el alma sale del cuerpo y viaja de forma independiente —le contestó su madre sin volverse. Había encontrado varios libros sobre cultos ancestrales de diferentes civilizaciones y la tenían absorbida.

—Es como volverte un fantasma. Los sueños pueden canalizarte a otra dimensión. Yo experimenté una vez algo parecido —comentó Markus.

—¿En serio? —preguntó la niña, alucinada—. ¿Y es divertido?

—Sinceramente, no. No sé si realmente me salí de mi cuerpo o fue la peor pesadilla de toda mi vida. El caso es que una noche me encontré sentado a mi lado y no podía volver a mi cuerpo. Recuerdo que me desperté sudando.

—Pues vaya, suena horrible —comentó Tanit desilusionada—. Yo pensé que molaba.

—Eso será si lo controlas bien. No era mi caso —manifestó Markus—. Recuerdo que, cuando comencé a hablar con los fantasmas, la gente me miraba mal, así que todas estas experiencias intenté alejarlas de mí y no explorarlas.

—Eres un tipo muy raro —apuntó Tanit.

—Tanit, no digas eso. Gracias a que él es como es, puede ayudarnos con esto.

La niña se encogió de hombros y continuó curioseando.

—¿Y un exorcismo?

—Tanit, ¿qué diablos estás leyendo? ¡Ay, mi niña! Si deberías estar durmiendo... —Arlet se acercó hasta su hija y echó un vistazo al libro de su hija. Trataba sobre cómo expulsar a un demonio o espíritu maligno de un lugar —. Markus, ¿tú tienes libros como este?

Markus se acercó y hojeó el libro. Una cuartilla con anotaciones sobre la forma más rápida de atraer a un demonio cayó al suelo.

—¡Qué contradictorio! En lugar de buscar cómo expulsar al demonio, parece más que quisiera atraerlo —se extrañó Markus.

—Mami, ¿sabías que todos estos niños son descendientes nuestros?

Markus y Arlet se volvieron hacia la niña sin comprender. Tanit les tendió un gran mural donde había dibujado un árbol genealógico de la familia. El nombre de ella aparecía la primera e iba descendiendo.

—No son descendientes nuestros, Tanit. Están relacionando a todos los niños que han tenido sucesos paranormales. Lo que no entiendo es que hacemos tú y yo en este mural.

—La persona que guardó todo esto aquí estaba investigando estos asesinatos. Lo curioso del caso es que, si esa fecha que ha puesto aquí corresponde con la real, tu hija sería una recién nacida —observó Markus.

Capítulo 9. Nueva vida

Arlet comprendía por qué el muchacho no quería que se fuesen de la casa. Probablemente, habría muchas pistas ahí reunidas y puede que incluso salieran más.

—Escucha, ¿podemos llevarnos todo esto a tu apartamento ahora mismo?
—sugirió Arlet.

Markus se encogió de hombros.

—No sé cómo piensas transportarlo. Necesitarías, por lo menos, tres maletas grandes.

—Tengo cajas de cartón.

Bajó al sótano a por las cajas que había usado durante la mudanza e hicieron inventario. Arlet se dedicó a escribir en cada caja lo que contenía antes de meterlas en la furgoneta de Markus. Cogieron una maleta con ropa para las dos y se marcharon a su piso. Por el camino, Tanit cayó rendida del sueño. No tardaron mucho. Vivía en Boadilla pueblo, no muy lejos de donde ellas vivían, en un edificio de ladrillo rojo con terrazas de hierro. Markus cogió en brazos a Tanit y la subió hasta la habitación en la que madre e hija se iban a alojar. La metieron dentro de la cama y, entre los dos, subieron las cajas y las apilaron en el salón. Era un piso muy acogedor compuesto de dos habitaciones, dos cuartos de baño y una cocina muy antigua. Lo bueno de aquel edificio era que en coche tardaría menos de diez minutos en llegar al colegio de Tanit.

—En un momento, esto parece una invasión. ¿Quieres que te prepare alguna infusión relajante? —le ofreció Markus.

—No, gracias. Creo que ya te he molestado bastante. Toma, he cogido dinero: un adelanto para pagar el alquiler.

Markus dirigió su mirada al dinero que le tendía y lo rechazó.

—Mañana llegamos a un acuerdo. Ahora guárdatelo. Será mejor que descanses.

—Gracias por todo, de verdad. Hasta mañana.

Se metió en la habitación y observó a su hija, que dormía a pierna suelta. Se preparó el despertador para el día siguiente y a continuación se tumbó en la cama. Estaba rota.

Martes, 24 de marzo de 2015

Por la mañana, Arlet notó cómo una mano la estaba espabilando. Se levantó sobresaltada.

—¿Pasa algo? —dijo al ver a Markus.

—No, creo que estáis tan cansadas las dos que ni habéis oído el despertador.

—Olvidé echar la llave.

—Menos mal. De otra forma habría tenido que tirar la puerta. Os he preparado el desayuno. He visto que traías galletas para tu hija. No sé cuántas le echas así que solo le he calentado la leche.

—Gracias, Markus.

—Tengo que irme. Toma una llave de la casa. Nos vemos esta tarde.

Iba con su ropa de albañil y supuso que se iría a la obra. Tanit seguía dormida. Se acercó a ella y la despertó.

—Venga, dormilona, que hay que ir al colegio.

El baño de ellas era el más grande. Se dieron una ducha rápida y, tras desayunar, bajaron a buscar el coche. Era una zona azul de aparcamiento, así que debía moverlo pronto si no quería que la multaran. Al llegar al colegio, Tanit sonrió y se despidió de ella. De camino a su coche, se fijó en un BMW de cristales tintados. Quizá era otro padre, sin embargo, su instinto le decía que había algo raro en él (pasaba demasiado despacio por delante del colegio), y se marchó intranquila a la oficina.

La jornada del día prometía ser relajada. Tan solo estaban la secretaria de Marga y ella, ya que el resto del equipo se encontraba en un curso de formación. Su jefe la llamó para darle un par de recados y que le consiguiera dos billetes de avión. Se metió en su ordenador para buscar los informes que le había pedido y, de paso, trató de entrar en su correo, pero había cambiado la clave. En la papelería descubrió un papel arrugado. Lo abrió e identificó la letra de su jefe. Iba a tirarlo cuando le pareció notar que se habían marcado unas letras. Cogió carboncillo y las pasó por encima.

Sole5jf

¿Sería su clave? Probó y se le aceleró el pulso al ver que se abría. Como María estaba ocupada en sus cosas, se metió a investigar. Las negociaciones

estaban siendo un éxito. Debía convencer al consejo de las pérdidas y, para ello, había dado la orden de ciertas subidas de precios en productos clave que traían a la competencia de cabeza. Aquello sería la ruina. Disimuladamente, le hizo un pantallazo y se lo envió a su correo personal para que no quedara constancia en el corporativo. Luego, lo cerró todo y regresó a su puesto.

Cuando terminó su trabajo, no tenía nada más que hacer, así que se puso a investigar en Internet sobre los niños de los periódicos. Su sorpresa fue encontrar varias fotos de ellos con unas escaleras idénticas a la suya. Decidió investigar acerca de ellas y, por casualidad, reparó en una página sobre mitos. Una de ellas fue la que más escalofríos le dio.

«Contaba que una familia, aparentemente bien avenida, vivía en una casa colonial. Tenían tres hijos. La mayor era la favorita de su mujer. Tanto fue así que el marido comenzó a tener celos de ella. Su mujer era capaz de dejarlo desatendido con tal de contentar a la niña. Una tarde, el hombre mandó a su mujer a un recado lejos del hogar y se emborrachó en su ausencia. La niña, al ver que no regresaba su madre, se presentó en su estudio y le preguntó por su madre. Furioso por ese amor que le profesaba su esposa, la apresó de una mano y la bajó hasta la cocina. Murió a manos de su padre, mutilada por un cuchillo jamonero. Le sacó el corazón y se lo comió bajo los efectos del alcohol. Cuando se le pasó la borrachera y descubrió lo que había hecho, se arrepintió. Sollozando, clamó al diablo que la trajera de vuelta. Nadie supo nunca qué fue de esa familia. Algunos dicen que la niña volvió a la vida y se marcharon lejos. El caso es que, en la escalera de mármol, apareció una palabra escrita a medias: *Mictlan*, el Inframundo en la cultura azteca. Algunos dicen que no escribió el nombre completo del Dios de la muerte: *Mictlantecuhtli*. Se cree que murió en sus manos como castigo».

Aquella sobrecogedora leyenda bien podría ser una patraña, si bien era mucha casualidad. Copió la página de Internet y se la envió a su *inbox* para enseñársela a Markus cuando regresara. Como ya era la hora de salida, cerró el ordenador y dio por concluido su horario. María, al tener jornada completa, se había marchado a comer.

Puesto que no sabía si Markus tenía la despensa llena, decidió ir primero a *Carrefour*, donde compró un poco de todo. Ya en el piso, se hizo un sándwich rápidamente y se marchó a buscar a Tanit. Marga tenía el curso de formación y no coincidirían, algo que agradeció. No le apetecía un interrogatorio cuando viera que no volvía a casa, aunque tarde o temprano repararía en su ausencia.

Era cuestión de tiempo.

Cuando Markus regresó de trabajar, Tanit ya estaba con los deberes hechos, cenada, aseada y lista para irse a la cama. Arlet había preparado croquetas para todos y le había reservado un plato.

—No sé si te gusta lo que he hecho de cena.

—Me voy a acostumbrar a que me cocines y no voy a querer que te vayas de aquí —sonrió—. Voy a darme una ducha primero.

—Tanit, venga a la cama, que ya es muy tarde y ayer tuvimos un día muy revuelto.

La niña no protestó del cansancio. Dejó la puerta de su habitación abierta y comenzó a desempacar las cajas.

Markus salió de la ducha al rato, con tan solo una toalla ocultando sus partes bajas. Su tronco descubierto dejaba ver su perfecta anatomía. Ella no movió la cabeza. Prefirió ignorarlo y simular estar concentrada en los papeles que tenía delante. Pero él, sin ningún pudor, cogió el plato de croquetas y se sentó a su lado.

—He estado dándole vueltas. Quien recopiló toda esta información debía de saber algo de antemano. Contaba con información privilegiada. Déjame el mural con el árbol genealógico. Me ha traído de cabeza todo el día.

Arlet no sabía dónde poner la mirada con tanto músculo al descubierto. Viendo que no pensaba cubrirse, decidió concentrarse en los papeles. Descubrieron que, si bien estaban todos los asesinados y revividos, el tal Álvaro iba acompañado de una interrogación.

—¿Ves? Este chico no ha sido revivido —señaló Markus.

—Hoy, al buscar leyendas por Internet, encontré una muy interesante. Mira. —Sacó su teléfono móvil y le mostró la página.

Markus se llevó otra croqueta a la boca y silbó al leerla.

—Ya solo te queda saber cómo los reviven —dijo, sonriendo.

—Yo creo que la clave está en ese demonio, ¿no crees?

—No lo sé, Arlet. Todo esto es muy raro. Tu exmarido sabe algo y te miente. Escucha, tengo un colega que es investigador. Le puedo pasar los datos si me autorizas y a ver qué sale. A mí todo esto me huele mal.

—¿Quieres que investiguen a mi exmarido?

—¿Acaso tienes una idea mejor?

—Bueno, no sé. ¿Es que crees que él está detrás de todo esto? Él no sabe nada de lo que ha pasado en casa.

—Arlet, es por reunir más pistas porque me parece muy extraño que toda

esta cantidad de documentos esté en tu casa, que haya una réplica de la escalera que sale en fotos de varios niños asesinados y que tu ex haya ocultado ese ático adrede.... ¿No te intriga? ¿De verdad no quieres saber qué esconde tu exmarido?

Durante un rato permaneció callada. Todo era muy sospechoso. ¿De verdad no conocía a la persona con la que se había casado? Sin más preámbulos, le dio toda la información sobre Bastián.

—¿De verdad estuviste casada con él? ¡Guau! No sabía que se trataba de alguien tan famoso.

—¿Y con quién me imaginabas casada?

—Con algún empresario de dudosa financiación.

Arlet se carcajeó al escucharlo. Markus sonrió condescendiente, se merecía que se burlara de él.

—Y ahora dime que tú no me has prejuzgado.

—Lo siento, llevas razón. Bueno, por cierto, gracias por la cena. Estaba riquísima. No acostumbro a comer tan bien.

—¿No me digas que te alimentas de ensaladas? —Ese cuerpo tan musculoso debía de llevar algo más.

—No. Como mucha carne y mucho pescado. Perdona, tengo curiosidad: eres muy guapa, ¿no tienes pareja?

Su pregunta pilló desprevenida a Arlet, que abrió los ojos como platos. Markus creyó que había metido la pata y se disculpó por su torpeza. Ella sonrió al verlo tan turbado.

—No. Estoy chateando con un hombre, aunque aún no hemos llegado a nada. Quiere conocerme, pero, con todo lo que ha pasado con Tanit, no he podido quedar. En estos momentos no sé si es una buena idea.

—Comprendo.

—¿Puedo preguntar si Mister Músculos tiene pareja?

—¿Mister Músculos? —Él se rio de buena gana ante su ocurrencia—. Bueno, soy un poco reservado con mi vida personal. Ser espiritista no es del agrado de muchas mujeres. Lo consideran extravagante y algunas se asustan. Tampoco creo que mi situación tan poco centrada sea para mantener una pareja.

—¿Por qué dices eso?

—En realidad, a veces tengo que salir en medio de mi jornada laboral por una urgencia relativa a mi verdadera profesión y suelen echarme muy a menudo. Este piso es provisional. Estoy de paso. Me gustaría establecerme en

una empresa compatible con mi doble vida.

—Y ¿puedo saber a qué piensas dedicarte?

—Aún no lo tengo decidido.

—¿Nunca te has casado?

—No. Me gusta estar soltero. Mírate tú, estás divorciada y con una niña.

—Vaya, ahora casarse es malo.

—No me malinterpretes. Es solo que no creo que haya una mujer que aguante mi forma de vivir. Quizá es que llevo demasiado tiempo solo y ya me he acostumbrado.

Arlet no estaba de acuerdo con aquella afirmación, mas no pensaba desmentirla. Markus le resultaba terriblemente apuesto y atractivo; no sabía bien el porqué. Quizá nunca se había enamorado.

—Todos necesitamos amor, Markus. En ocasiones no lo valoramos como debiéramos y lo perdemos.

—Hablas de tu exmarido —parecía irritado con aquel comentario.

—Hablo en general. Creo que el tren del amor solo pasa una vez por delante; si no nos subimos a él y lo dejamos marchar, puede que nunca vuelvas a tener otra oportunidad igual.

—Mucho tiene que merecer la pena una mujer para que yo luche por estar junto a ella. Ese día, si llega, es que me habré vuelto loco de atar. Mientras tanto, serán solo ligues. Anda, vete sacando cosas, a ver si encuentras algo mientras yo me pongo el pijama.

Arlet se disgustó ante su poco tacto. Parecía que las mujeres fueran solo de usar y tirar para él.

Otro mujeriego empedernido, pensó. Lo tuyo no tiene arreglo, Arlet, ¡tienes un ojo clínico para fijarte en ellos!

Cuando regresó de cambiarse, se quedó estupefacta. ¿Qué consideraba él pijama? ¿Unos bóxers y una camiseta ajustada? Arlet creyó que le iba a dar un vahído. ¿No le habían enseñado un poco de decoro para estar con una mujer desconocida? Sus pensamientos la tenían tan alterada que no veía lo que estaba leyendo. Se regañó a sí misma y se concentró en el diario que tenía delante. Lo empezó a ojear por encima y, cuando ya pensaba desecharlo, unos dibujos llamaron su atención. Eran exactamente iguales a los que había visto en el bloc de su hija: el mismo altar, la misma escena horrenda. La letra de médico dificultaba su comprensión, no obstante, una vez que se acostumbró, fue cogiendo carrerilla. Se enfrascó tanto en la lectura que no oyó que Markus la llamaba.

—Arlet —dijo dándole un pequeño toque al libro. Ella levantó la vista y lo vio con el árbol genealógico—. No consigo entender qué tienen que ver unos con otros. No guardan ninguna relación, no se conocen, no son familia. ¿Tú has encontrado algo?

—Sí, parece un diario. Lo cierto es que es un poco inquietante lo que relata.

Markus se lo quitó y le echó un vistazo.

—¿Te importa que me lo lea?

—No. En realidad, quisiera irme a la cama. Estoy muerta de cansancio. Esto va muy lento. Vamos a tardar días en avanzar con tanta cosa como hay aquí.

—Vete a descansar. Ayer ya tuviste una noche demasiado agitada.

Solo de recordarlo, Arlet sintió frío. Se frotó las mangas para entrar en calor y se despidió de él. De camino hacia su habitación, se preguntó si debía cerrar la puerta con llave. Fue a por su pijama y se metió en el baño mientras lo decidía. Cuando salió, sus miradas se cruzaron. Sus ojos verdes la observaban con bastante descaro. Bajó su mirada con timidez y se metió en su cuarto. No era momento para fantasear con un romance fugaz. Además, creía que era mejor mantener la distancia; ni ella estaba para eso ni él para escarcear con una madre. Tenían preocupaciones más importantes. Bostezó y se alegró de estar en aquella casa. Todo estaba más a mano y no la sentía tan desangelada como la suya, asimismo, Tanit parecía más tranquila desde que se habían mudado.

Capítulo 10. La fusión

Miércoles, 25 de marzo de 2015

Antes de que sonara el despertador, su hija ya se encontraba despierta. Se había acostado tan temprano que se encontraba como nueva. Ella también había descansado bastante bien. Por primera vez en días, se sintió con mejor estado de ánimo. Salió de su habitación, se dirigió al baño y se topó con Markus tumbado en el suelo.

—Solo será un segundo. He visto que goteaba otra vez una tubería del bidé. Tendré que hablar con el dueño. Si sigue así, va a tener que enviar un fontanero a cambiarla. Idos, si queréis, al mío.

Mientras Markus terminaba con el baño, ellas se arreglaron para marcharse. Después de desayunar Tanit se acercó a observar cómo trabajaba Markus.

—Cada vez sale más agua —observó Tanit.

Markus no contestó. Parecía malhumorado con la cañería rota. Antes de salir por la puerta, quiso despedirse de él.

—¿Quieres que te prepare algo de comer para el mediodía? —Era más una pregunta de cortesía. Le parecía mal comprar solo para ella, pero como nunca había compartido piso, no sabía muy bien a qué atenerse.

—No. No compres nada, ni siquiera para ti. Hoy cocino yo. Espero que te guste. —Le guiñó un ojo y sonrió.

Arlet sintió que se le aceleraba el pulso. Le devolvió la sonrisa y tiró de la cartera de Tanit. Ese día iban las dos más relajadas y animadas. Les había venido bien marcharse de la casa. No se atrevió a preguntarle por Álvaro para no chafar aquel día. Prefería olvidar los días pasados y se dijo que habían hecho bien en cambiarse. Incluso cuando llegó a la oficina su humor era otro. Por desgracia, no contaba con el amargado de su jefe. Su mirada desaprobadora no le agradaba. Nada más llegar, ya tenía toda su mesa llena de papeles.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. Cuando pueda, tráigame un café con leche.

Ni gracias ni nada. Dejó sus cosas y bajó a la máquina de café. Aprovechó

y se puso uno para ella. En la salita de descanso siempre había periódicos. El titular de una de las columnas le resultó tan llamativo que decidió llevárselo para leerlo durante la comida, cuando la oficina quedara desierta.

El artículo en cuestión trataba sobre esoterismo y brujería. Lo que la había llamado la atención era la práctica habitual del uso de huesos para tratar con los espíritus y predecir el futuro. Se preguntó si los que habían encontrado en su casa no serían reliquias como ella había creído en un principio. Se metió en Internet y encontró varias tiendas *on-line* y físicas. Markus tenía que saber si eran huesos o reliquias de modo que se lo consultaría a él. Iba a salir cuando vio que Marga se dirigía hacia ella.

—Hola, guapa. No he visto mucho movimiento en tu casa y me preguntaba si te había pasado algo.

—Bueno, ya sabes, que tuve una avería. En estos momentos mi casa está inhabitable y nos hemos mudado por unos días. Solo será un tiempo, hasta que consiga dinero y arregle el estropicio.

Todo ese tiempo había temido que su amiga le formulara aquella pregunta. La falta de luz en su casa por las noches y el no subir ni bajar las persianas las delataba. Se mordió el labio inferior preocupada. Sabía que estaba muy evasiva, aun así, esperaba que no la acosara a preguntas.

—Hija, si es por eso, mi marido y yo podemos prestarte. Además, tengo un buen amigo que trabaja en el banco y te puede conseguir un crédito a un precio muy bajo.

—No te preocupes, Marga. Gracias. Sí, la niña y yo estamos muy bien así. Nos está viniendo muy bien el cambio.

Tanto si resultaba convincente su explicación como si no, usó la vil mentira de la hora de salida para zanjar la conversación. No era un tema que pudiese compartir con ella. Seguro que la habría tomado por una lunática o desaprensiva.

Todo este tiempo que iba a pasar fuera tendría que improvisar sobre la marcha. Había llamado para alquilar una plaza de garaje que había encontrado en Internet y que no le había parecido cara. Más que nada, porque no vieran su coche. Cuando llegó el hombre, le entregó el mando y sonrió al comprobar que quedaba a tan solo unos metros del piso de Markus.

Cuando entró en la casa, un olor delicioso le abrió el apetito. Markus salió de la cocina con un delantal y esbozó una sonrisa.

—Huele divino, ¿estás cocinando pasta? —dijo ella, acercándose hasta la

cocina.

—Sí. Espaguetis a la carbonara y solomillos en salsa. No sé si te gusta. Quería compensarte por las comidas que me has hecho estos días.

Había puesto la mesa en el salón, ya que la cocina era una miniatura: muy estrecha y alargada. No había cabida ni para una silla. En un lateral estaban todos los muebles, de estilo moderno, y electrodomésticos y, en el otro, una pared de azulejos blancos. Era raro sentarse y que le sirviera la comida. Cuando le trajo el plato y se sentó a comer, Arlet se sentía fuera de lugar.

—¿Te pasa algo? —le preguntó al ver su reticencia a probar la pasta.

—No. Es que me resulta extraño que me preparen la comida. ¡Estoy tan acostumbrada a hacerlo yo todo! Vamos, que me siento incómoda por no haberte ayudado.

—Supongo que es chocante para los dos. Yo nunca había tenido una compañera que se acordase de dejarme algo para cenar. Siempre hemos ido cada uno a lo nuestro, como auténticos desconocidos. Tú eres la primera con la que intimo de esta forma.

—Bueno, tampoco te habrían asaltado como yo hice el otro día. Te agradezco que te quedases a dormir. Ahora me avergüenzo de mi descaro, pero, en ese momento, me sentía desbordada por la situación.

—Tranquila, es comprensible. Sinceramente, creo que has sido muy valiente. Yo no había visto nunca nada igual.

—Creí que, al ser espiritista, habrías contemplado sucesos de este estilo.

—La verdad es que no. He contactado con espíritus, aunque nunca con algo tan fuerte.

—Quería preguntarte: hoy he visto en el periódico una noticia que me ha llamado la atención. El artículo iba sobre brujería y esoterismo, y decía que las brujas usaban huesos para las prácticas de adivinación y otros poderes. Me preguntaba si los huesos que encontramos sería otra cosa, no reliquias, como en un principio pensé.

—Sí. Aquí hay una mezcla horrible de culturas paganas sin sentido. Es como si esa persona buscase algo y no supiese por dónde empezar. Ayer me estuve leyendo ese diario. En realidad, resulta muy interesante. Cuenta un poco sus experiencias paranormales, como si fuese una de las víctimas, a la que le comienzan a suceder cosas raras. He estado pensando: las edades de los chicos asesinados varían mucho; van desde los seis años hasta los catorce. La única que podría haber escrito un diario es esta chica de catorce. Aunque, si hablamos de esta niña, es improbable que esté viva, ya que tendría ciento

cinco años ahora. En cualquier caso, podríamos hablar con sus descendientes. Lo mismo ellos saben algo.

—¿Le dijiste a tu amigo que investigase a mi exmarido? A lo mejor sería bueno que le preguntase yo.

—Arlet, no sé. Te está mintiendo por algún motivo que desconoces. Entiendo que es difícil desconfiar de alguien con el que has convivido durante mucho tiempo, no obstante, déjame que primero averigüe algo. Temo por vosotras. En cuanto me dé información, del tipo que sea, ya si eso después le preguntas. ¿Me prometes que no le dirás nada? —Su preocupación despertó algo dentro de ella que creía muerto hacía mucho. Asintió con la cabeza y le instó a que continuara—. Bueno, vamos a repasar todo e ir descartando. Me intriga lo que os está pasando, tiene que tener alguna explicación lógica. Por cierto, no es que quiera que te vayas, pero tu hija pronto saldrá del colegio.

—Ah, no pasa nada. Hoy no tengo que ir a buscarla a la salida. Es el cumpleaños de una amiguita suya y se las llevaba la madre de la cumpleañera directamente a la fiesta. Hasta las ocho no tengo que ir a por ella. ¿Tú no tienes que ir a trabajar?

—No. Me he tomado el día libre.

—No me extraña que te echen de los trabajos.

—No pasa nada. Ya te dije que tenía que buscarme uno que compatibilizase mis dos profesiones. Es a través de un primo mío, trabajo a destajo. Puedo permitirme el lujo de faltar porque me organizo yo. Por cierto, este viernes y el sábado por la noche no estaré. Soy portero de una discoteca.

—Bueno, ¡estás pluriempleado! —se rio.

Markus sonrió con tristeza.

—No me queda otra si quiero pagar el alquiler.

—Oye, ¿no estarás desatendiendo tu trabajo por culpa nuestra? Me sentiría fatal si es por eso.

—No es nada. Quiero ayudarte.

Sus ojos verdes expresaron algo más que ella no supo cómo interpretar. Se amonestó por pensar que sería más un estorbo para él que otra cosa y decidió concentrarse en resolver aquel rompecabezas para salir de su vida cuanto antes. No le gustaba importunar a nadie con su presencia. Aunque, en el fondo de su corazón, se lo agradecía inmensamente, sentía que lo hacía por pena o por obligación. Sin dirigirse la palabra, cogieron las cajas y se entretuvieron recopilando las cosas que creían les serían útiles y desechando aquello que no les aportaba nada. Al final, lo habían reducido a dos cajas.

Estaba colocando la última cuando observó cómo su bolso vibraba. Se acordó de que no había sacado su móvil desde que había llegado. Al abrirlo, se encontró con varios mensajes de Araco en el WhatsApp. Tenía varias entradas para el estreno de *Cenicienta*. Markus observó su expresión sin hacer ningún comentario. Arlet se quedó cavilando un buen rato y decidió que, antes de contestarle, preguntaría a Tanit qué le parecía a ella. Después continuó como si nada. Él se levantó de repente y se fue a su cuarto. Cuando regresó, lo encontró relativamente taciturno, haciendo que ella se comiese la cabeza por aquella actitud y se sintiese incómoda. Para tratar de aliviarle de esa posible carga, decidió dar el paso y sugerirle que no las ayudara.

—Markus, yo me siento realmente mal por haberme entrometido en tu vida. Si somos un estorbo, nos lo dices y me busco un alquiler o cualquier otro lugar.

Markus abrió los ojos sorprendido y se dirigió hacia ella. Su cercanía la ponía nerviosa. Sentirlo tan cerca alteraba sus sentidos, sobre todo, con aquellos ojos tan bonitos que tenía.

—¿Por qué dices eso? ¿De verdad crees que, si pensara eso, estaría aquí contigo? Arlet, mírame a los ojos cuando te hablo. ¿Por qué te escondes?

—No me escondo, es solo que me da la sensación de que hemos invadido tu vida y que no hacemos más que molestarte.

—Te aseguro que, si me hubierais dado igual, no te habría propuesto venirte a compartir mi casa. Quiero ayudaros, de verdad. No importa que deje de lado mi trabajo, esto no ha terminado. He notado que te has relajado desde que os habéis venido a vivir aquí y nada ha cambiado. —Con una de esas enormes manos, le sostuvo la barbilla para ahondar en su expresión. De los nervios, se mordió el labio y bajó la mirada.

—¿Me estás diciendo que ves algo que yo no?

—Sí. Ese chico sigue con tu hija. Va adonde ella va. Tu hija lo sabe, pero no te dice nada porque también se siente segura. He visto su bloc de dibujo. Es horrible.

—¿Has revisado nuestras cosas?

—Claro que no. Es solo que me llamó la atención cuando dibujó a aquella chica. Vi que lo sacaba de su cartera y lo escondía bajo la cama y me picó la curiosidad. Lo he ojeado y deberías mirar el último dibujo que ha hecho.

Arlet fue a su habitación y sacó el bloc. Se sentaron en el sofá y lo abrió por la última página. Se la veía feliz durmiendo con aquel chico estático de pie junto a su cama. Se tapó la boca, horrorizada.

—Creí que aquí estábamos más seguras y lejos de todo aquello.

—La amenaza sigue ahí, así que habrá que encontrar pistas rápido.

—A mí esto me supera. Yo no sé si voy a poder con todo esto. Me desborda la situación. Encima, en mi trabajo, mi nuevo jefe se trae algo entre manos y ya no me veo segura en él.

—¿Por qué no salimos y damos una vuelta? ¿Cuánto hace que no das un paseo por el campo? Aquí tenemos un palacio del siglo XVIII y muy cerca de él hay un bonito paseo. ¿Te apetece que te enseñe los alrededores?

Sus palabras la animaron. Se pusieron ropa de deporte y salieron a la calle. Markus la agarró del brazo para guiarla mientras le contaba curiosidades de Boadilla, con tan mala fortuna que se encontraron de frente a Marga por una de las avenidas. Salía toda apurada de una asesoría cercana. El encontronazo fue inevitable y su expresión de asombro no se hizo esperar. Arlet, contrariada, se limitó a sonreírle y saludar sin pararse mucho. Markus la soltó al comprobar su apuro, lo que complicó aún más la escena. Marga esbozó una sonrisa pícaro y siguió su camino.

—Mierda, falta que no te quieras encontrar con nadie para que justo te topes con quien menos te esperas —se quejó Arlet.

—Ya he visto que era conocida.

—Habrás pensado lo que no es. El otro día te vio. Es mi vecina y compañera de trabajo, además de amiga. Le dije que eras mi albañil y ahora me va a tocar explicarle qué hacemos juntos.

—Bueno, siempre puedes decirle que soy tu primo —se burló.

—¡Serás idiota!

Las bromas se sucedieron durante todo el paseo. Los dos iban muy a gusto en compañía del otro. Sintió pena al tener que regresar, mas ya era hora de ir a buscar a su hija.

—Bueno, tengo que ir a por mi hija, gracias por el paseo. Me ha venido muy bien.

—Creo que los dos necesitábamos despejarnos de todo este embrollo. ¿Quieres que te acompañe? —Aquella proposición le agradó más de lo que quería mostrar.

—Si quieres... Que no hace falta que vengas si no te apetece...

—Arlet, ¿cuándo vas a dejar de hacer eso? Si te lo he dicho es porque quiero ir. Soy una persona adulta que sabe lo que quiere. Deja que te cuide.

—Es que no me acostumbro a que nadie quiera acompañarme a por la niña.

—No sé con qué tipo de personas te has relacionado tú hasta ahora, pero yo no acostumbro a dejar de lado a una madre porque no sea hija mía.

Esas palabras le reconfortaron bastante. Buscó las llaves del coche en su bolsillo de la chaqueta del chándal, para lo cual tuvo que sacar el móvil primero. Observó que tenía encendida la pantalla. Registraba dieciséis llamadas perdidas. Su tez se tornó pálida.

—Tanit... —solo atinó a decir eso.

Su cara de preocupación, congeló la sonrisa de Markus y consiguió contagiarle su intranquilidad. Ella agradeció su silencio, que se mantuviera a su lado era un gran apoyo moral. Toda temblorosa, esperó a que contestara. Se maldijo por habérselo dejado en vibración.

—Hola, Lucía... ¡¿Qué?! ¿En qué hospital?... Pero ¿qué ha pasado?... Vale, ahora mismo voy para allá.

Capítulo 11. El primer toque de atención

De lo atacada que estaba, Markus le quitó las llaves del coche y se ofreció a conducir. Tanit estaba en el Hospital Puerta de Hierro en Majadahonda. La carretera que llevaba a él tenía una entrada complicada y, con lo aturdida que se encontraba en ese momento, estaba seguro de que se equivocaría de vía.

Condujo rápido pero muy seguro. La puerta de urgencias tenía el *parking* lleno, como era lo habitual.

—Entra tú, Arlet. Voy a dar un par de vueltas por si encuentro un aparcamiento libre. Os espero fuera.

Ella se bajó corriendo del coche y entró en urgencias. Una enfermera le exigió su identificación y cuando comprobó que era la madre, la llevó a la habitación donde se encontraba Tanit. Lucía estaba acompañada de su hija Carla, que no se había querido separar de su amiga en ningún momento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Lucía.

Tanit estaba tumbada con un buen chichón en la frente, además del ojo hinchado y el labio partido.

—No lo sé. Dice Carla que estaban jugando a «las tinieblas» en su cuarto cuando, de repente, tu hija comenzó a gritar y a pedir que encendieran la luz. La oían golpearse contra la pared. Fue algo muy raro. No saben con qué pudo tropezar. Todas las niñas se asustaron mucho al verla sangrar de aquella forma. Le hemos preguntado, pero se niega a hablar.

—Está conmocionada. Se ha llevado una buena paliza. Da la impresión de que alguien la ha golpeado con saña. ¿Alguna de las niñas que estaban en el cumpleaños le hace *bullying*? —preguntó el médico de cabecera, dándole una copia del informe de Tanit. En él habían solicitado la presencia de la policía.

—No. Nadie odia a Tanit. Solo estábamos las mejores amigas. Allí había algo raro que nos impedía acercarnos a ella. Pasamos mucho miedo. —Carla en verdad estaba muy asustada.

Arlet sabía que su hija no hablaba por prudencia. Estaba casi segura de que había sido atacada por el demonio.

—Bueno, esperen en la sala de espera, por favor. Queremos hablar a solas con la madre —dijo el inspector de policía.

Cuando Lucía y Carla abandonaron la habitación, el inspector se mostró muy serio. Era un hombre que rondaba los cuarenta y cinco, con el pelo canoso y bigote. De cara afilada, delgado y muy bajito.

—Señora Mendino, soy el inspector Martínez. Su hija ha sido golpeada brutalmente. Me extraña que una niña pegue así. Tiene marcas en el cuello de unos dedos demasiados largos para alguien tan pequeño. Necesitamos su autorización para realizar una investigación por si hubiera sido algún adulto. Su hija se niega a hablar debido al *shock*, así que tendremos que interrogarla en unos días.

—Bueno, estoy muy consternada. No sé cómo ha podido pasar esto, tiene que tratarse de un error. —Arlet no sabía qué decir.

—Mire, firme aquí esta denuncia y nosotros nos encargamos de todo. El médico ya le ha suturado el labio y tenemos el informe detallado y numerosas pruebas fotográficas. Nosotros hablaremos con todos los presentes en el cumpleaños. Tome mi tarjeta. Cualquier cosa relevante que le diga su hija, será de gran ayuda. Nos mantendremos en contacto.

—Está bien. Muchas gracias.

Cogió los papeles con los dedos temblorosos y los leyó antes de firmar. Luego se los devolvió al inspector. Su hija se negaba a mirar a nadie, estaba ausente.

—¿Puedo llevármela?

—Sí, firme aquí el alta y ya pueden irse. En el informe verá toda la medicación que se le ha administrado y la que debe tomar, con sus correspondientes dosis, para su completa recuperación. Por lo pronto, lo que queda de semana que no vaya al colegio. Venga dentro de siete días para que le retiremos los puntos —le recomendó el médico.

Ayudó a Tanit a bajarse de la camilla y reparó en su ropa manchada de sangre. Fuera, Lucía y Carla seguían esperando.

—Siento mucho lo que ha pasado, Arlet. Espero que salga la verdadera culpable. ¡Estoy tan conmocionada! —Lucía rompió a llorar por la presión.

Era una buena madre. Se había llevado a todas las niñas y no había ningún adulto además de ella y su marido. Se conocían hacía muchos años y casi podría poner la mano en el fuego por ellos.

—Tranquila, mujer. Tiene que haber otra explicación. No te preocupes.

—Es que no hemos sido nosotros. Mi marido y yo estábamos con el pequeño en el salón recogiendo los restos de la tarta. Dentro de la habitación solo estaban las niñas jugando. Todas estaban muy asustadas, decían que

escuchaban algo allí dentro y no podíamos abrir la puerta porque estaba atrancada. Cuando por fin mi marido la consiguió abrir, ya había pasado todo. No hay explicación para eso. Era como si algo sujetase el pomo con mucha fuerza mientras golpeaba a tu hija.

—Mara se hizo pis encima —apuntó Carla.

Arlet se compadeció de la pobre Lucía. No podía explicarle que lo entendía para que no señalasen a su hija y la estigmatizaran.

—Tranquila, Lucía. Seguro que hay una explicación, no te preocupes. Te conozco y sé que ni tú ni tu marido seríais capaces de hacer algo así. Creo que ha sido un día muy largo para todos. Te agradezco mucho por haber avisado a una ambulancia y haberla traído aquí. ¿Os llevo a casa?

—No hace falta. Hemos venido en coche detrás de la ambulancia. Carla se empeñó en venir hasta aquí para asegurarse de que tu hija estaba bien. No quería que pasara el mal trago sola.

Arlet se volvió hacia Carla y se agachó hasta su altura con una sonrisa franca.

—Muchas gracias por cuidar tan bien de Tanit.

—Mañana, ¿va a poder ir al colegio?

—No, cariño. Tiene que estar en reposo unos días. El lunes ya la tendrás de nuevo.

Se despidió de madre e hija y buscó a Markus por los alrededores. Estaba en la acera de enfrente fumando, tiró la colilla cuando las vio y abrió muchos los ojos de la impresión.

—He aparcado en doble fila para que no tuvieras que buscarme por todo el hospital. Venga, subid.

—Tanit. —Arlet se sentó con ella detrás. La niña observaba la calle a través de la ventana, de espaldas a su madre—. ¿Puedes contarnos qué ha pasado realmente?

Markus se volvió hacia ella antes de arrancar el coche. Ella se giró con tristeza hacia ellos y lloró.

—Mamá, era él, ese demonio. Me ha dicho que voy a morir. Me dijo que había hecho muy mal en marcharme de casa y que ese era mi castigo, recibir golpes. Álvaro trataba de pararlo, pero no podía. Tuvo que meterse dentro de Lidia para encender la luz. Le gusta la oscuridad. ¿Qué me va a hacer? ¿Voy a morir?

La angustia de la niña acongojó a Arlet, que abrazó a su hija y lloró con ella. Markus reparó en que no llevaba la chinera.

—¿Dónde está el amuleto que te hice?

—Marta me pidió que se lo dejara ver y quizá no me lo devolvió, no me acuerdo.

Arlet y Markus cruzaron sus miradas. Se les agotaba el tiempo. Él agachó la cabeza y se volvió al frente, agarró el volante con los puños muy apretados y por fin arrancó el coche.

Cuando llegaron al piso, Tanit apenas cenó. Se acostó con la luz encendida y un nuevo amuleto, una pulsera con una bruja de la suerte. Markus le preparó a Arlet, que no paraba de llorar, una infusión relajante y se sentó a su lado.

—No voy a poder hacer nada, Markus. La va a matar y no soy capaz de salvarla.

La abrazó y dejó que se consolara en sus brazos hasta que se agotó. Él también parecía muy afectado.

—Quiero ayudarla, pero no sé cómo hacerlo —continuó hablando.

—Arlet, no te martirices más. Haces lo que puedes. No depende todo de ti.

—Si es que, encima, no puedo faltar al trabajo. No me fío de mi nuevo jefe. Voy a llamar a mi madre a ver si se puede quedar con ella. Aunque sea, la llevo a su casa y la dejo estos días. Menos mal que estamos a miércoles y solo serán el jueves y el viernes.

Cogió el móvil y marcó el número de su madre. Sin darle tiempo a responder, esta comenzó su perorata de siempre. Arlet trató de interrumpirla, mas su madre seguía a lo suyo.

—Mamá, joder, ¿quieres parar de hablar? No te he llamado para escucharte. Tengo un problema muy serio y necesito que me ayudes. —Su madre permaneció callada solo un par de segundos. Luego continuó como si nada, victimizándose. No podía con ella—. ¿Quieres callarte de una maldita vez? Esta tarde han pegado a Tanit una paliza. Han tenido que coserle el labio superior. Se lo han partido... Sí. Es grave. Necesito que te quedes con ella. Yo tengo que trabajar... —Contrajo la cara con una mueca de dolor al escuchar su respuesta—. ¿Cómo que no puedes? Dile a mi hermano que se encargue de sus hijos por una vez. Mi hija te necesita más... ¿Que me pida días libres? Bien, si esa es tu última palabra, no volveré a llamarte en la vida.

Y colgó furiosa. De la rabia, estampó el móvil contra el suelo. La pantalla se hizo añicos. Su espalda resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Arrugada como una pasa, se cubrió la cara. No quería que Markus la viese llorar. Sin embargo, él se levantó y se acercó a ella. Notó cómo la

elevaba en brazos y la colocaba en su regazo mientras le acariciaba la espalda y la acunaba como a una chiquilla.

—Arlet, no estás sola. Si confías en mí, yo me puedo quedar con Tanit hasta que regreses. Tú vete a trabajar. Tengo un móvil viejo sin cargar. Necesitarás uno por si nos quieres llamar. Así podrás hablar con Tanit. Yo le presto mi móvil para que te envíe mensajes o te llame, y trataré de avanzar con todo este material. Lo mismo necesitamos volver a tu casa para que el chico nos ayude.

—No. No quiero volver a mi casa.

—Escucha, no he dicho que tengamos que ir ahora; si no encuentro nada aquí con tanto amuleto, no nos será de gran ayuda. Piénsalo.

Se acurrucó en su pecho y no dijo nada. Se sentía tan desdichada que no podía pensar con claridad. Sus lágrimas rodaban a ratos y él secaba cada tanto sus mejillas con sus palmas. Era tan tierno que le conmovió. No sabía qué hacer, pues no dejaba de ser un extraño para ella. Aunque se estaba portando muy bien, dejarle a cargo de su hija eran palabras mayores, pero no tenía a nadie. ¡Qué desgraciada era! Tendría que fiarse de él.

—Gracias.

Markus esbozó una sonrisa que le congeló el alma.

—¿Ya estás mejor? ¿Por qué no te vas a dormir? Yo me quedo aquí leyendo el diario.

—No sé si voy a poder dormir.

—Anda, vete y descansa. Lo necesitas.

—¿Por qué eres tan bueno con nosotras?

Markus no contestó. Sus pupilas se agrandaron y respiró con dificultad. Desvió la mirada y exhaló un suspiro.

—No soy bueno. Creo que hago lo que cualquier persona haría en mi lugar. Anda, vete a descansar.

Estuvo a punto de besarle en la mejilla para darle las gracias, mas no se atrevió. Podría malinterpretar su gesto y no quería traspasar la confianza que le estaba dando. La verdad es que se sentía mucho mejor por respetar su silencio y esperar a que ella se recobrase del mal trago.

—¿Te importaría dejarme ese móvil viejo que tienes? Me gustaría anular una cita —dijo tras cavilar un rato.

Markus rebuscó en los cajones del aparador y sacó un viejo Samsung para ella. Esperó a que se cargara un poco y lo encendió. Como su móvil se encendía, con una aplicación, pasó toda la información de este al de Markus y

así pudo conservar sus datos. Buscó el mensaje de Araco y le escribió.

Bella_23:55

Araco, vamos a tener que anular lo del cine. Mi hija ha sufrido un accidente y está muy grave. Este fin de semana me toca cuidarla.

Sentía que lo suyo con él se enfriaba. En realidad, le daba un poco igual ya que sus prioridades habían cambiado y el bienestar de su hija era lo primero. Si no se daba, sería porque el destino no quería que se diese. Tampoco se iba a comer la cabeza ahora con eso.

Dejó el móvil cargándose y se despojó de sus ropas en la habitación. Tanit se agitaba en sueños. Debían de dolerle las heridas. Aunque parecía susurrar algo. Acercó su oído hasta ella y escuchó.

—Pica, pica mucho, pica —repetía entre sueños.

Acercó la mano a su frente y se asustó al encontrarla ardiendo. Tenía mucha fiebre.

—Tanit, despierta. Vamos, hija. —La zarandéo, pero no reaccionó. Muy asustada, corrió a buscar a Markus—. ¡Tiene mucha fiebre y no me oye!

La siguió hasta la habitación y acercó su rostro al de ella. Olfateó el aire y arrugó la nariz. La niña desprendía un olor a azufre.

—Alguien está haciendo un conjuro contra ella. Escucha, vamos a hacer un contraconjuro y necesito tu ayuda.

—¿Un conjuro? ¿No sería mejor llevarla al hospital?

—Confía en mí. Si la llevas, no sabrán qué hacer y quedará atrapada en sus redes.

Con los nervios a flor de piel, accedió. Se retorció las mangas del pijama mientras esperaba a que él iniciara su ritual. Comenzó a llenar la habitación de diversos objetos: velas, coronas de flores secas colgadas de la pared, la figura de una bruja y una especie de mini caldero. Debajo, encendió un mechero de alcohol y calentó el agua. Luego le añadió una serie de ingredientes que no supo identificar y comenzó a canturrear en una lengua extraña. Cuando abrió los ojos, la invitó a sentarse a su lado.

—Ahora quiero que te cruces de piernas, me des la mano y cierres los ojos. Quiero que pongas la mente en blanco mientras recito unas palabras.

—*Crux Sacra sit mihi lux,
non draco sit mihi dux.*

*Vade retro, Satana.
Numquam suade mihi vana.
Sunt mala quae libas,
Ipse venena bibas.*

Pronunció tres veces aquel salmo en latín. Al cabo de un rato, se levantó y tocó la frente de Tanit.

—Habrá que esperar para ver si ha funcionado —dijo Markus.

—¿Qué significado tenían tus palabras? Me sonaban algunas palabras de cuando estudiaba latín.

—*La Santa Cruz sea mi luz, / no sea el dragón mi señor. / ¡Apártate, Satanás! / Nunca me atraigas con engaños. / La maldad es tu carnada, / bebe tu propio veneno.* Es una oración para repeler al diablo. Se llama «Vade retro, Satana».

—Creí que no eras religioso. No me pega. Me resulta más creíble que hubieras usado algún tipo de rito pagano.

—Y es lo que he hecho, aunque nunca está de más usar todas las técnicas. No subestimes el poder de la religión. No sabemos a lo que nos enfrentamos.

Capítulo 12. Confianza

Mientras esperaban a que Tanit diera señales de recuperación, Arlet dobló su almohada y se sentó sobre la cama. Por su parte, Markus se había acomodado en el suelo a leer el diario y parecía enfrascado en la lectura. Cada tanto, solía tocar la frente de Tanit para comprobar que su temperatura estuviera descendiendo. Su perfil era muy hermoso. Le encantaba ver lo tierno que era con ambas. Esa dulzura que mostraba con ellas contrastaba con su apariencia de tipo duro. Entre los tatuajes, su cabeza rapada al cero, esos músculos trabajados en un gimnasio y su gesto serio, tenía aspecto de chico malo, nada que ver con lo que ella estaba viviendo. Dobló sus piernas y apoyó la barbilla en sus rodillas mientras reflexionaba. No ganaría tanto como lo hacía Bastián, aun así, habría dado lo que fuera por verlo dejar de lado su trabajo una sola vez en su vida y ocuparse de su hija de esa forma. Nunca había estado. Idas y venidas al hospital de madrugada siempre ella sola. Cuanto más lo pensaba, más cuenta se daba de que su matrimonio había sido una desilusión absoluta. El sopor y el cansancio comenzaron a hacer mella en ella. De vez en cuando, cabeceaba y abría los ojos sobresaltada. En una de esas pilló a Markus observándola con una sonrisa plantada en su cara y se sonrojó al pensar que se había dormido delante de él.

—Tanit ya no tiene fiebre. Creo que es mejor que te vayas a dormir. Estás agotada.

—Llevas razón. Seguro que estaba con la baba colgando —trató de bromear para quitarle hierro al asunto—. Yo ya no sé cómo voy a agradecerte todo lo que estás haciendo por nosotras.

—No es nada. —Se levantó del suelo para salir del cuarto cuando se paró a mitad de camino. Luego, se giró con una expresión indescriptible y la observó largo rato antes de volver a hablar—. Arlet, yo...

—¿Sí? —sentía curiosidad por saber qué tenía que decirle. Algo le impedía continuar.

—Bueno, no es nada.

—Markus, no está bien que me dejes con la duda.

—No. No es nada, de verdad. Son cosas mías. Hasta mañana.

Viró y su espalda ancha desapareció de su vista. Se tapó con la sábana y echó un último vistazo a su hija. Parecía tranquila. Su respiración ya no era

agitada. Esa noche no apagó la luz. Se sentía más segura con ella.

Jueves, 26 de marzo de 2015

A las siete de la mañana sonó la alarma. La apagó enseguida. Aquel zumbido tan irritante no hizo más que aumentar su dolor de cabeza. ¡Si parecía que solo llevaba tumbada en la cama unos minutos! Comprobó que su hija no se había despertado y que seguía sin fiebre. Más tranquila, cogió su ropa de trabajo y salió de la habitación. No quería despertar a Markus, así que, con mucho sigilo, se dispuso a tomar el café con tostadas con la puerta cerrada para amortiguar el ruido de los electrodomésticos. Sin embargo, él se levantó y entró en la cocina.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días, ¿te he despertado?

—No. Estaba pendiente. Te he sentido y quería decirte que te quedases tranquila, que ya cuido yo de ella.

—Markus, es mi bien máspreciado. Por favor, me fío de ti.

—Arlet, con todo lo que se oye por las noticias, entiendo tu reticencia a dejarla con alguien extraño y, encima, un hombre. Esto será una prueba de fuego para los dos. Es la primera vez que me quedo a cargo de una niña. No tengo hijos y no sé si lo haré bien, pero te prometo que trataré de que esté bien durante tu ausencia. Llámala las veces que quieras.

Su mirada tan penetrante aceleró su pulso. Sus palabras le calaron hondo.

—Gra-gracias. Así lo haré. Bueno, tengo que irme ya a trabajar. Cualquier cosa, me llamas.

Él asintió. Su cuerpo bloqueaba la salida y los dos tropezaron en tan estrecho espacio. Un rubor cubrió sus mejillas al entrar en contacto con su torso. De camino, en el coche, se dijo que no era su tipo. Nunca se habría fijado en alguien como él. Siempre le habían gustado los hombres elegantes, con traje y corbata, y nada de tatuajes. Ella no fumaba. Bastián, tampoco. Y, por qué no decirlo, ella buscaba a un hombre con trabajo estable. No obstante, Markus tenía algo que le resultaba terriblemente atractivo a la par que misterioso. ¿Qué demonios le había visto? Quizá se la había ganado con otras cosas que jamás había recibido. El cariño. Definitivamente, estaba muy necesitada. Nadie le había demostrado tanto en tan poco tiempo. Una lágrima

se escapó de su ojo izquierdo y se la secó con rabia. Se sentía muy vulnerable cuando él estaba cerca. Siempre había sido fuerte y había tirado para adelante con todo. En cambio, ahora él había traspasado una barrera que nunca creyó que nadie pudiera.

Cuando llegó a la oficina, Marga parecía muy alterada, no obstante, ocupó su lugar sin prestarle mucha atención. Cuando dieron las diez, se decidió a llamar a su hija. Se le aceleró el pulso cuando contestó Markus.

—¿No se ha levantado aún?... Ah, vale. Gracias. Hola, cielo. ¿Qué tal? ¿Te duelen las heridas?... ¿Y la cabeza?... Bueno, oye, cualquier cosa me envías un mensaje o me llamas. Y si Markus no se porta bien contigo, también... Bueno, por si las moscas. Muchos besos, te quiero.

Tras hablar con su hija, respiró más tranquila. Parecía que todo estaba en orden. A media mañana Marga se le acercó.

—¿Te vienes a tomar un café? Tengo la cabeza que me va a estallar.

—Bueno, me vendrá bien un descanso.

Marga le contó que su jefe estaba parando todas las campañas de Marketing publicitario y la estaba mareando para que buscara otro eslogan, como si quisiese distraerla. A Arlet le vino a la memoria el traspaso. Cada día estaba más cerca el día de la fusión, pero prefirió callar y seguir escuchando.

—Por cierto, y ahora no eludas mi pregunta, ¿qué hacías tú con el albañil buenorro, pillina? Y no me salgas con la patraña de que no hay nada entre vosotros

—Marga, no es lo que parece. Entre él y yo no hay nada. Me está ayudando un montón. Mi casa estaba empantanada con la avería que he sufrido y, casualmente, él tenía una habitación libre. El día que nos viste salimos a dar un paseo para que me enseñara la zona.

—Bueno, vale, lo que tú digas. No es lo que yo vi. Ahí ardían chispas entre los dos.

—¿Qué tonterías dices! ¡Si no pegamos ni con cola! Somos muy diferentes.

—Bueno, ¿y qué? Para un polvo te vale. ¡Que te quiten lo bailado! Tú no seas tonta y aprovéchate.

Las dos estallaron en carcajadas.

—¡Estás más loca!

—¡Qué sí, Arlet! La vida está para disfrutarla, y a él parecía que le gustabas.

—Viste algo que no es real.

Marga arqueó la ceja y bufó.

—Lo que tú digas. Si no lo quieres ver, allá tú. Cambiando de tema, ¿y Tanit? ¿Qué piensa de estar con él? Entre lo de la nueva novia de su padre y ahora tú la cambias de casa con ese pedazo de hombre...

—De momento, parece que no le desagrada. Y menos mal porque hoy no habría tenido con quién dejarla. Se ha ofrecido a quedarse con ella.

—¿Y eso?

—Ayer estuvo en un cumpleaños y alguien le pegó. Han tenido que suturarle el labio y tiene unos cuantos chichones.

—¡Por Dios! Me dejas helada. ¡Eso es una soberana paliza, Arlet! ¿Cómo puedes decirlo tan calmada?

Arlet suspiró. Si ella supiese...

—La policía está con ello. No me apetece hablar mucho más del tema. Es algo muy desagradable.

—Si me lo hubieras dicho, podrías haberle dicho a mi madre que se quedara con ella porque, por tus palabras, tu madre te ha dejado colgada. Hija, no lo entiendo. Perdona que te lo diga, sé que nunca hemos hablado de ello, sin embargo, tu familia te tiene totalmente abandonada.

—Bueno, ya. Da igual. Sin comentarios. ¿Y tú? ¿Qué hacías tan lejos de tu casa?

—Fui a asesorarme. Tenía unos papeles pendientes del divorcio por resolver. Nada del otro mundo.

—¿Aún te quedan coletillas?

—Pues sí. ¡A estas alturas! Mi ex me reclama yo que sé, pero como el juez ya dictó sentencia, no tiene ningún derecho. Ya veremos.

—Pues vaya. ¡Uy! Corre, que se nos ha pasado demasiado la hora.

Las dos regresaron a sus puestos a toda carrera. Arlet tenía su escritorio invadido de notas con las tareas del día. Le quedaba por realizar un par y una de ellas era imprimir un archivo desde el ordenador de su jefe. La curiosidad pudo más y probó a introducir la clave. Se metió en la carpeta donde guardaba los *mails* de aquel trapicheo que se traía entre manos y leyó. Le alarmaba lo avanzadas que estaban las negociaciones. Si no hacía algo pronto, la mitad de la plantilla se iba a ver en la calle. Hizo un pantallazo y se acercó con disimulo a Marga. Esta silbó al verlo.

—¡Con razón no quiere que se haga campaña! ¡Será desgraciado! — exclamó su amiga.

—¿Crees que podemos hacer algo?

—Déjame que hable con algunos compañeros que están allí.

—Es que yo se lo comenté a Brenda y al día siguiente me contestó muy fría.

—¿Crees que lo sabe la cúpula? —Arlet se encogió de hombros—. Mañana voy a consultar con mi abogado y tú deberías hacer lo mismo para estar preparada.

Regresó a su escritorio con la moral por los suelos. Aquello no pintaba bien. Debía cotejarlo con un profesional; lo mismo, aún se podía parar. Aprovechó para consultar los mensajes de su móvil. Tanit le había escrito y parecía estar de muy buen humor. Markus había jugado con ella a las «Cuatro en raya» y a «Hundir la flota». Se alegraba de que la estuviese entreteniéndolo. Ya quedaba menos para regresar. Aun así, quiso llamarla antes.

—¿Qué tal mi vida? ¿Todo bien?... ¿Te oye?... ¿Estás a gusto con él? ¿Se porta bien contigo?... ¿De verdad? Me alegro. No te hace nada raro ni te obliga a que no me lo cuentes, ¿verdad?... Bueno, hija, es solo por asegurarme. Me preocupo por ti... Vale, un beso. Ahora te veo en un rato. Ya salgo.

De camino al apartamento, pensó en tener un detalle y comprar unos donuts para todos, cuando cayó en la cuenta de que no sabía los gustos de Markus. Tendría que empezar a sonsacarle información con disimulo. Menos mal que había un *Día* dos calles más abajo.

Cuando entró por la puerta, Tanit la recibió con una sonrisa.

—Mami, ha sido genial estar aquí, mejor que en el colegio.

Mientras su hija cotorreaba, evitó enfrentar su mirada a la de él. Cuando terminó de contarle todo lo que habían hecho, se acercó por fin a Markus.

—He traído estos donuts. No sabía si te gustaban los dulces, así que traje también estos saladitos. Como ya estoy yo, si tienes que irte a trabajar...

—Sí. Voy a marcharme. Gracias por los donuts; me llevo uno para el camino. Los dos ya hemos comido y te hemos dejado algo para ti.

Él se puso su ropa de trabajo y salió veloz por la puerta. Arlet sintió verlo marchar. Cuando se quedó a solas con Tanit, volvió a la carga.

—Mañana lo mismo te tienes que quedar con él otra vez. ¿Se ha portado bien contigo? ¿No te ha manoseado ni nada?

—Mamá, pero ¡qué pesada estás! Que Markus no se ha acercado a mí para nada. Me ha hecho la comida. Por cierto, muy rica. Y que sepas que me ha hecho hasta un zumo de naranja natural de postre.

—¿Qué habéis comido?

—Sopa de fideos y albóndigas con tomate. Cocina mejor que tú.

—Oye, no te pases. —Sonrió al verla tan bien.

—Mamá, Markus me ha preguntado que si me atrevería a volver a casa. Le he dicho que, si es por averiguar más cosas, seré valiente. Y mira, me ha hecho otro amuleto. Este es más bonito.

Era otra chinera decorada con diversos dibujos de colores y una pluma.

—Es precioso. Pero no me atrevo a llevarte allí. Ya hablaré de eso con él.

—Ha estado aquí buscando cosas como loco. Lo he estado ayudando a colocar los papeles. Álvaro dice que deberíamos volver y Markus está de acuerdo.

—¡Qué manía! Bueno, ya hablaremos.

Los puntos y la cara llena de moretones eran un recuerdo muy amargo, una experiencia traumática que no quería volver a experimentar. No podía exponer la vida de su hija a una amenaza invisible que ninguno controlaba. Se fue a la cocina y cogió el plato que le habían dejado. Con el móvil en la mano, abrió el WhatsApp. Odiaba ver aquella luz parpadear.

Araco_15:40

Lo siento. ¿Cómo estás? Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo.

Bella_15:50

Gracias. Lo siento, pensarás que te estoy dando largas, pero es que no paran de sucederme complicaciones.

Araco_15:52

No te preocupes. No tengo prisa, puedo esperar.

Bella_15:53

Te lo agradezco. Por cierto, nunca hemos hablado de nuestros nombres. ¿Cómo te llamas y a qué te dedicas?

Araco_15:54

Mi nombre es muy corriente, Gabriel. Soy abogado. ¿Y tú?

Bella_15:55

Me llamo Arlet y soy secretaria. ¿Eres abogado? Me vienes de perlas. ¿Puedo hacerte una consulta?

Araco_15:56

Precioso nombre. Claro. Cuéntame.

Bella_15:57

En el trabajo he descubierto que mi jefe está negociando para fusionar la empresa con otra. Alega que hay pérdidas, cuando no es así. Pregunté a la

secretaria del consejero delegado en nuestra central, que está en Londres, y me contestaron que no había tal fusión. ¿Hay algo que podamos hacer los empleados? Me veo en la calle.

Araco_16:00

Es complicado según me lo cuentas. Si están decididos a fusionarse, no vas a poder hacer nada. Lo único, llegado el caso, negociar tus condiciones para que sean lo más ventajosas posibles. Otra cosa muy distinta es que tu jefe esté mandando informes fraudulentos a la central sin su conocimiento, y ahí puedes denunciarlo a tus superiores, aunque te arriesgas a que sea de su conocimiento y te expulsen por espionaje. No obstante, si quieres, nos vemos y te explico un poco mejor todas las opciones que tienes. En conclusión, mi consejo es que no te metas en líos a no ser que tengas pruebas contundentes.

Bella_16:05

Pues vaya. Si no te importa que nos veamos cerca de donde vivo...

Araco_16:06

Perfecto. Llámame y dime hora. Estoy todo el fin de semana libre.

Bella_16:07

Gracias. A ver si, por fin, es posible que nos conozcamos.

Sentía que, más que una cita, era una reunión de trabajo. Se había ido al traste el romanticismo. En fin, era por su bien. El problema era si llevar a Tanit con ella o no.

Capítulo 13. El símbolo

Markus regresó esa noche muy tarde, aunque la encontró sentada frente a su portátil. Ella seguía dándole vueltas a cómo solucionar esa contrariedad con su trabajo. No quería más problemas. Necesitaba estar concentrada para poder ayudar a Tanit. El dicho de que Dios aprieta pero no ahoga no iba con ella. Estaba con la mierda hasta el cuello. Le sorprendió verlo llevando vaqueros y una camisa. Le sentaban muy bien. Ella siguió a lo suyo mientras consultaba por Internet cláusulas de abogados. Él se sentó a su lado con un bocadillo en la mano y observó la pantalla.

—¿Qué haces? ¿Has encontrado algo nuevo?

—¿Qué va! En realidad, ni me he puesto a investigar. Tengo un problema con el trabajo. Mi jefe ha avanzado mucho en las negociaciones y parece inminente el anuncio. Quiero estar preparada para cuando eso suceda.

—¡Joder! ¡Cómo están los trabajos! ¿Y qué piensas hacer?

—Este fin de semana he quedado con un abogado. Voy a enseñarle lo que tengo y veremos si hay alguna posibilidad.

—Arlet, si te echan, no te preocupes: yo tengo muchos contactos que pueden ayudarte.

Hasta ahora no le había dado importancia, si bien era cierto que Markus parecía no tener problemas económicos. Le sorprendió darse cuenta de que la camisa que llevaba puesta era de *Ralph Lauren*. Cuando entró el otro día en su cuarto de baño, le llamó la atención que usara un perfume tan caro. Era de *Versace*. Y hoy llevaba un *Rolex* en la muñeca. O era todo falso o había algo que no cuadraba con él.

—Bueno, primero veré qué me dice el abogado.

—Yo conozco uno muy bueno. Si quieres, puedo hablar con él.

—No te preocupes. Si lo mismo no hay nada que hacer.

Markus no insistió. Ella cerró la tapa y decidió marcharse a dormir.

—¿Mañana te puedes quedar con Tanit de nuevo?

—Claro.

Pensaba marcharse ya cuando Markus la sujetó del brazo. Le extrañó el gesto.

—Arlet, ese abogado tuyo, ¿es de fiar? ¿Lo conoces?

—Bueno, en realidad no lo conozco. Supongo que para hacerle una

consulta me valdrá.

—No sirve cualquiera. No es lo mismo uno de oficio que uno que ya tiene una larga trayectoria y una buena reputación. Si no te convence su respuesta, ¿me lo dirás?

—Claro.

—Arlet, puedo ayudarte en más de lo que crees.

Sus palabras la embargaban. Un sentimiento profundo nació de su alma sin control. No quería fijarse en él. Debía recordarse una y otra vez que pertenecían a mundos muy distintos... Le sonrió y asintió para que la liberase de aquel contacto. Cuando se metió en la cama, se sintió doblemente mal. Él era muy atento con ella y ella estaba levantando una barrera. No lo hacía deliberadamente. Había perdido la confianza en los demás hacía mucho tiempo y se refugiaba en el distanciamiento. Tampoco se veía correspondida por él. Hasta ahora no le había dado motivos para pensar lo contrario, no se le había insinuado y se había portado como un caballero con ella. No había visto ninguna señal, además de haberle dejado claro que le gustaba ser soltero y que ninguna mujer había merecido la pena como para luchar por ella, que no creía en los cuentos. Ella no iba a ser diferente.

Viernes, 27 de marzo de 2015

Esa vez, cuando se levantó, Markus no salió de su habitación. Cerró la puerta de su hija y se marchó rápidamente a la oficina. La mañana no fue de las mejores. Su jefe estaba alterado. ¿El motivo? A saber. Lo bueno es que era viernes y muy pronto estaría fuera. Tanit le había escrito un par de veces, hasta le había enviado un par de audios. Se le notaba contenta. Había salido a comprar con Markus y estaban haciendo la comida.

Tenía que decidirse y escribir a Gabriel. No se acostumbraba a llamarlo por su nombre. Tanto tiempo usando el *nickname* que le resultaba una persona diferente. Ni siquiera había editado el contacto.

Un portazo hizo que toda la oficina levantase la vista. Su jefe se había marchado malhumorado y Marga parecía ser la causante. Cuando regresó a su despacho, se atrevió a entrar para hablar con ella.

—¿Qué le has dicho para que se marche hecho una furia?

—Nada. He lanzado sin su consentimiento un *spot* publicitario que ha

aplastado a la competencia. El proveedor nos estaba presionando y había invertido mucho en esta campaña. No pensaba dejar que hundiera esta empresa. Por cierto, niña, he hablado con mi abogado: recopila todas las pruebas que puedas. No está de más tener información privilegiada. He estado hablando con un compañero aquí y otro allá, y se ha extendido el rumor de la compraventa como la espuma. En la cúpula ya han exigido informes a nuestro querido jefe. No te preocupes, que ya verás: puede que todavía tengamos una posibilidad. Creo que allí han recibido una versión que dista mucho de la realidad.

—Está bien. Veré lo que puedo hacer, aunque ya tendrá que ser el lunes. Ese día no estará fijo.

—Bien, eso ya lo decides tú. Por cierto, ¿qué tal está tu niña?

—Mejorcilla. Me da mucha penita verla con los puntos, en fin, ya queda menos.

—Dale muchos besos de mi parte.

Regresó a su lugar y consultó la agenda. Tal como ella había dicho, hasta el lunes sería inviable entrar en su ordenador. Ese día tenía una presentación en el Hotel Ritz a la que todos los altos cargos estaban invitados. Era el momento idóneo.

Cuando llegó su hora, se marchó más contenta que nunca. Su humor cambiaba por momentos. Se subió a su coche y ni el atasco de siempre nubló su felicidad. El entrar en la casa, el olor a quemado la echó para atrás.

—¡Uy!, ¿algún incidente con la comida? —preguntó.

Tanit salió por detrás y sonrió. Markus también reía. Esa complicidad entre ellos le hizo fruncir el ceño.

—¿Alguien puede explicarme qué ha pasado?

—¡Qué mal pensada eres, mami!

Cuando llegó a la cocina, había un enorme pastel de carne y un bizcocho.

—¿Y este olor a quemado?

—Bueno, hubo un accidente. Digamos que, sin querer, se le cayó dentro del horno un poco del pastel de carne y, bueno, el resto ya lo sabes —le explicó Markus.

—Siéntate y verás qué rico está, mami —le instó Tanit.

La mesa estaba puesta y Tanit le cortó un trozo. Casi toda la carne se le salía y la presentación dejaba mucho que desear, mas lo probó ante la atenta mirada de ambos y se relamió de gusto.

—¡Por Dios! ¡Qué bueno está!

—¿A que cocina mejor que tú? —Ese comentario de su hija picó su vanidad como mujer y tuvo que admitir, a regañadientes, que lo hacía mucho mejor que ella.

—¿Dónde has aprendido a guisar tan bien?

—He sido *chef* de restaurantes.

—¿También has sido *chef*? ¿Algo más que no sepa? ¿Alguna otra profesión?

Él esbozó una sonrisa que desmontó todos sus propósitos de no fijarse en él. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? Ni su ausencia de pelo le restaba atractivo. Suspiró y trató de contener sus pensamientos.

—Algún día, Arlet, puede que te cuente más cosas sobre mí. Bueno, he de irme. Hoy tengo que trabajar en una discoteca. Nos veremos mañana.

Salió vestido con traje oscuro y corbata, tenía que admitir que le sentaba como un guante. Se dio cuenta de lo poco que le importaba que tuviese tatuajes. Se despidió de él y se dispuso a dar buena cuenta de aquellos manjares. Tanit estaba sentada de espaldas a ella viendo la televisión. Las marcas en su cuello le produjeron un escalofrío. Sin embargo, cuanto más se fijaba, más le parecían símbolos. Cogió su portátil y buscó en Internet símbolos de manos y su significado. Entre otros, averiguó que para los aztecas era realización. Comenzaba a creer que algo tenían que tener todas aquellas víctimas en común. Sabía que en aquella cultura solían darse sacrificios humanos del mismo que el de las víctimas de los periódicos. Eran tan macabros que se angustió de solo leer en la *Wikipedia* alguno de los pasajes de los primeros españoles que visionaron *in situ* aquellos sacrificios.

¿Podría conectar aquellos asesinatos con esa cultura? ¿Era un aviso? Por más que trataba de relacionar los sacrificios con aquellos niños, no tenía sentido. Tenía que ser una especie de secta o algo. Una idea comenzó a rondarle por la cabeza y consultó sus orígenes. El apellido de su familia procedía de buena familia. ¿Tendría algo que ver? Le sonaba que su madre había querido averiguar hace años su genealogía cuando su padre enfermó, suponía que para distraerse y no pensar tanto en la convalecencia. Aunque ahora estaba enfadada con su madre, tendría que comerse su orgullo y llamarla ya que no pensaba quedarse con la duda. Marcó su número y esperó.

—Hola... No, sigo enfadada, pero no te he llamado por eso. ¿Tienes aún aquel informe que te hicieron con la genealogía de tu apellido?... ¡Qué más te da! Solo necesito que me hagas una foto y me lo envíes al móvil... ¿Cómo que

ya no la tienes? ¿Y qué has hecho con él?... Vale. Pues vaya... No, está muy bien. ¿Qué más te da con quién se quede mi hija? Ella y yo hemos pasado a no ser de tu incumbencia. Por lo visto, es más importante la familia de mi hermano para ti... No sé qué quieres decir con eso. Desde que me quedé embarazada de mi hija no has querido ningún contacto con nosotras. Cambiaste tu actitud hacia mí y te desentendiste de las dos... No sé, mamá. Algún día espero que me expliques el porqué de ese distanciamiento cuando debería habernos unido más. Has venido a ver a mi hija desde que nació en contadas ocasiones... Bueno, peor me lo pones. Fui yo quien te la bajó... ¡Es tu única nieta niña! Es que no lo entiendo. Mi hermano solo tiene varones... Da igual. No te pongas a llorar. ¿Qué tengo que entender?... ¿No me contestas? Bien, pues entonces nada. Adiós, madre.

Le hervía la sangre. No solo no se disculpaba por haberlas abandonado a su suerte, sino que encima decía que todo tenía una explicación. ¿Qué madre se desentendía así de su hija y de su nieta? La verdad es que no lo entendía y le guardaba mucho rencor. Siempre había tratado de disculparla, mas era una necia por no querer ver la realidad. No. Estaba harta ya. Se sentó y cogió el mural con las muertes para anotar los apellidos. Eran de ilustres casas de Castilla, aunque, a decir verdad, lo raro era no tener un apellido de la nobleza. Su casa venía de los condados de Aragón y de Castilla. ¿Sería una maldición que cayó contra los descendientes de aquellos colonos que prohibieron los sacrificios humanos? Era la única explicación lógica que encontraba si seguía la teoría de los aztecas.

Bueno, lógica..., se dijo, nada de eso era racional.

Preparó la cena, y a las diez y media mandó a la cama a Tanit. Cuando se encontró a solas, se dispuso a recrear en un dibujo la marca de su hija. Cuanto más la comparaba con aquellos símbolos de Internet, más segura estaba que guardaban relación. Buscó en *Google* sobre las maldiciones y quedó insatisfecha. ¡Claro que los había maldecido! Querían su oro. Se sentó y observó de nuevo los nombres de todos los niños asesinados. Decidió apuntarlos por orden cronológico:

Carlos Ruiz García, once años, asesinado en 1919.

Mercedes Arjona Ruiz, catorce años, asesinada en 1927.

María de la Soledad Villadiego Velázquez, seis años, asesinada en 1939.

Hugo Santamaría Moreno, siete años, asesinado en 1950.

María Dolores Torres Calvo, doce años, asesinada en 1975.

Eva María Sanz Hidalgo, ocho años, asesinada en 1985.

Álvaro ¿?, doce años, asesinado en 2002.

En otra hoja apuntó palabras sueltas: apariciones, escaleras, rito satánico, todos niños, apellidos, no correlación de fechas. Conclusión: sin sentido.

Frustrada, arrugó la hoja y la lanzó al suelo. Era una pésima detective. De repente, sintió frío. En el salón había bajado la temperatura un par de grados de golpe. Un suave balanceo del bolígrafo que había dejado sobre la mesa puso en alerta sus cinco sentidos. Lo observó y comprobó que se movía solo. Rodaba muy despacito hasta el borde. Una vez allí, se dejó caer al suelo. Su cara mutó del rosa carne al blanco fantasma del susto. Pegó un respingo y se agarró fuerte a los reposabrazos de la silla sobre la que estaba sentada. Se habría caído al suelo si no la hubiera tenido. Persiguió con la mirada su trayectoria y lo vio dirigirse hasta el lugar donde había arrojado la hoja. Un nuevo ruido le puso los pelos como escarpías. Asombrada, vio cómo aquel trozo de papel comenzaba a desdoblarse hasta quedar completamente liso. El bolígrafo se enderezó y dibujó un círculo alrededor de Eva María Sanz Hidalgo. Luego cayó al suelo con estrépito.

Arlet había contenido la respiración todo el tiempo. Le castañeaban los dientes del frío, del miedo. No sabría precisar la angustia de aquellos instantes. Aquella sensación no la abandonó hasta pasado un buen rato. No se acostumbraba a esas súbitas apariciones. Se levantó con nerviosismo y cogió la hoja del suelo entre un mar de dudas. Contempló el nombre y se preguntó qué la diferenciaba de los demás. Era demasiado común, no le decía nada, aunque debía de ser una pieza clave. Tendría que empezar una investigación más profunda con aquella niña y dejar de dar palos de ciego.

Capítulo 14. Cambio de planes

Sábado, 28 de marzo de 2015

El ruido del microondas en la cocina la despertó. Se levantó y vio a su hija preparándose la leche. Ignoraba si había regresado Markus. No obstante, aprovechó para marcar el teléfono de Gabriel y ver si podían quedar esa misma mañana. No quería retrasarlo más. De paso, dejarían descansar a su anfitrión, y más si tenía que volver a trasnochar. Quedaron en verse en la cafetería al otro lado de la M-50 en el Centro de Oportunidades de El Corte Inglés.

Tanit se negó entre quejas a abandonar el piso, pero suficiente había hecho ya de niño Markus. Mientras esperaban al abogado, se dedicó a observar a las personas que pasaban por la calle preguntándose si sería como en la foto. Por fin, le pareció reconocerlo.

Era bastante alto, un hombre trajeado de azul marino y camisa fucsia. Levaba su pelo negro engominado, como la mayoría de los ejecutivos. Su rostro era muy atractivo, de facciones angulosas y labios finos. Sin embargo, no pudo evitar compararlo con Markus. A pesar de sus tatuajes, le sentaban los trajes mejor que a Gabriel. Nada más acercarse a ella, un olor a perfume de hombre inundó el centro comercial. Era una fragancia demasiado fuerte. Lo vio estudiarla de arriba abajo y algo en su actitud le disgustó. Su sonrisa era petulante, como muy seguro de sí mismo.

Se dieron dos besos y le entregó un regalo a ella y otro a Tanit. Su hija dio las gracias con mucha timidez.

—Bueno, me alegro de conocerte. Eres preciosa.

—Muchas gracias.

Ella no era de regalar piropos a la primera y se sentía cohibida con aquel encuentro. Aunque al principio le había apetecido mucho conocerlo, ya no sentía lo mismo desde que se había fijado en Markus. Sin embargo, él había sido muy atento desde el primer momento. Debería gustarle más, pues era su tipo: un hombre con carrera, bien posicionado y bastante elegante. No entendía qué iba mal con ella. Se obligó a ser amable y se amparó en el pretexto de que Markus no era su tipo ni ella el suyo.

Gabriel era como todos los abogados, tenía mucha labia. Al final consiguió sacarle más de una sonrisa. Se le veía con ganas de iniciar una relación. Ponía mucho entusiasmo al hablar de ellos dos. El problema residía en ella, aunque, al final, decidió darle una oportunidad y se marcharon a comer para conocerse mejor. Eligieron un restaurante gallego de la zona que tenía mucha fama. Tanit parecía deseosa por sentarse. Por lo menos, el regalo de su hija había sido muy acertado: era un precioso libro lleno de actividades en el que podía dibujar y crear sus propios diseños, junto con un estuche lleno de lápices de colores. Se la veía encantada con él.

Durante la comida le planteó su problema con la empresa y él estuvo muy receptivo. Le aconsejó reenviar los *emails* a su cuenta personal, para que los utilizase como último recurso. Él creía que la mejor manera de demostrar que mentía era a través de los datos reales de la empresa sin ponerse en evidencia y sin necesidad de sacar los trapos sucios. Cuando le comentó que ella solía enviar un informe a la central y que había sido liberada de ese quehacer por su jefe, le aconsejó prudencia diciendo que, tarde o temprano, saldría a la luz si manipulaba los informes. Siempre podría enviarlos a la persona de contacto y ampararse en un pequeño olvido que pusiera al descubierto a su jefe. Ahí verían que no cuadraban los números y desmontaría sus argumentos. A Arlet le pareció una buena idea.

Cuando terminaron, Gabriel se empeñó en invitarlas y sugirió ir a un parque de la zona. Se aproximó demasiado a ella y se tomó ciertas libertades que ella no le había dado. La cogió de la mano y continuó hablando como si nada. Ella no se sentía cómoda con esas confianzas, así que por educación y por no ser brusca, le dejó hacer, aunque en cuanto tuvo oportunidad, se soltó de él. Se podría decir que lo había pasado bien.

De regreso al apartamento, Gabriel quiso darle un beso en los labios y ella giró la cara. Era muy precipitado. Sonrió cortado y quedaron en hablar. Al girarse, se topó con el escrutinio de Markus, que tenía el ceño fruncido. Iba con su traje del día anterior. Pensó que se marcharía sin decir nada, pero se equivocó.

—¿Quién era ese? —preguntó airado.

—Ah, era el abogado.

—Pues muchas confianzas se tomaba contigo para ser tu abogado... —
Apreció en su tono de voz cierto resquemor.

—Bueno, en realidad lo conocí a través de una web para buscar pareja.

—Entiendo. Perdona que me haya metido en donde no debía, creí que se

estaba propasando.

—Y lo hacía. Quizá no estoy preparada para una relación en estos momentos. Quizá él esperaba algo más de mí. —Con tristeza, bajó la cabeza.

—Pues compra unos regalos superchulos, mamá. Deberías salir más a menudo con él.

—Tanit, no se sale con una persona por interés. Eso no está bien. Yo no te he educado para que pienses esas cosas —le regañó.

Al levantar la vista, Markus tenía la mirada clavada en ella.

—Bueno, tengo que marcharme a trabajar. Os he preparado algo de comida. Si no habéis cenado, ya no hace falta que prepares nada.

Se mordió el labio llena de remordimientos. No le había avisado y el pobre lo mismo las había estado esperando.

—Perdona por no avisarte, no quería molestarte. Pensé en salir para que pudieses descansar.

—¿Mañana vas a quedar otra vez con él?

—No. Mañana pensaba buscar información relativa a una de las niñas asesinadas. Anoche se movió solo el boli y me señaló a una de ellas. Pero si quieres descansar, me llevo a Tanit un rato al parque.

Un *porsche* descapotable aparcó justo al lado y pitó. De dentro salió una chica de melena rubia y unos veintiocho años. Tenía varios tatuajes en sus muñecas e iba muy provocativa: un pantalón negro muy cortito, botas oscuras con tacón ancho y una camisa blanca anudada con un profundo escote. Para las fechas que eran, iba un poco fresca.

—Venga, cariño, que llegamos tarde —dijo, mirando directamente a Markus a los ojos.

Su cara no era muy amistosa. Observó a Arlet con curiosidad mientras mascaba un chicle, y se frotaba brazos y piernas para entrar en calor. Era el tipo de mujer que le pegaba a él.

—Te estoy entreteniendo. Supongo que tu novia lleva razón, es mejor que me marche.

Quería desaparecer. Era bochornoso enterarse de esa forma de que salía con alguien, de pronto, él la agarró del brazo y le hizo enfrentarse a su mirada.

—Ella no es mi novia. Mañana te ayudaré con eso, ya hablaremos.

No la soltó hasta asegurarse de que lo había comprendido. Asintió e instó a Tanit a entrar en el portal. ¿Por qué había querido explicarse? Tampoco es que le debiese ninguna aclaración. No había nada entre ellos. Eran dos personas adultas y libres de hacer lo que quisieran con otras personas.

Además, él ya había dejado claro su postura. Sin embargo, al descubrir a aquella chica, le había dolido pensar que estaba con otra y se alegraba de que no fuese así. No le había pasado inadvertida la mirada de la otra. No quiso darle más vueltas al asunto y se puso a buscar por Internet a profesionales de la heráldica para averiguar el origen de los apellidos de su familia y ver si en algo coincidían con las otras víctimas.

Tenían un *email* de contacto. Les dejó los datos y se fue a la cama. Quería estar despejada para el día siguiente.

Domingo, 29 de marzo de 2015

Por la mañana, se levantó pronto y se dejó la comida hecha en agradecimiento porque les hubiera preparado la del sábado: unos deliciosos canelones de carne. Cogió a Tanit y salieron a comprar el pan. Se entretuvieron un rato en un parque cercano que tenía una fuente enorme y regresaron a media mañana. Markus salió somnoliento de su cuarto con tan solo unos bóxers. Arlet desvió la mirada de sus pectorales tatuados y de aquel magnífico cuerpo. Tanta piel a la vista era un pecado. Se dirigió a la cocina a dejar el pan para no sufrir tentaciones. Al regresar al salón, ya no estaba.

—¿Y Markus, Tanit?

—Ha dicho que se iba a duchar.

La niña estaba coloreando el libro que le había regalado Gabriel. Ella decidió aprovechar para entrar en Internet y curiosear por si encontraba algo más de Eva María. Markus regresó afeitado y con un chándal.

—Bueno, dime, ¿qué es exactamente lo que ha pasado? —Se acomodó a su lado en el sofá y esperó reclinado sobre ella.

—Decidí apuntarme todos los nombres de los periódicos y las fechas de sus asesinatos para buscar algún tipo de relación, sin embargo, o yo no la veo o no la hay. Me deshice de la hoja y fue cuando se movilizó solo. No obstante, he estado pensando en aquella leyenda que te conté del dios de la muerte azteca. La marca que le ha quedado de los dedos en su cuerpo me recuerda a este símbolo azteca.

—Puede ser casualidad. No creas todo lo que ves por Internet, Arlet. Hay mucha mierda y mucha mentira escrita. Le diré a mi amigo que investigue algo. Él podrá darnos datos más certeros.

—¿Aún no te ha dicho nada sobre mi exmarido?

—No. —Se quedó callado un rato y luego cambió de expresión—. Arlet, ¿ese abogado te gusta?

Ese cambio de conversación la pilló desprevenida.

—¿Qué? ¿Por qué lo preguntas? —Markus estaba muy serio, lo que le trajo el recuerdo de la rubia.

—Curiosidad. Nada más.

—No lo sé. No lo he pensado. Por cierto, perdona por lo de ayer. Como te habló aquella chica con tanta familiaridad, creí que era algo más.

—Sandra confunde los términos conmigo. Es así siempre. Pero entra ella y yo nunca habrá más que una relación laboral. No es mi tipo.

—¿Y cómo es tu tipo? —preguntó sin pensar.

—Eso mismo iba a preguntarte yo a ti. Intuyo que es alguien como ese abogado, ¿no?

—Pregunté yo primero. Eso no vale.

Markus sonrió y se acercó demasiado a su rostro. Sintió que se le aceleraba el pulso. Cogió un mechón de su cabello y se lo colocó detrás de la oreja. Sus ojos verdes le regalaban una vista preciosa con aquellas pestañas tan largas y la intensidad con que la miraba. El momento mágico se esfumó al sonar su móvil. Era Bastián. ¡Qué oportuno! Se separó de él y contestó.

—¿Sí? Hola... ¿Qué? ¿Cu-cuándo? ¿Mañana?... Bueno, ya me confirmas. Sí, claro, puedes pasar a verla. ¿Vendrás con tu novia?... Lo preguntaba para hacérselo saber a tu hija... Bien, me alegro. Todo controlado... De acuerdo. Hablamos.

—¿Va todo bien? —se interesó Markus.

—No. Mañana regresa mi exmarido de su viaje y quiere ver a Tanit. No sé cómo explicarle lo del golpe. Lo peor es que me tocará regresar a mi casa y, solo de pensarlo, me pongo mala.

—Yo mañana sí que no puedo escaparme. Tendré todo el día ocupado, tengo que trabajar.

—Por Tanit ya no tendrás que preocuparte, irá al colegio. En cuanto se vaya su padre, regresaremos aquí. Además, tengo que ir al hospital a quitarle los puntos.

—¿Mañana viene papá?

—Sí, hija. Te tengo que pedir un favor: no le cuentes, bajo ningún concepto, que no estamos viviendo en casa, y en cuanto a lo del golpe, dile que fue una compañera la que te pegó, pero que no sabes quién. ¿Podrás?

—Mamá, no está bien mentir.

—Tanit, no quiero líos. Tu padre podría acusarme de no quererte y denunciarme. Lo mismo aprovecharía para meterse él con su novia y nos quitarían la casa. Nos quedaríamos en la calle. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Está bien; si es por eso, lo haré.

—Piensa que solo será hasta que consigamos averiguar cómo deshacernos de este tedioso inquilino fantasma.

—¿Qué significa tedi... y lo que sigue?

—Odioso.

—Álvaro no es odioso.

—Me refería al demonio.

Sin hacer mucho caso de su hija, se quedó callada con sus propios pensamientos. Markus tiró de ella y la levantó.

—Venga, anda, ya que has preparado la comida, ¿qué te parece si preparamos la cena juntos? ¿Te apetece? Así te olvidas de todo por un rato.

Aquel plan le sedujo bastante y aceptó. La cena iba a consistir en unas empanadillas y ensaladilla. Mientras pelaba las patatas, Markus le reveló cómo se hizo chef. De siempre le había gustado cocinar y entró en un restaurante siendo muy joven, de aprendiz. Poco a poco, fue innovando y su jefe, al advertir sus dotes, le pagó un curso. ¡Con razón cocinaba tan bien! No se había dado cuenta, pero, sobre un plato con un paño, estaba la masa de las empanadillas preparada desde el día anterior. Le explicó que el truco para hacer una buena masa era dejarla reposar durante toda una noche.

—¿Te enseño a amasarla?

—Claro.

Se colocó a su lado y lo observó. Markus apretaba la masa con los puños para luego doblarla por la mitad y vuelta a empezar. Parecía fácil, solo había que ir añadiendo harina. Cuando le cedió el sitio, Arlet la aplastó con tanto ímpetu que expulsó un chorro blanco contra su delantal y se puso perdida de harina. Markus, al ver su cara, estalló en carcajadas. Ni corta ni perezosa, se embadurnó uno de sus dedos de harina y le dejó una marca en la cara. Acto seguido, se dio una batalla campal entre los dos. El fin de cada uno era manchar al contrario muertos de la risa. Markus cogió un puñado y ella temió que le salpicara los ojos. Los cerró con fuerza y se protegió con las manos entre súplicas. Como se extrañó de que no hubiera movimiento, abrió un ojo para espiarlo y fue cuando la atrajo hacia él. Su agitada respiración estaba muy cerca de su cuello. Le apartó un mechón de su cara con afecto. Ese gesto

tan delicado la pilló desprevenida. Se giró hacia él y sus caras quedaron muy pegadas. Las pupilas de él estaban ligeramente dilatadas. Markus acertó la distancia que había entre ellos y fue al encuentro de sus labios. El roce de su boca fue lento, lleno de ternura y sin presiones. Sus labios eran firmes y muy suaves. Un delicioso sabor a menta inundó sus papilas gustativas y le urgió explorarlo. Sin embargo, él no estaba dispuesto a que ella llevara el ritmo. La detuvo y profundizó en el beso. Quería explorar cada centímetro de los suyos demorándose más de la cuenta, como degustando su miel. Aquel juego estaba consiguiendo frustrarla. Sus enormes manos de dedos largos recorrieron su espalda despacio descendiendo hasta su cintura para estrecharla cada vez más. Su cuerpo se amoldaba al suyo con naturalidad, como si hubieran sido creados para fundirse en uno solo. Mordisqueó su labio inferior y un gemido de placer escapó de su garganta. Estaba abandonada a las maravillosas sensaciones que le causaban sus besos; una montaña rusa de la que no se quería apeaar.

Unos pasos en el salón los hizo separarse abruptamente.

—Tu hija puede vernos. Será mejor que lo dejemos para más tarde o no voy a ser capaz de controlarme. Te deseo aquí y ahora. —Del pantalón de Markus, sobresalía un bulto como consecuencia de aquella pasión que se había desatado entre ellos.

Por primera vez, deseó que fuera de noche ya. Ambos tuvieron que calmarse y hacer un esfuerzo sobrehumano para no enredarse de nuevo entre los brazos del otro. Nunca pensó que cocinar pudiera ser tan excitante. Cuando sus miradas se encontraban, reflejaban claramente el deseo que los consumía a ambos. Estar tan cerca y no poder tocarse era una tentación. Cuando terminaron de prepararlo todo, él marchó a poner la mesa. Arlet se apoyó contra la pared y cerró los ojos. ¡Qué intenso había sido su beso! Su corazón aún latía con fuerza.

Capítulo 15. ¿Dónde está?

A medida que llegaba la noche, Tanit parecía cada vez más inquieta. Ese repentino cambio preocupó a Arlet. Cuando la acostó, se tumbó a su lado y decidió mantener una charla con ella.

—¿Qué te preocupa, hija? —Le apartó el pelo de la cara y la besó en la nariz.

—La reacción de mis amigas. Tengo miedo a que nadie quiera jugar conmigo.

—¿Y por qué iban a hacer algo así?

—Porque les di miedo.

—Pero tú no fuiste.

—Ya, de todas formas, lo mismo mis amigas piensan que esa cosa va a volver a aparecer si estoy yo.

—Bueno, no adelantes acontecimientos. Igual ya ni se acuerdan. Y, además, si es así, seguro que enseguida se les pasa.

—No. Ya lo sabrá todo el colegio y me van a mirar mal. Ya lo verás.

—Bueno, pues se lo dices a tu señorita y que ella ponga orden. Si continúan molestándote, iré yo a hablar con el colegio. ¿Quieres?

La niña no parecía muy convencida, aun así, se conformó con esas palabras de aliento. Cuando Arlet salió de nuevo al salón, se desplomó sobre el sofá angustiada. Markus se acercó a ella y la abrazó.

—¿Qué le pasa a Tanit?

—Tiene miedo de la reacción de sus compañeros.

—Todo va a salir bien.

—No lo sé. Ojalá. Estoy preocupada. Cada vez suceden más cosas.

Tenerlo tan cerca de ella le hacía sentir muy bien. Con él, todo parecía más fácil, sin embargo, no se quería hacer ilusiones. Dudaba de si ella sería solo una conquista más en su larga lista. Tenía que admitir que quería algo más, sin embargo, no podía exigirle nada, solo vivir el presente. Lo que más le gustaba de él era que nunca la presionaba, siempre paciente, aguardando al momento idóneo. Levantó el rostro con tristeza y lo apoyó en su hombro. Las manos de él cosquillearon su rostro y se rio de buena gana. Él continuó bajando hasta su cuello en circunferencias. Unos pasitos interrumpieron el momento entre ellos.

—¿Qué te ocurre, mi vida?

Tanit estaba llorosa.

—Quiero que te vengas a la cama conmigo, quiero dormir abrazada a ti. No me gusta estar sola.

—Pero si siempre duermes sola, ¿qué te sucede hoy?

Markus se levantó y cogió a Tanit en brazos.

—Venga, Tanit, que tú eres siempre muy valiente. Además, tienes un protector muy especial. ¿Hay algo más que nos quieras contar?

—No.

La niña se negaba a levantar la vista del suelo.

—Será mejor que te vayas con ella —le sugirió Markus.

—Tanit, vete a dormir, no me vengas con pamplinas. Si te preocupa lo que me has contado antes, no es motivo para que estés tan ñoña.

La niña se agarró a su osito de peluche y retrocedió enfadada por el pasillo con largas zancadas.

—¿Crees que nos habrá visto juntos? —preguntó Markus.

—Ni idea, en cualquier caso, me niego a darle más importancia de lo que ya tiene. Si la sobreprotejo o le dejo salirse con la suya siempre, solo conseguiré que se acobarde y no se enfrente al mundo. Yo también tengo derecho a ser feliz. A veces, me pregunto si lo estaré haciendo bien como madre debido a estas circunstancias.

—Eso no lo dudes nunca. En cuanto a lo de ser feliz, ¿eso significa que soy yo quien lo provoca?

—Oye, ¡que nadie ha dado nombres!

Arlet se sonrojó y evitó mirarlo. No estaba muy segura de querer confiarle sus verdaderos sentimientos.

—Entonces, tendré que convencerte un poco más.

Se acercó a ella peligrosamente y mordisqueó el lóbulo de su oreja. Resultaba tan tentador que se dejó llevar. Se volvió para besarlo y Markus los arrojó a ambos al suelo. Tan solo le dio tiempo para ver cómo algo volaba en su dirección antes de caer con estrépito y romperse en mil pedazos

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustada.

Los dos se levantaron de un salto y vieron la imagen de una figurita.

—Demonios, ¡por los pelos! —Markus se volvió y caminó hasta el mueble donde estaba la estatuilla hasta hacía unos minutos.

—¿Qué nos ha atacado? ¿Y Tanit?

Arlet se precipitó al pasillo y se asomó a la puerta. Su hija estaba durmiendo con la luz encendida. Regresó junto a Markus, que ya barría los

trocitos.

—Creo que alguien no quiere que estemos juntos —se quejó ella.

—No, no es eso. Esa figura está ligada a las almas. El muchacho quiere decirnos algo.

—¿Pero el qué?

Empezó a dar paseos por la habitación intentando encontrar una explicación. ¿Y si todo lo que les hacía revivir era precisamente tropezar con la misma piedra? ¿Un círculo vicioso? Se levantó de golpe y se fue a revisar de nuevo la lista.

—¿Qué te ocurre, Arlet?

—Me preguntaba si todos los asesinatos estaban conectados de alguna forma, como si, tras uno, luego fuera el otro por coacción. Y así vuelta a empezar. Voy a buscar en Internet sobre la chica que me señaló el bolígrafo. Lo mismo hay algo.

Cogió su portátil y entró en el buscador. Puso el nombre completo con los apellidos y salió una foto escolar antigua. Se quedó estupefacta. Llevaba el uniforme de su colegio. Siguió bajando y encontró más información: mencionaba el barrio al que pertenecía y la panadería que regentaba su madre. Arlet se sorprendió al caer en la cuenta del distrito.

—Vivía dos calles más arriba de mi casa. ¡Qué raro! No recuerdo haber oído comentarios sobre ella a mis padres. Y es extraño porque su madre era ¡la panadera! ¿Cómo es posible que no la recuerde? Iba todos los días a comprar allí.

Trató de ahondar en sus recuerdos sin éxito, fuertes lagunas le impedían volver en el tiempo.

—Tengo que hablar con mi madre. Iba a mi mismo colegio, ¿cómo he podido olvidarla? Lo normal es que hubiera escuchado algún rumor por algún lado.

Se levantó de un saltó y fue a por su móvil. Consultó la hora antes de llamarla para asegurarse de encontrarla despierta.

—Mamá, ¿te acuerdas de la hija de la panadera, Eva María?... ¿Y por qué yo no? Iba todos los días a comprar allí... ¿Que jugaba con ella a la goma? No, no me acuerdo de nada... ¿Que por qué lo pregunto? Por nada. Es que he visto un periódico antiguo con su foto y, al ver de quién era hija, me ha llamado la atención, nada más. ¿Sabes si sigue viviendo por la zona?... ¿No? Vaya. La panadería cerró así que de su madre tampoco sabrás... Vale. Gracias.

—¿Y bien? —preguntó Markus.

—Según mi madre, jugábamos de vez en cuando. ¿Quizá se me ha olvidado por ser mayor que yo? —Siguió dándole vueltas. Era imposible que no le viniera a la memoria ninguna imagen de ella.

—No sé. Será mejor que vayas con tu hija. Lo nuestro puede esperar. Descansa. Mañana será otro día.

Le dio un beso en los labios y cada uno fue a su habitación. Quizá Markus llevaba razón. Se metió dentro de las sábanas y se acurrucó. En medio de la noche, notó un cuerpo caliente a su lado. Abrió los ojos de golpe y se giró con temor. Se dio cuenta de que se trataba de su hija. ¿Por qué se habría cambiado de cama?

Lunes, 30 de marzo de 2015

Tanit no se había levantado de muy buen humor. No paraba de poner pegatas y retrasarla e iban a llegar tarde por su culpa. Cuando llegaron al colegio, la niña se paró en seco frente a la puerta y se volvió junto a ella. Le dio un abrazo y un beso enorme que la conmovió. ¡Estaba tan rara algunos días! Aunque, con tantos acontecimientos tan fuera de lo normal, tampoco era de extrañar.

En la oficina, el día pasaba lentamente. Recibió un mensaje de Bastián contando que ya habían llegado al aeropuerto de Barajas. Quedó en verlo a la salida del colegio. Cuando se quedó a solas en su planta, se sentó en la mesa de su jefe y se puso a fotografiar toda la información de la compraventa y de las negociaciones. Si querían pillarlo, iba a necesitar más tiempo. Decidió llamar a su exmarido y pedirle que fuera él a buscar a la niña. Así ella recabaría todo lo necesario para implicarlo.

—¿Te importa? Es que no llego a tiempo. Así le das tú una sorpresa... Muchas gracias, Bastián. Adiós.

Con todo organizado, se compró un sándwich de la máquina y se sentó en su mesa a recopilar algunos datos del ordenador para rebatir los de él.

—¿Qué haces aquí aún, Arlet? —le preguntó Marga.

—Estoy sacando pruebas, por si las moscas. ¿Te vas?

—Sí, ya me voy. ¿Qué vas a hacer con Tanit?

—Va Bastián a buscarla.

—¿Está aquí en España?

—Sí.

—¿Y qué te dijo de la paliza de la niña?

—Aún no lo sabe. Como siempre está de viaje, no quería preocuparle. Pero, bueno, Tanit ya le explicará cuando le vea. Espero que no se lo tome a mal. Nos vemos mañana, guapa.

—Adiós, cariño. Suerte con eso. ¡Ya me vas contando!

Hizo una serie de pantallazos en los que se advertía el día y la hora de los informes, y sonrió satisfecha. Con eso bastaría para demostrar sus artimañas. Además, ya llevaba dos horas y pico de más de su hora de salida habitual. Estaba a punto de recoger cuando sonó su móvil. Era Bastián.

—¿Diga?... ¿Có-Cómo que no está?... ¡¿Pero es que has llegado tarde a buscarla?!... ¡¡Eres increíble!! ¡¡Para una cosa que te pido en tu vida y no eres capaz de cumplirla hasta el final!!... ¡Tu novia puede irse a la mierda!, ¿me oyes? ¡Tu hija debería haber estado por encima de ella...! Bueno, vamos a calmarnos. Lo mismo se ha ido con Marga. Voy a llamarla, ahora te digo algo.

Colgó furiosa y trató de tranquilizarse. Tenía que tratarse de un error: Tanit no se iría con ningún extraño.

—Marga, hola... Oye, por casualidad, ¿no te habrás llevado a Tanit a casa contigo?... ¿No?... —La bilis le subió hasta la garganta. No podía ser—. No sé... Mi exmarido ha llegado tarde a buscar a Tanit y dice que no está dentro del colegio... Sí, voy a preguntar en el *chat* de madres. Gracias.

Le colgó y comenzó a escribir con el pulso tembloroso. Gruesas lágrimas empañaron sus ojos, por ende, cometió numerosos errores al escribir. Esperó respuesta entre movimientos de intranquilidad. Se le hizo eterno hasta que recibió contestación: nadie la había visto. Con el revuelo que se organizó, en un momento todas las madres se volcaron con ella y prometieron compartir una foto de Tanit por las redes. Cogió el bolso y marcó el teléfono de Bastián.

—Vete ahora mismo a la policía y denuncia su desaparición. No, no está en ninguna de las ca-casas de sus amigas. Voy para allá —su voz se quebró por el llanto.

Colgó rota. Tuvo que apoyarse en una pared para coger aliento. Se montó en el coche y lloró un buen rato antes de arrancar. ¿Dónde estaba Tanit? No podía ser que eso le estuviera pasando a ella. Cuando creyó que ya era suficiente, introdujo la llave en el contacto, pero un dolor terrible en el pecho le hizo desistir. Tenía la sensación de que se le paralizaría el corazón. Realizó varias respiraciones de relajación como en Pilates y consiguió calmarse algo.

Durante el trayecto en coche, no conseguía concentrarse, solo pensaba en qué habría sido de su hija. Tenía que tratarse de un error. No podía desaparecer así sin más.

Fue hasta el apartamento que compartía con Markus y subió. Nada; en el descansillo no había nadie y dudaba mucho de que ella hubiera venido sola hasta ahí con una carretera nacional por medio, aun así, tenía que intentarlo. Se fue a su antigua casa y la buscó por los alrededores y el jardín de la entrada. Nada. Preguntó a las vecinas amigas de su hija. Nadie la había visto.

Su exmarido le había enviado un mensaje contándole que ya estaba en la policía de Boadilla. Llegó hasta allí con el semblante ceniciento. A Bastián lo encontró también desencajado. ¿Le estaría carcomiendo la culpa? Si había llegado tarde a buscar a su hija, había sido por llevar de compras a su querida en la Milla de oro. Esperaba que le dejara desplumado por imbécil.

Torció la cabeza con disgusto y se sentó a su lado con los ojos enrojecidos. Nada más acomodarse, le pidieron todos los móviles y datos de posibles personas a las que podría haber acudido, la ropa con la que había salido de casa y una foto de ella. Estaba tan nerviosa que se le trababa la lengua.

—¿Eso es todo? —Las palabras le atenazaban la garganta. Apenas un hilo de voz le salía.

—No, señora. Queremos hablar con usted a solas. —Pidió amablemente a su exmarido que saliese y, cuando quedaron solo ellos dos, el inspector continuó—. Tengo aquí una denuncia de unos golpes en una fiesta infantil.

—Sí, agente.

—Su padre no sabía nada.

—Olvidé comentárselo. Se lo íbamos a decir a la salida del colegio. No quería preocuparle, ya que estaba muy lejos.

Las lágrimas salían solas y el inspector le ofreció un pañuelo para sonarse los mocos.

—Quiero que sea lo más sincera posible; de ello depende que la encontremos. ¿Cómo es la relación de la niña con su padre?

—Muy buena. No es un padre que esté muy presente debido a su trabajo, no obstante, lo quiere mucho —dijo sin dejar de llorar. Tenía la cara irritada de tanto limpiarse.

—¿Alguna discusión reciente entre la niña y él?

—No, que yo sepa. Además, ha estado fuera de viaje todo este tiempo.

—¿Cómo se lleva usted con su hija?

—Perfectamente, como toda madre. Tiene sus días, pero nada más. Oiga, esta mañana estaba muy rara. Debido a aquel incidente del cumpleaños, no quería ir al colegio —dijo, sorbiendo por la nariz.

—¿Vio a la niña entrar dentro del edificio?

—Sí, sí, claro. No me voy hasta que la veo entrar.

—Preguntaremos al colegio por si no hubiese asistido a clases y se hubiese escapado nada más irse usted.

—¿Quién sabía que no iba a buscar a su hija aparte de su marido?

—Pues solo mi mejor amiga. Trabaja conmigo.

—¿Quién es? —dijo, buscando entre todos los nombres y teléfonos que le había dictado.

—Esta, Marga Morales Gálvez. Ha sido a la primera a la que he recurrido. Se ha quedado multitud de veces con ella porque es mi vecina y nos echamos siempre un cable.

—Bien. Anotado. ¿Sale usted con alguien?

—No, formalmente, pero sí hay alguien.

—Entonces, tiene pareja, ¿no?

—No. Es algo complicado. Nos estamos conociendo.

—¿Puede decirnos los apellidos y el nombre de esa persona?

—Lo siento, me temo que solo conozco su nombre. Es Markus.

—¿Puede describírmelo?

—Sí, con el pelo rapado, muy alto y fuerte, de ojos verdes, lleno de tatuajes...

El policía anotó todo lo que ella decía en un informe.

—¿Sabe dónde vive?

—Bueno, sí, claro.

Le dictó la dirección y esperó a que siguiera con el interrogatorio.

—¿Ha estado alguna vez en su domicilio?

—De hecho, estamos pasando unos días en su piso. He sufrido una avería en mi casa. ¿No pensarán que es él?

—Nosotros no pensamos nada, solo queremos conocer el círculo más cercano de la niña. Tendremos que hablar con él.

Arlet les facilitó su número y se desinfló en la silla. Era una pesadilla.

—Volviendo a él, ¿lo conoce de hace mucho?

—No. Lo cierto es que no, apenas una semana, sin embargo, se ha portado muy bien con nosotras. La niña parecía a gusto en su presencia.

Su confesión chirriaba. No hacía falta que el inspector hiciera un gesto

extraño para darse cuenta. ¿Quién en su sano juicio se iba a casa de un desconocido e iniciaba una relación tan pronto? ¿Cómo podía asegurar que él era buena persona? Pero los sucesos de los últimos días habían precipitado las cosas.

—¿A qué se dedica?

—Bueno, no habla mucho de su trabajo. Creo que ahora trabajaba como albañil y fue *chef*, aunque no sé mucho más. —Omitió lo del espiritismo para no enredarlo con preguntas más complejas.

Aun así, estaba dejando claro que no sabía nada de Markus, que era un perfecto desconocido para ella.

—Conoce a un tipo hace una semana y ¿se va a vivir ya con él? Señora, o no me está contando toda la verdad o suena bastante raro todo esto. ¿Sabe en el lío que puede meterse si miente?

—No estoy mintiendo, es la verdad. Supongo que es extraño. Digamos que entré en contacto con él por una serie de fenómenos paranormales en mi casa. Él es espiritista. —Ya estaba dicho.

—¿También es espiritista? —El inspector frunció el ceño. No parecía creerla en nada—. A ver, ¿había o no había avería en su casa?

—No había. Lo que había era algo raro y nos daba miedo estar allí. Por eso nos fuimos a su casa. Nos alquiló una habitación.

—A ver si lo he entendido: le llama para un caso anómalo y, como no sabe cómo acabar con eso, se trasladan a su casa. Entabla una relación con usted enseguida, y, ¿cómo sabe que no es un timador o un asesino?

—No puedo asegurar nada de eso. Lo que sí puedo decir es que, si hubiera querido matarla, pudo haberlo hecho los días que se quedó con ella en casa durante su convalecencia cuando tuve que irme a trabajar.

—¿Me está diciendo que dejó a la niña en manos de un extraño? —El inspector había cambiado su actitud hacia ella. La actitud con la que le hablaba no le agradó en lo más mínimo.

—Sí. No tenía con quién dejarla. Fue una decisión de última hora. Oiga, yo jamás he dejado a mi hija en manos extrañas. Siempre me ha ayudado mi amiga. Mi familia se desentendió de nosotras desde su nacimiento y la familia de mi exmarido no vive en España, por no añadir que mi marido nunca está. Y ya ve, para una vez que le pido algo, ni siquiera es puntual. No me juzgue a mí por mis últimos actos. El día de la fiesta no le atacó ninguna niña ni ningún adulto. Fue algo anormal, así que busque a mi hija y déjese de poner en duda mis decisiones.

—Está bien, cálmese. ¿Alguien puede confirmar que usted llevó a su hija al colegio?

—¿Me está diciendo que cree que he sido yo la que he hecho desaparecer a mi hija? Y sí, hay alguien. Varias madres a las que saludé.

El inspector la contempló con ciertas reservas. Se masajeó su escaso cabello grasiento y resopló.

—Confirmaremos su versión con ese espiritista y con las madres. Tenga el móvil a mano por si necesitamos hablar de nuevo con usted. Tendremos que tomar muestras de ambos pisos.

—Pero, ¿van a buscarla ya?

—Señora, entiendo su preocupación. Créame que estamos en ello. Tendrá noticias nuestras.

Arlet estrechó la mano que le ofrecía y salió de allí cabreada. Con la versión tan extravagante que había dado, ahora la cuestionada era ella en lugar de que buscaran al verdadero criminal.

Capítulo 16. El informe

Bastián estaba en la acera recostado sobre un coche con los brazos cruzados. Tenía la vista perdida. Le dio una voz y él se acercó a ella. La cogió del antebrazo con brusquedad y la guio calle abajo en dirección a un parque cercano.

—Arlet, ¿me puedes decir qué demonios le ha pasado a nuestra hija? La policía me ha preguntado por una denuncia de la que nada sabía.

—Eso debería preguntarte yo a ti. ¿Por qué tenemos una escalera y un ático en nuestra vivienda? ¿Por qué hay cosas raras allí? Y, ¿por qué coño has llegado tan tarde? Te odio, ¿sabes? Por tu culpa ahora no sabemos dónde está nuestra hija.

Rompió a llorar y le golpeó en el pecho, destrozada. No podía parar de recriminarle todo lo que sentía. Las facciones de él se transformaron y endurecieron.

—No lo he hecho a propósito. Y, en cuanto a lo del ático, te advertí que no tocaras esa parte.

—¡Tú no sabes lo que hemos vivido en estos últimos días! ¡Un infierno! ¿Era primordial ir a la Milla de oro? ¡Me das asco! Nunca has estado con nosotras. Te has desentendido tanto...

—¡Qué sabrás tú! Siempre he estado pendiente de vosotras.

—Entonces, ¡explícame lo del ático!

—Eso deberías hablarlo con tu madre primero. Y jamás me he desentendido. Precisamente, me he vuelto loco por evitar que algo le pasara a nuestra hija.

—¿Qué has dicho? ¿Me estás diciendo que sabías que algo malo le iba a ocurrir?

Bastián se paró en seco y se metió las manos en los bolsillos de su pantalón de vestir.

—¿Qué es lo que sabes? ¡Habla, maldito!

—Habla primero con tu madre. Creo que ella te debe bastantes explicaciones. Será mejor que me marche.

—Sí, ¡vete a dar un buen revolcón! Ya me preocupo yo de nuestra hija. ¡Como le hayas hecho algo, te las vas a ver conmigo, hijo de puta!

Se dio media vuelta y lo dejó con la palabra en la boca, buscó corriendo

su coche y se fue hasta el apartamento. No podía creer lo que le estaba pasando. Cuando llegó, Markus no se encontraba en él. Puso las noticias y el rostro de Tanit salía en todos los noticieros. No podía parar de llorar. ¡La extrañaba tanto! Quería tenerla en sus brazos, abrazarla y que le contara sus cosas. Su ausencia había dejado un vacío en su corazón tan grande que no sabía si podría aguantarlo. Se tumbó en su cama y aspiró. Olía a ella. Abrazó su osito de peluche y sollozó. La angustia la estaba asfixiando. ¿Qué podía haberle ocurrido a su pequeña? Era una niña inocente y buena.

Tenía la cabeza tan embotada que decidió darse una ducha. Le extrañó que ni su madre ni su hermano la hubieran llamado. A estas alturas, todo Madrid la estaría buscando. Se metió bajo el agua y se escurrió por la pared hasta quedar sentada en el suelo entre sollozos. Sus sombríos pensamientos la llevaron a pensar que nadie las quería. El sonido de una puerta le hizo espabilarse y vestirse a toda prisa. Necesitaba contarle a Markus lo que había pasado y advertirle de la llamada de los inspectores de policía.

—Hola —saludó ella con tristeza.

—Arlet, vengo de comisaría, ¿qué le ha pasado a Tanit?

—Ha desaparecido, Markus. Alguien se la ha llevado.

Markus la abrazó y la dejó llorar entre sus brazos antes de llevarla junto al sofá.

—Lo-lo siento. —La voz de Arlet se quebró por los sollozos—. Quería advertirte. Me interrogaron y, bueno, creo que no creyeron mi versión. Tuve que contarle lo de los sucesos extraños. Me dio la impresión de que pensaba que había sido yo.

—Me llamaron varias veces de comisaría. Cuando contesté, preferí prestar declaración lo antes posible. No tengo nada que ocultar, aunque me sorprendió que les hubieras contado lo de los sucesos paranormales. Arlet, escucha, pronto va a salir mucha mierda por televisión. Yo tengo un pasado del que me avergüenzo.

—No creo que eso me haga cambiar mi opinión de ti.

—No sé, puede que sí. Yo... Tengo cargos policiales. He estado en la cárcel.

Ella se volvió para observar su cara. Quería ver con sus propios ojos lo que tuviera que decirle.

—¿Te están acusando?

—Estoy seguro de ello y, por mi culpa, temo que te afecte a ti.

—¿Por qué fuiste a la cárcel?

—Por tenencia ilícita de drogas. Fue una trampa, lo juro. Alguien me quería fuera de circulación. Yo, por aquel entonces, trabajaba en un buen restaurante, me movía con gente importante y me hundieron en la miseria. Desde entonces, ando dando tumbos. Nadie quiere contratar a alguien con antecedentes. Gracias a algunos contactos que conocí a través de la cárcel, son los que me están echando un cable.

—No puedo imaginarme cómo te sentiste. ¡Qué duro!

No podía parar de llorar. Markus acarició su pelo y la acunó para tratar de consolarla y darle abrigo entre sus brazos.

—Arlet, lo siento mucho. Espero que la policía encuentre a tu hija.

—Markus, yo... Creo que no va a aparecer viva, creo que la he perdido para siempre. Cuando un niño desaparece es porque algo malo le ha sucedido. Yo no sé si voy a poder vivir sin ella.

—Quisiera decirte que todo va a salir bien, pero no puedo. Lo siento. ¿Quieres que te prepare algo?

—No tengo ni hambre ni sueño. Solo quiero que esta angustia se vaya.

Markus besó sus lágrimas. Se levantó y la dejó recostada. Arlet estaba consumida por dentro. Su espíritu sufría. Solo quería llorar y llorar. Cogió su móvil y vio docenas de llamadas perdidas y de mensajes. Ninguno era de su familia. Todo de amigas preocupándose por ella y de Gabriel, que se ofrecía para darle apoyo en lo que necesitase. No tenía ganas de contestar a nadie. La apatía se había apoderado de ella. Cuando él regresó a su lado, lo hizo con un tentempié.

—¿De verdad no quieres nada?

—No, gracias.

—Arlet, no caigas en un abismo. Ahora más que nunca necesitas ser fuerte.

—Nadie está preparado para algo así. No puedo ser fuerte si no me encuentro bien por dentro, si yo misma la doy por perdida.

—Vamos a esperar. La policía la está buscando. No tires la toalla antes de tiempo.

—¡Ay! Sniff, ¡cómo me duele el alma, Markus! Yo creo que anoche se estaba despidiendo de mí y por eso se levantó tantas veces. Ahora me siento mal por haberla rechazado.

Una lágrima escurrió de sus ojos esmeralda. Se abrazaron y permanecieron así mucho tiempo.

—Anda, vamos a intentar dormir un rato. Creo que nos vendrá bien a los dos.

Sin esperar respuesta, la cargó en brazos y la llevó a su habitación. Parecía un santuario de simbología pagana. Nunca antes había entrado en él y le sorprendió verlo lleno de caretas colgadas por las paredes que daban miedo. La tumbó con delicadeza y la arropó. Era tan considerado con ella que le conmovió. Se giró y escudriñó su cara. Su belleza dolía. Un suspiro entrecortado escapó de sus labios. Markus no perdía detalle de su mirada. Varias gemas saladas escaparon de sus ojos empapando la funda de la almohada. Alargó la mano hacia su rostro y fue secando el rastro que dejaban por sus mejillas. Al pasar por su boca, besó su palma con ternura. Su reacción lo animó a aproximarse a ella y posar sus labios en los suyos. Cerró los ojos y se dejó llevar. Más que nunca, necesitaba sentir el calor de otra persona.

Despertó desorientada. Todo estaba lleno de velas y le costaba respirar con tanto humo a su alrededor.

— ¿Mami?

No paraba de girar la cabeza para ver dónde estaba. No podía moverse y temblaba del frío. No llevaba puesta la ropa.

Markus profundizó en el beso al ser correspondido. Sus manos ascendieron lentamente por debajo de la camisola del pijama hasta acariciar sus senos. Ella arqueó la espalda y un suspiro de placer escapó de su boca.

Un hombre encapuchado se acercó a ella y recitó un salmo en un idioma desconocido. Trató de mover sus extremidades, mas unas enormes cuerdas la mantenían atada sobre un altar de piedra. No quería que se acercara a ella. Tenía miedo. Notó cómo el pis se le escapaba de entre las piernas.

— ¡Mami! — sollozó.

Ella le quitó la camiseta y recorrió con suavidad sus anchas espaldas. Mordió su hombro y gimió. Sentía cómo su virilidad estaba preparada para entrar en ella. Markus bajó sus manos hasta su cintura y se deshizo de su prenda íntima. Sus caricias la estaban volviendo loca de deseo.

Vio el brillo de un metal y el dolor fue horrible cuando entró en contacto con su piel. Chilló hasta quedarse ronca. La sangre que escapaba de sus cortes tiñó de escarlata la piedra. Tenía la frente perlada de sudor. Se había quedado sin fuerzas tratando de liberarse de sus ataduras.

Ella arqueó las caderas y fue al encuentro de su miembro viril. Él comenzó a moverse a buen ritmo dentro de ella. Se agarró de las sábanas y jadeó de placer.

Ya no podía más. Quería que aquella tortura acabara de una vez. Su cuerpo no soportaría ni un solo corte más. Ladeó su cabeza exhausta y descubrió una cara familiar.

— ¡Ayuda! — gimió.

El cuchillo se alzó hacia arriba y se clavó en su pecho. Soltó la última exhalación de aire que le quedaba en sus pulmones y la oscuridad lo cubrió todo.

Markus la embistió una vez más y los dos llegaron al clímax. Una lágrima escapó de sus ojos. Se abrazaron y notó que temblaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Arlet.

—No. Ya no siento a ese chico.

—¿Y eso es bueno o malo? —Se incorporó en la cama y estudió el rostro de él.

—No lo sé.

Tenía los puños apretados bajo su barbilla, lo que resaltaba las letras tatuadas de sus nudillos. Perfiló despacio cada una de ellas con sus dedos y se preguntó por su finalidad.

—¿Qué significan?

—No lo sé. Si te digo la verdad, la noche que me encontraron con aquel inmenso alijo de cocaína, me los debieron de tatuar. No recuerdo nada. Solo amanecí con ellas y con la policía dentro de mi casa. ¡Ni que yo fuera un camello! Me da rabia no saber qué ocurrió. Me marcaron como a una res.

—¿Y no hay nada que te dé una pista de quién pudo ser?

—Algo siniestro me ocurrió ese día. De niño veía cosas que nadie más que yo podía ver y oír. A medida que me hice mayor, dejé de prestarles atención y de escucharlos. Ese día estaba charlando con los jugadores del Real Madrid (a nuestro restaurante solían acudir muy a menudo toda la cúpula) cuando se apareció detrás de uno de ellos la figura de un ser un tanto inquietante. No podía verle la cara. Generalmente, era capaz de espantarlas al ignorarlas, mas no esa vez. El caso es que avanzaba hacia mí con un aura negra que no me gustaba nada. Quise moverme, pero mis piernas no me

obedecieron, como si mis pies se hubieran fijado al suelo. Metió su mano dentro de mí y sentí unos horribles pinchazos. Sin embargo, ningún grito emanó de mi garganta. Cuando conseguí el control de mi cuerpo, nadie había reparado en mi angustia. Fue como si no hubiera pasado nada. Yo no quise darle importancia, me fui al baño a refrescarme la cara y ya no recuerdo más.

—¡Vaya! Menuda historia.

—Desde entonces ya no desoigo las voces. El espiritismo me ha dado muchas satisfacciones. Es increíble la cantidad de gente que quiere contactar con el más allá.

Markus la atrajo de nuevo y ella se acurrucó en su pecho como un minino. Trató de dormir, pero no podía. Estaba inquieta.

De tanto tratar de mitigar los sollozos, el hipo se adueñó de ella. Era mejor levantarse a por papel y dejar descansar a Markus. Se sentó en el salón y recordó las últimas palabras de Bastián. No podía quitárselas de la cabeza. ¿Qué había querido decir con que había tratado de evitar que algo malo le pasara? ¿Y qué tenía que contarle su madre? Mañana iría a verla. No podía quedarse con la duda, necesitaba saber. Markus se levantó y fue a buscarla.

—¿No puedes dormir? Yo tampoco.

—Lo siento. No quería molestarte. Fui a por más pañuelos. De todas formas, estaba dando vueltas a algo que me dijo Bastián. Era como si supiera que algo le iba a ocurrir a Tanit. También me recomendó que hablara con mi madre para que me explicara lo del ático. Estoy muy confusa.

—Olvidé decirte que mi amigo me pasó ya los informes sobre él. No los he abierto aún. ¿Quieres que los repasemos juntos?

Arlet asintió. Tenía curiosidad por saber qué encontraría. Había muchísimas fotos de él. Lo primero que le sorprendió fue que en ningún momento había estado fuera de España los últimos días.

—¿Qué significa esto? —Arlet cargó con furia contra una foto. Bastián estaba en un chalet en la sierra de Madrid y su novia estaba con él. No entendía nada. Por lo que había averiguado, sí viajaba por su trabajo, pero no tanto como ella creía. Muchas veces se había alojado por distintos puntos de España según mostraban los registros de transporte—. ¿Se ha pasado media vida de Tanit viajando para no estar con nosotras?

—Parece que aprovechaba los días libres que tenía entre viaje y viaje de trabajo para visitar otros puntos del mapa español.

—No entiendo nada.

El informe arrojaba muchos datos: llamadas telefónicas, compras con una

tarjeta que pertenecía a una cuenta de la que Arlet jamás tuvo constancia, registro de todos los transportes y alojamientos que había usado, etc.

—¡Qué inocente he sido! Yo creyendo que solo compartíamos una cuenta y resulta que llevaba una doble vida. Cotejar estos datos y sacarle algo de sentido me va a llevar un mundo.

—Mi amigo ha encontrado el nexo de unión a todos esos extraños viajes: una secta religiosa llamada Nueva Vida.

—¿Nueva Vida? ¡Ay, madre! ¿Crees que le habrá hecho algo a Tanit?

—No lo sé, Arlet. Según mi contacto, curiosamente uno de sus miembros fue mi mentor en la cocina, algo que me ha sorprendido.

—¿Crees que lo que te pasó a ti te vincula de alguna forma con ellos?

—Puede. Parece que has venido a resolver las lagunas que tenía en mi vida.

Apretó su quijada con fuerza. Su mirada daba miedo. Presentía que quería venganza y limpiar su nombre.

—Estamos cada vez más cerca —comentó Arlet con tristeza.

Quizá demasiado tarde para Tanit.

Tenía un mal presentimiento.

Un mensaje saltó en su móvil. Era de su *mail*. Lo consultó y se dio cuenta que era de aquella *web* a la que había solicitado averiguar la heráldica de su familia. No le decían nada nuevo. Su apellido procedía de los árabes, de Medina, asociado a numerosas familias que lucharon contra los musulmanes durante la reconquista. Nada que ver con el resto. Su teoría inicial de que podía haber relación con las víctimas se desinfló.

Capítulo 17. Revelaciones

Martes, 31 de marzo de 2015

El despertador sonó puntual como siempre. Arlet se levantó corriendo a buscar su móvil. Había olvidado apagarlo. No tenía pensamientos de ir a la oficina, no obstante, ya que estaba despierta, escribiría un mensaje a su jefe y a la de Recursos Humanos para advertirles de su ausencia. Iría a por la baja al centro de salud sin tardar, aunque no se encontraba con fuerzas para nada.

—¿Qué haces? —le preguntó Markus.

—Creo que voy a ir al médico a que me recete alguna pastilla para poder dormir y a pedir la baja. ¿Te vas a trabajar?

—Sí. Tengo que ir. Intentaré regresar lo antes posible para que no estés sola con todo esto.

—No pasa nada. Tengo cosas que hacer.

Markus se despidió de ella con beso largo. Cuando se quedó sola, le dio pereza moverse. No tenía apetito. Sin embargo, se obligó a comer algo para recuperar energías. Llamó para pedir cita y al final tuvo que ir por urgencias puesto que su médico de cabecera tenía la consulta llena. La sala de espera estaba abarrotada de gente. Como tenía pinta de ir para largo, tomó asiento cerca de una televisión. No despegaba los ojos de la pantalla por si decían algo de su hija. Seguían buscándola. Mostraron su foto y una lágrima escapó al verla. Estaba preciosa y feliz en aquella fotografía de colegio.

—Es triste lo de esta niña, ¿verdad? ¡Cuánto loco hay por el mundo! Pobre criaturita —le comentó una señora mayor que se sentó a su lado.

Ella asintió con la cabeza. No tenía ganas de conversación, solo de irse de allí cuanto antes. La noticia hablaba del entorno, que cuestionaba su extraña desaparición. Los antecedentes de Markus salieron a relucir y ella se indignó al ver que insinuaban su implicación en la desaparición de Tanit.

—Tiene cara de malo. Con esas pintas, seguro que ha sido él. ¡Cabrón! —comentó de nuevo la señora.

—Las apariencias engañan, señora. No se puede acusar a una persona sin pruebas —replicó molesta Arlet.

Cuando vio su número en la pantalla de turnos, se alegró de alejarse de

aquella mujer. Le molestaba que la gente vertiera acusaciones tan libremente. Estaba a punto de salir por la puerta del hospital con la baja entre manos cuando recibió una llamada de un número desconocido.

—¿Diga?... —El móvil se le escurrió. Se internó de nuevo en el hospital y buscó una televisión.

—Noticia de última hora: la pequeña desaparecida Tanit Mancino Mendino ha sido hallada muerta en las inmediaciones de su colegio. De momento, no han trascendido muchos detalles sobre su muerte, aunque los testigos que han encontrado esta mañana su cadáver han relatado detalles escabrosos que apuntan a una muerte violenta...

Empezó a sentir que el aire no llegaba a los pulmones. Intentó tragar oxígeno, mas el pánico se había apoderado de ella y no fue capaz de controlarse. Se agarró el cuello y tuvo que ser asistida allí mismo por el personal sanitario.

Abrió los ojos despacito, pero los tuvo que cerrar a causa de una luz fluorescente que la deslumbraba. Cuando sus ojos se acostumbraron, vio que se encontraba en una sala blanca llena de máquinas y cables, tumbada sobre una cama de hospital.

—¿Cómo estás? —Bastián se levantó a observarla.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué le has hecho a mi preciosa hija, hijo de puta?

—El médico nos informó a tu madre y a mí como tus familiares más cercanos. Has sufrido un *shock* muy fuerte. Es imperante que te calmes, y no me acuses de algo que no he hecho.

—Te he investigado, cabrón. Has estado viajando en nombre de una secta. Lo sé todo, así que habla —exigió.

—Tu madre está aquí, cálmate. Creo que tenemos mucho de qué hablar.

No había reparado en su figura. Estaba sentada en aquellos incómodos sillones de hospital. Arlet se giró disgustada.

—Arlet, hija, creo que te debo muchas explicaciones.

—Si vienes a disculparte, llegas tarde, madre.

—No, no vengo a disculparme. Vengo a decirte que hay una forma de recuperar a tu hija.

—Madre, creo que no has escuchado las noticias. Está muerta. Que me haya desvanecido no significa que haya perdido la razón. ¡Ay, mi niña! ¡Por Dios! ¡Qué dolor tan grande! ¡Quiero que os vayáis los dos ahora mismo! ¡No quiero veros!

—Te vamos a llevar a casa, así que deja de decir tonterías —le regañó Bastián.

—Contigo no voy a ninguna parte. Tengo coche. No te necesito.

—No estás en condiciones de conducir.

—Pues llamaré a Markus.

—Arlet, hija, ese hombre con el que estabas ha desaparecido. La policía lo está buscando.

Desvió la mirada hacia su madre con incredulidad y bufó.

—Ha estado esta mañana conmigo y se ha ido a trabajar. Me estáis mintiendo.

—Toma, coge tu móvil y busca las últimas noticias. Lee si estás tan segura.

—Bastián le acercó su móvil bastante molesto y la observó cómo ella navegaba en Internet.

«El mundo. Martes 31 de marzo de 2015. La policía busca a Markus Popov por el asesinato de la niña Tanit Mancino Mendino. Es alto, lleno de tatuajes, con la cabeza rapada y muy peligroso. En la casa del sospechoso se han incautado bastantes narcóticos y una daga escondida en un armario con restos de sangre, que podrían ser de la víctima...». Siguió leyendo hasta que un detalle llamó su atención: «Según los primeros datos filtrados sobre el reconocimiento del cadáver, todo apunta a que la niña llevaba muerta tan solo unas horas antes de ser encontrada en una zona poco transitada y de difícil acceso. Se cree que el fugitivo pensaba volver a por el cadáver para deshacerse de él y que se ha dado a la fuga al verse descubierto...».

Si llevaba unas horas muerta, eso solo significaba una cosa: que la habían asesinado durante la madrugada y él había estado con ella en todo momento. Era imposible que hubiera sido Markus. Alguien tenía interés en inculparle. Frunció el ceño y levantó la vista hacia su madre y Bastián.

—La policía quiere hablar contigo. Han estado registrando nuestra casa también. Me tocó representarte debido a que no te encontrabas consciente. Veo que has descubierto la escalera y el ático —comentó Bastián enojado.

—Sí, y encontré todas aquellas pruebas que tanto te habías molestado en ocultar. Me las llevé a casa de Markus y, a estas horas, la policía las estará investigando. Espero que también hayan encontrado el informe que realizó un amigo de Markus sobre ti. Será cuestión de tiempo que empiecen a tirar de la cuerda y salga toda la mierda que hay detrás.

—Creo que no lo entiendes, Arlet. Allí no había nada de eso.

—¡Qué sabrás tú, Bastián! ¿Acaso has estado allí durante el registro? —

Arlet cuestionó sus palabras.

—No, yo no, solo en nuestra casa. Pero todas esas pruebas que, según tú, estaban allí, ahora están en manos de Nueva Vida. Ya se han encargado ellos de hacerlas desaparecer. Has conseguido tirar al traste con nuestras esperanzas de demostrar que ellos estaban detrás de todo esto.

—¿Ellos están detrás de todo esto? ¿Qué le han hecho a Markus? —Tragó saliva con dificultad.

—No lo sé. Ya has leído que lo han inculpado, así que lo habrán manipulado todo. Escúchame atentamente: tienes que regresar a casa, recibir al policía que está llevando el caso y apañártelas para inculpar a ese hombre. Invéntate lo que quieras: que te has dejado engañar como a una tonta..., sobre todo, nada de espíritus. Por favor, colabora con nosotros por el bien de tu hija.

—No pienso hacer tal cosa. Es más, pienso defender a Markus; él es inocente de los cargos de los que se le acusan. ¿También tengo que negar que algo pegó a mi hija una paliza el día del cumpleaños de su amiga?

—Tú deja que de eso se encargue el orden. Si no lo haces, tu amiguito y nuestra hija sufrirán las consecuencias de tus actos. En cambio, si colaboras, recuperarás tu vida anterior y a tu hija.

—¿Me estás chantajeando? ¿Puede haber más cosas de las que ya le han hecho a nuestra hija? Está muerta. Y a Markus, ¿qué le han hecho?

—Hija, ya está bien, vamos a casa y hablamos de esto allí. Este no es el momento ni el lugar. Es mejor que sigas sus instrucciones y no la lées más.

—Perdona, mamá, ¿estás de parte de él?

—Sí. Vamos a casa y te lo explicamos por el camino. Es más complicado de lo que parece, confía en nosotros. Danos una oportunidad de aclarar todo este embrollo.

Le tendieron su ropa y Arlet se fue al baño a quitarse uno de esos pijamas tan horribles de hospital. Estaba desconcertada. ¿Qué demonios estaba pasando? Ya no sabía si se podía fiar de ellos, su propia familia. Se sentía traicionada. Cuando salió, Bastián la esperaba con la llave de su coche y su bolso en la mano. La agarró del brazo, quizá para asegurarse de que no se escapaba y se despidieron con suma cordialidad del personal sanitario que la había atendido. ¡Qué falsos!

Hubiera querido revolverse, pero él le apretó su brazo con fuerza en un claro aviso. No hizo falta que le dijera dónde estaba aparcada. Parecía que ya lo sabían. Cuando llegaron a su vehículo, Bastián le abrió la puerta trasera y ellos se sentaron delante. Miró con tristeza a través de la ventana. El día había

amanecido lleno de nubarrones, como su vida, que amenazaba con ser una borrasca perenne.

—Hija, no hay nada que puedas hacer. Solo tienes que colaborar y todo saldrá bien.

—¿Por qué la han matado? —preguntó sin rodeos.

—Porque es así como piensan resucitar a Satanás. Necesitan nueve muertes y nueve resucitaciones. Nueva Vida lleva mucho tiempo para recuperarlo. Es su Dios.

—¡Qué fuerte! Matan a nuestros hijos para luego devolverlos a la vida, ¿y cuál es su fin? Traer a Lucifer, ¿y cómo? —Numerosas preguntas le rondaban por la cabeza.

—Es un pequeño engaño en el tiempo —continuó su madre—. Al devolverlos, se abre un vórtice que, algún día, permitirá salir a Lucifer de esa oscuridad.

—No entiendo nada. ¿Pensáis dejar que él regrese y cree el caos en nuestro mundo?

—Eso no es de nuestra incumbencia. Nosotros solo somos siervos que cumplimos órdenes. Nueva Vida es una orden religiosa muy poderosa que adora a Lucifer y nos da la oportunidad de reencarnarnos tras nuestra muerte. Nos concede la inmortalidad a todos sus miembros a cambio de un sacrificio.

—¿Me estás diciendo que perteneces a esa secta de mierda, mamá? Tú, que siempre nos has hablado de Dios.

—Sí, pero todo eso cambió cuando tu padre enfermó. No quería perderlo y ellos me ofrecieron una salida que creía, en ese momento, justa. Lo que no sabía es lo que me iba a suponer.

—¿Y tú? ¿Por qué perteneces a ella, Bastián?

—Arlet, en un principio me enfadé con tu madre cuando me habló de la orden. Ella me advirtió de que si teníamos un hijo, sería el elegido. No la creí. Entonces no éramos padres y éramos muy felices. La orden me contactó varias veces para que colaborara y no me gustó. Quise tener información privilegiada por si alguna vez la necesitaba y comencé a investigar por mi cuenta.

—¿Por eso estaban allí todas esas cosas en el ático?

—Exacto. Son pruebas que recopilé. Me costó lo mío conseguir algunos informes. No quería que nada malo os pasara. Cuando te quedaste embarazada, se me cayó el mundo encima. Sabía que se me agotaba el tiempo y no tenía nada. Un día se presentaron unos hombres en nuestra antigua casa. Tú no estabas. La orden me chantajeó. Amenazaron con arruinarme la vida si no

colaboraba. En un principio me mantuve firme, pero en la redacción hubo un cambio de dirección y descubrí que pensaban echarme a la calle para coger a otro por enchufe. Sabía que ellos estaban detrás y no tuve elección.

—¿Qué no tuviste elección?! Siempre hay una solución. Tomaste la vía más fácil y no me consultaste. ¡Decidiste por los dos!

—Sé que la habrías buscado y, precisamente, por eso no quise meterte en esto. Habrías sido una complicación y tenía miedo de que algo te pasara. Cuando compré esa casa, lo escondí todo y mandé construir esa endiablada escalera haciendo lo que ellos me pedían. Pensé que era lo mejor para los dos y nunca te ha faltado de nada.

—¿Que nunca me ha faltado de nada? Cariño, amor, comprensión, apoyo... Me ha faltado lo más importante. ¿Te parece poco? Y yo, creyendo como una estúpida que eras feliz conmigo.

Bastían soltó una carcajada irónica.

—Y lo era, joder. No me juzgues más, lo siento. ¿Cómo crees que me sentía yo? Una mierda. Era incapaz de mirarte. Por eso me alejé de ti. Me sentía fatal. Quería a nuestra hija, lo juro. Pero sin trabajo, no vives; además, luego habrían ido a por ti. Tampoco quería que truncaran mi carrera como reportero. Solo tenía que hacer una serie de encargos para ellos y nos dejarían en paz. Ahora te toca a ti cumplir con tu parte.

—¿Qué asco me das! Te has dejado comprar vilmente.

—He caído muy bajo, lo sé. Me siento vacío. Me refugié una temporada en mujeres hermosas, el dinero y el éxito para no pensar en lo que había hecho, para justificarme a mí mismo que había hecho lo correcto, sin embargo, nada de eso me hizo feliz.

Arlet giró la cabeza y fijó su mirada al otro lado de la ventana. No quería que, a través del espejo retrovisor, pudiesen advertir la repulsión que se reflejaban en sus ojos. La bilis le subió a la garganta. Le parecía nauseabundo todo lo que estaba escuchando.

—¿Y os da igual matar a inocentes y exponerlos a ese sufrimiento a cambio de venderos al mismísimo diablo?

—Siempre hay que pagar un precio, ahora lo sabemos —le confesó su madre con remordimientos de conciencia.

—¿Y el sufrimiento que generáis a todas esas familias?

—Todas las familias que se unen a esta comunidad están obligadas a ofrecer un miembro infantil para su sacrificio. Es el pago —le explicó su madre.

—¿Me estás diciendo que la familia de la hija de la panadera sabía que iba a ser sacrificada?

—Sí. Si entré en esta orden, fue a través de ellos. Su madre me confesó un día todo entre llantos; lo que no me contó fue el precio tan caro que hubo de pagar por ello.

—¿Les compensó?

—Supongo que sí. Tras su resurrección, montaron una empresa muy próspera que les dio multitud de ganancias. La panadería era un negocio muy dependiente y el marido de la panadera no estaba dispuesto a trabajar como un mulo sin disfrutar de la vida. Aunque ella nunca me comentó que, para ingresar, había que sacrificar a un miembro. Eso se lo calló—le contestó su madre.

—¿Por qué mi hija? ¿Por qué no los hijos de mi hermano, por ejemplo?

—Porque ellos no están tan unidos a sus hijos. Los tienen porque es lo que hacen todas las parejas. No tendrían ningún inconveniente en sacrificarlos para conseguir más cosas en esta vida. Siempre se eligen cuidadosamente a madres que estén muy apegadas a sus hijos.

—Supongo, madre, que, en tu caso, tú no estabas muy apegadas a nosotros —le reprochó Arlet.

—Supongo que no tanto como yo creí. En el fondo tengo que admitir que lo hice porque tu padre quería descendencia y yo quería hacerle feliz. Ellos me exigieron el pago de mi primer nieto, o sea, tu hija.

Arlet meneó la cabeza con incredulidad. A su propia madre le había dado igual que ella fuera a sufrir lo indecible.

—¿Y qué tiene de especial esa escalera?

—Ignoramos su función en toda esta representación, solo sé que has de tenerla y punto. Ya nos enteraremos a su debido tiempo de para qué sirve —dijo un apenado Bastián.

—¿La has matado tú? Al menos dime quién ejecuta esos actos tan horribles.

—La propia madre del hijo asesinado. Algunas tardan años en hacerse a la idea. El tiempo hace que las mine por dentro. A ti te pasará igual. Querrás tenerla entre tus brazos. Arlet, puedes recuperarla, solo tienes que sacrificarte un poco.

—Eso no es un pequeño sacrificio, Bastián. Me estás pidiendo que asesine a una criatura inocente. ¿Te estás escuchando?

Por fin, llegaron hasta su casa y aparcaron en el garaje. Se metieron todos

dentro y Bastián le hizo entrega de todas sus pertenencias.

—Bueno, ahora que ya sabes todo, espero que colabores. Solo tienes que seguir sus instrucciones y todo irá bien. —Su madre fue a darle un beso y ella torció la cabeza con resentimiento.

—No quiero que te acerques a mí. Me habéis decepcionado los dos, y ahora yo he de pagar los platos rotos para expiar vuestros pecados.

—Lo sentimos de veras. Por eso no quería coger cariño a tu hija. Ahora ya lo sabes todo —lloriqueó su madre. Bastián también parecía arrepentido.

—Una última pregunta, ¿sabes la identidad de la madre, Bastián?

Sorprendido, frunció el ceño.

—Por supuesto que no. ¿Tú querrías saber quién va a asesinar a tu hija? Porque yo no.

—¿Llegaste tarde a propósito? —Bastián agachó la cabeza—. ¡Contesta!

—Sí, joder. Me llamaron y me pidieron expresamente que me retrasara un poco.

—Fuera. ¡Fuera los dos!

Ninguno osó replicar. Ella les abrió la puerta y la cerró de golpe en cuanto pusieron los pies fuera. Se sentó en el salón con la mirada vacía y sin reaccionar. ¿Su madre y su exmarido le estaban pidiendo que le hiciera lo mismo a otra criatura? ¿Y quién era la madre de ese chico que se había ensañado con su hija? ¿Y Markus? No podía parar de pensar en él. No podía soportar más dolor en su pecho.

Fue a prepararse una tila para ver si conseguía calmarse, cuando recibió un mensaje de Recursos Humanos. Pensó que sería para algo relacionado con la baja. Con desidia, lo abrió para ver de qué se trataba.

Muy Sra. nuestra:

Por la presente, le comunicamos que la dirección de la empresa ha decidido extinguir la relación laboral que mantenía con Ud. mediante despido disciplinario, en virtud de lo establecido en el art. 54 del Estatuto de los Trabajadores.

Las razones que motivan el despido son las siguientes:

La trasgresión de la buena fe contractual, así como el abuso de confianza en el desempeño del trabajo.

Los hechos descritos constituyen un incumplimiento contractual grave y culpable de sus obligaciones para con la empresa, por lo que no nos queda más remedio que proceder a su despido disciplinario, con efectos a partir del

día 15 de abril de 2015.

En la citada fecha tendrá a su disposición la cantidad que le corresponde en concepto de saldo y finiquito hasta ese día, quedando definitivamente extinguida la relación laboral que le une con la empresa.

De conformidad con lo establecido en el art. 49.2 del Estatuto de los Trabajadores, se adjunta en el documento anexo la propuesta detallada de saldo y finiquito.

En el momento de la firma del finiquito tiene Ud. derecho a ser asistido por un representante de los trabajadores, habiéndose dado traslado al comité de empresa/delegado de personal de esta decisión a los efectos oportunos.

Rogándole acuse recibo de ambos documentos, le saluda atentamente.

¡¿Qué?! ¡Serán cabrones! ¡Hijos de p...!, no terminó el insulto de lo indignaba que se encontraba.

Releyó tres veces la carta de despido y bufó. La habían puesto de patitas a la calle sin ningún tipo de consideración y, más, sabiendo sus actuales circunstancias. Se sentó apesadumbrada sobre el sofá y sollozó. A decir verdad, tampoco entendía mucho lo que allí se decía debido a la terminología usada: ¿a qué se referían con la trasgresión de las normas? Descartaba preguntarle a Gabriel en esos momentos, ya que no le parecía correcto contactarlo para temas laborales cuando ni había respondido a sus mensajes. Asimismo, tampoco estaba segura de querer ser readmitida ni luchar por ello. Quizá Bastián tenía razón y la secta lo tenía todo controlado. Lo que más rabia le daba, era que todo su esfuerzo por demostrar el juego sucio de su jefe había sido en vano. Una pérdida de tiempo que le había costado la vida a su hija. Se preguntó si toda aquella documentación que había recopilado le habría servido de algo.

Capítulo 18. Atrapado

Markus se despertó desorientado. Todo estaba tan oscuro que no veía nada. Lo último que recordaba es que su jefe le había mandado a la caseta en busca de material. Abrió la puerta y recibió un mazazo que lo dejó atontado. Tiempo después, se palpó el cráneo y un tintineo de cadenas sonó. Tenía un buen chichón y un par de puntos. Alguien le había curado. Siguió explorándose el cuerpo y se encontró encadenado de piernas y manos. Tiró de las cadenas y se dio cuenta de que era prácticamente imposible abrir aquellos pesados grilletos que apresaban sus muñecas y tobillos. Estaba en vertical y desnudo de cintura para arriba. Escuchó unos pasos al otro lado, descorrieron un cerrojo y una puerta de hierro chirrió al ser abierta. La luz le obligó a entrecerrar los ojos, hasta que la vista se acostumbrara. Le costaba enfocar.

—Veo que ya has despertado, bello durmiente —le dijo una voz demasiado familiar para él.

—¿Qué hago aquí, Jaime? ¿Por qué estoy retenido? —preguntó con frialdad.

Era su antiguo socio. Lo encontró muy envejecido, con el pelo completamente blanco y la piel surcada de arrugas. Seguía siendo un tiarrón de manos grandes e inmensa panza. Le inquietó el brillo de crueldad que se asomaba a sus ojos.

—Verás, hijo, creo que hay una historia que no sabes sobre ti. ¿Recuerdas algo de tu infancia, de tu madre?

—No recuerdo nada de mi madre. De sobra sabes que todos mis recuerdos son de aquel orfanato religioso. Jamás me contaron mi procedencia y eso que se lo pregunté al padre Miguel mil veces. Siempre me contestó que era mejor que ignorase mis orígenes.

—Sí. Fue muy lista tu madre. Te confió a una orden religiosa de difícil acceso y te cambió hasta los apellidos. Eso consiguió despistarnos. Te hicieron creer que no tenías familia. La muy zorra nos dijo que habías muerto, aunque pagó cara su osadía. Tiene gracia —se rio—, la suerte quiso que cayeras en mis manos años más tarde. Yo no te habría relacionado nunca, pero nadie escapa a la mirada de Lucifer. Fue él el que, a través de mí, se comunicó contigo.

—¡Qué hijo de puta! Eras mi mentor. Te creí mi amigo y me hundiste. ¿Por

qué me tatuasteis estas letras? ¿Qué significan?

—Está muy claro: son las iniciales de los apellidos de cada uno de los niños muertos. Tú eres el noveno, el que nunca pudimos encontrar y, por tu culpa, tuvimos que elegir a otro para sustituirte. Un pequeño contratiempo, ahora sin importancia, ya que vas a servirle de otra forma. Lucifer tiene un nuevo plan reservado para ti mucho mejor. Vas a morir y él se va a reencarnar en ti.

—¡Cabrón! Suéltame.

—No. Muy pronto tu nueva querida se encargará de ti. No hay escapatoria ya que lo hará para recuperar a su hija.

—¡No! Dejad en paz a Arlet. ¿Qué le habéis hecho a su hija?

—Sacrificarla. Ya solo quedas tú y ella será la encargada de hacerlo.

—No. No lo hará, no es una asesina.

—Claro que sí. Ya se encargará su familia de convencerla por su bien.

—¡No podéis hacerme esto!

Movió los grilletes, mas solo consiguió lastimarse las muñecas. Las risotadas de Jaime le enfurecieron.

—Dentro de nada te prepararemos para el ritual. Disfruta de tus últimos días de vida.

Markus rugió furioso. Impotente, hundió sus hombros. No podía creer que ese fuera su final. Las palabras de Jaime habían calado en él. No recordaba a su madre, pero saber que le habían hecho algo le llenó de rabia. Al menos, ella había encontrado una forma de burlar a Satanás. La prueba era él, que no había sido asesinado de niño. Si lo había conseguido una vez, ¿habría alguna forma de evitar su muerte ahora? Se estaba desesperando. No quería morir. Por fin había encontrado una mujer que le hacía vibrar y no le había dado tiempo a decirle a Arlet lo mucho que le gustaba. Pensaba declararse esa noche con un ramo de rosas rojas. Se había enamorado de ella desde la primera vez que la vio, tan bonita y tan vulnerable. Estaba tan asustada que ardió en deseos de protegerlas a ella y a su hija. Cuando aceptó a quedarse a dormir en su casa, no hizo falta que le insistiera mucho ya que quería estar cerca de ella. Y después, le ofreció su piso para tener una oportunidad de conocerla mejor. Quería enamorarla. ¡Cómo le molestó saber que estuviese tratando de entablar una relación con aquel abogaducho! Cuando lo pilló intentando besarla, le dieron ganas de partirle la cara allí mismo. Descubrir que no estaba interesada en él lo animó a acercarse más y, con mucho tacto, tratar de que se fijara en él. Era la primera vez que desnudaba su alma a una

mujer. Hacer el amor con ella había sido como ir al cielo. ¡Demonios! ¡Lo que le había costado controlar a su amiguita! Se endurecía nada más verla... Si bien no quería presionarla, y más con todo lo que estaba sufriendo. Debía ir poco a poco para no asustarla.

¿Habrían notado su ausencia? Ella, sí. Había prometido regresar esa misma tarde para apoyarla. ¿Le echaría de menos o, por el contrario, habrían conseguido, de alguna forma retorcida, convencerla para matarlo? Se torturaba con cientos de preguntas. Le volvía loco no saber qué estaba pasando en realidad y se llenaba de impotencia al pensar que podían estar vertiendo viles mentiras, que ella pudiese odiarlo. Si al menos le dejaran verla...

Suspiró dolido. Quería estrecharla entre sus brazos, besar sus labios y hacerle el amor. Quería pasear, reír y tener preciosos hijos con ella. Se los imaginaba rubios de ojos claros. Mierda. Quería una vida en pareja. Ella se merecía que la amasen. Desde que la había conocido, vio que le desconcertaban sus muestras de cariño y apoyo, que no estaba acostumbrada a ellas. Una mujer tan admirable como ella, fuerte y amorosa con su hija, se merecía el mundo a sus pies. Tenía que estar sufriendo mucho si ya sabía de la muerte de Tanit. ¡Tanto investigar y no habían conseguido evitar su muerte! ¡Qué coraje! El muchacho siempre decía que era mejor dejar que la asesinaran, que, después de ella, había una forma de romper aquello. ¿Cuál? No le dio tiempo de comunicarse con él. Tenía que haber insistido más. Quizá el chico se equivocó y sí había otra forma. ¿Y si se había dejado engañar y en realidad estaba siendo manipulado por Lucifer?

Él no tenía trabajo. Debería haberle echado huevos y haber desaparecido con ellas. Ahora ya nada de eso importaba. Estaba incomunicado.

Cuando le trajeron la comida, le aflojaron las cadenas y pudo sentarse en el suelo, aunque apenas probó bocado, ya que se le había cerrado el estómago. Estaba recluido en una habitación sin ventanas. Como le mantenían a oscuras, perdió la noción del tiempo y acabó vencido por el sueño.

—¡Despierta, capullo! Aquí tienes tu cena.

Markus gruñó. El tipo que se encargaba de alimentarlo parecía disfrutar molestándolo. Su comida era muy ligera: tortilla francesa, un coscurro de pan y fruta. Esa vez el estómago le rugió y rebañó hasta la última miga. Como no tenía nada mejor que hacer, se dedicó a hacer un poco de deporte. Comenzó con dominadas, tríceps y sentadillas. Necesitaba entretenerse con algo o se volvería loco. El sudor perló su frente y espalda. Notaba sus músculos en tensión. Siempre había trabajado mucho su cuerpo porque le gustaba estar en

forma. Lo único poco saludable que hacía era fumar. No es que estuviese muy enganchado: con un par de pitillos para desquitarse, podía pasarse perfectamente semanas sin hacerlo. Era un vicio absurdo, la verdad. Llevaba tiempo pensando en abandonarlo definitivamente. En cambio, ahora echaba de menos dar unas caladas. Al menos habría calmado su ansiedad.

Dio varios puñetazos al aire y gritó furioso. Necesitaba distraerse para que la rabia no se adueñara de su espíritu. Unos golpes de aviso al otro lado de la puerta le enfurecieron aún más, hizo caso omiso y continuó hasta que cayó agotado. Con la respiración entrecortada, entre aliento y aliento, buscó una postura cómoda para dormir. Casi prefería echar unas cabezadas y no pensar.

Cuando despertó, hizo una muesca en la pared con el tenedor para apuntar el nuevo día transcurrido. Su cabeza iba a mil por hora. No paraba de darle vueltas. Todas aquellas pruebas no los habían llevado a nada ni habían podido evitar la muerte de Tanit, tal y como el chico les había advertido.

Ella debía ser la última.

Esa frase se le había quedado grabada a fuego en su mente. Entonces, ¿qué no habían advertido ni Arlet ni él? Aquellos periódicos le estaban diciendo los nombres de todos los niños asesinados. ¡Qué ciego no haberse dado cuenta de que él llevaba tatuadas sus iniciales! Si hubiera prestado más atención...

Tenía que haber algo más. No podía ser que su existencia acabara allí. Si no había sacrificio, no podrían resucitar a Lucifer. Le necesitaban para eso. Había estudiado cómo escapar de esa celda. Sin embargo, veía mermadas sus posibilidades. Su carcelero no llevaba las llaves encima para soltarse de los grilletes. Podría reducirlo, aunque de nada le iba a servir si no podía liberarse. Un siseo en un rincón le erizó el vello. Escuchó con atención y percibió una serie de pasos sigilosos. Allí había algo y no estaba vivo. Podía sentirlo. La temperatura bajaba cuando alguno de ellos quería contactarlo.

—¿Quién eres? —preguntó.

Una luz tenue surgió de la nada e iluminó el habitáculo. Poco a poco fue vislumbrando el perfil de una niña traslúcida. Aquella silueta tan inconfundible le hizo llorar.

—Tanit, ¿eres tú?

La chiquilla irradiaba paz y sosiego. Se acercó hasta él y posó su mano sobre el hombro de él. Ese contacto calmó su agitado espíritu y le insufló ánimos. Nunca antes la muerte le había pisado los talones tanto como ahora.

—Pequeña, ¿cómo estás?

La niña permaneció estática en el mismo lugar sin reaccionar ante sus palabras.

—Ahora estoy yo en tu situación. Las tornas se han cambiado, ¿eh? Y esta vez la justiciera me temo que será tu madre —le habló como si ella pudiese comprenderlo—. No sabe que, si me mata, traerá a Lucifer.

Ella se giró asustada y le posó los dedos en los labios para acallarlo. El cerrojo sonó y Tanit desapareció. Las sombras volvieron a cubrir la estancia.

—¿Qué tal estás hoy, Markus? —Su socio entró con una bandeja de comida y una sonrisa cínica en la cara. Enfrentó su mirada a la de él y dio un tirón fuerte de las cadenas. Jaime pegó un bote—. No me das miedo.

—Suéltame y lo comprobamos —le desafió.

—No, paso.

—Cobarde.

—No soy cobarde. Soy inteligente, Markus. Tú eres nuestro prisionero y yo solo vengo a recordarte que te queda menos.

Se despidió de él con una fuerte risotada y volvió a cerrar la puerta. Jaime podía ser un grandullón, pero sabía de sobra que él lo tumbaría de un solo puñetazo. Cuando volvió a quedarse solo, se preguntó si el espíritu atormentado de Tanit volvería a visitarlo. Aquella niña era muy especial, al igual que aquel chico, Álvaro. A decir verdad, todos ellos tenían algo en común: podían contactar con el más allá. De alguna forma, una rendija se abría y les permitía contemplar una parte de aquel remoto lugar. ¿Habría resucitado? Dejó de sentirlo la noche que Arlet y él se acostaron juntos.

Arlet recibió muy nerviosa al inspector y a otro agente. Les ofreció un café y ella se hizo una tila. No quería abusar de las pastillas, ya parecía un zombi.

—Antes de nada, quería transmitirle mi más sentido pésame.

—Gracias. —Arlet contenía las lágrimas a duras penas. Su voz quebradiza le jugaba malas pasadas a cada minuto.

—Bueno, creo que ya le han puesto al corriente de las últimas investigaciones. Hemos hallado el arma del crimen, aunque hay algo que no me encaja en esta historia. Llámeme desconfiado, pero todo estaba demasiado a la vista. Lo normal es que el asesino se deshaga del arma homicida, no que

se la lleve a su casa y la guarde. No sé si me explico.

—Inspector, vaya al grano. Tengo la cabeza embotada. Si da rodeos, no sabré a dónde quiere llegar.

—Lo que quiero decir es que las versiones de su desaparición son muy raras. ¿Dónde se encontraba anoche a las tres de la madrugada?

—En el apartamento de Markus.

—¿Y él?

Se encogió de hombros con fingida inocencia y añadió:

—Supongo que en su cuarto.

—¿Está segura?

—No puedo asegurarlo. Yo no controlo si estaba dentro —mintió con descaro.

—¿Lo escuchó salir en medio de la noche?

Disimular no era lo suyo y el inspector debía de intuirlo, no era tonto. Tenía ganas de defender a Markus, sin embargo, temía que lo hiriesen si metía la pata.

—No lo sé. No puedo asegurarlo. Yo me tomé una de esas pastillas que me recetó el médico para dormir y no me levanté hasta el día siguiente. —A este paso, le iba a crecer la nariz como a Pinocho con tanta mentira.

—Ya. Veamos, él no pudo ser. Las heridas fueron hechas por una mujer.

—¿Y?

—No parece sorprenderle.

—No he dicho tal cosa —replicó molesta. En su lugar, una idea loca comenzó a fraguarse en su mente—. ¿Está pensando que fui yo? Pues adelante, espóseme. Lo confieso, he sido yo. Cogí ese cuchillo y la maté porque me molestaba para vivir. Y le cargué el muerto a él porque pensaba abandonarme.

El inspector no se movió. Simplemente, cogió un lápiz y lo puso encima de la mesa.

—Bien, ¿puede redactar esa confesión en este papel?

Le tendió un formulario policial y Arlet lo redactó. Si la detenían, no podría matar a ninguna criatura y se abriría una posibilidad de truncar los planes de Lucifer.

—Ahora quiero que coja este lápiz y me diga cómo la mato.

—Pues asestándole varias cuchilladas.

—Pues dígame cómo.

Ella cogió el lápiz en alto y representó las cuchilladas.

—Arlet, miente. Usted no fue. En primer lugar, porque la mujer que mató a

su hija era zurda, y usted ha escrito y cogido el lápiz con la misma mano: la derecha. No fueron cuchilladas todo lo que recibió. Se le infringieron nueve cortes por todo el cuerpo con la intención de que sangrara sin morir. Y la persona que atravesó su pecho tuvo que sacarle el corazón y morderlo. Se tragó una parte. Esto suena a rito satánico. Así que, o me dice que está pasando aquí o no podré ayudarla.

Arlet enmudeció. La policía siempre se guardaba un as bajo la manga, filtraba información sesgada a la prensa para descubrir al asesino.

—Si me quiere ayudar, deténgame y enciérreme en una celda de por vida.

—¿Alguien la coacciona?

—Usted es el inspector.

Se acomodó en el sofá con desinterés.

—Entonces, acompáñenos a la comisaría. Queda detenida por obstruir a la justicia.

Cuando la metieron en la celda, se sintió segura. Esperaba ganar algo de tiempo para pensar.

—¿Qué vas a hacer con ella? —le preguntó su compañero al inspector.

—Vamos a ver quién viene a rescatarla. Nos llevará a sus asesinos. Mucho me temo que es todo un complot de varias personas.

—¿Crees que ella está implicada?

—No. Ella es inocente, tan solo un peón. Vamos a vigilarla.

Capítulo 19. El abogado del diablo

Bastián colgó furioso. Buscó entre sus contactos y marcó un número.

—La han detenido... Bien, pues, como no la saquéis de ahí, ya me dirás cómo vamos a preparar el ritual... Está bien. Espero.

Se levantó asustado y se atusó el pelo.

¿Qué demonios estaba haciendo su exmujer? ¿Se había vuelto loca? Recibió otra llamada para avisarle de que ya estaba el abogado en camino y muy pronto estaría fuera. Genial.

Arlet estaba tumbada sobre aquel incómodo asiento de cemento. Dormitaba a ratos entre constantes pesadillas, despertándose angustiada a cada rato. Un sonido de llaves la obligó a incorporarse. El policía venía acompañado de ¿Gabriel?!

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Me han avisado de que te habían encerrado. Tu marido me ha contratado para sacarte y eso es lo que estoy haciendo. He pagado la fianza. Eres libre.

Arlet no se movió de donde estaba. Se había quedado sin habla.

—No. No quiero salir.

El policía la cogió del brazo y la forzó a abandonar la celda.

—Señora, recoja sus cosas. Nosotros no podemos retenerla si la ley la suelta.

Gabriel la acompañó hasta afuera. Esperó a estar a unos metros de la comisaría para volverse hacia él e increparle.

—¿También trabajas para ellos?

—¿Y quiénes son ellos?

—Esa secta de mierda, Nueva Vida o como quiera que se llame.

—Yo soy un simple abogado, Arlet. Tengo muchos clientes. Siento lo de tu hija.

—No me compadezcas. No sabes lo que se siente.

—He tratado de ser paciente contigo, aunque ya veo que no quieres nada

conmigo. Haberlo dicho desde el principio y no habría perdido el tiempo.

—¿Qué? ¿Cómo puedes ser tan insensible? ¡He pasado por cosas horribles! En un principio quise conocerte. Siento que las desgracias me hayan perseguido, sin embargo, eso no te da derecho a tratarme como a una idiota. ¿Están ellos detrás? ¿También manejan las redes de contactos?

—¿Crees que alguien como yo se fijaría en alguien como tú? —le espetó con crueldad. Por fin, se descubría y veía las orejas al lobo. El desprecio con que la trató le produjo arcadas—. Solo tenías que enamorarte de mí y todo habría sido más fácil para ti. Pero bueno, ahora eso ya da igual. Lo importante es que me contactaste para asesorarte con respecto a tu jefe.

—¿Qué tiene eso de especial? —Comenzaba a preocuparse.

—Querida, ¡qué lástima me das! En realidad, únicamente hay que saber de qué hilo tirar, para que las personas te confíen sus secretos. Eso nos ha facilitado mucho las cosas contigo. Todo lo que has hecho para incriminar a tu jefe, solo era un señuelo para tenerte entretenida y hacernos con tu hija. No fue casualidad que vieras aquel *email* ni que encontraras su contraseña. Sabíamos que eras una metomentodo y que caerías en la trampa. Como ya desempeñaste tu función, había que darte un último empujoncito y despacharte.

—¡Bastardo! ¡Qué asco me das! ¿Era necesario quitármelo todo? ¿Hasta el trabajo? —preguntó sulfurada.

—Pues claro, so boba. Es para asegurarnos de que colaboras. Ahora que ya lo sabes, creo que será mejor que te acompañe hasta casa y esta vez no hagas ninguna tontería.

—¿Me estás amenazando?

No se dignó a responderle. Se dirigió a un BMW con los cristales tintados y la invitó a entrar. Se quedó petrificada al reconocer el coche que había visto por los alrededores del colegio. Siempre había estado vigilada, ahora se daba cuenta de ello. Nada de lo que hubiera hecho iba a cambiarlo. Había sido un peón. Cuando la dejó en la puerta, agradeció que se quedara dentro del coche. Lo espío a través de las cortinas y lo vio hablando con el manos libres. Se imaginó que estaba informando a sus superiores. Cuando lo vio alejarse, se subió desesperada a su habitación, cerró la puerta con el pestillo y lloró hasta hartarse. Se sentía una completa idiota. La habían engañado todos. Pero, ¿qué papel tenía en aquella trama Markus? ¿También había sido fingido lo suyo? ¿Sería verdad que estaba retenido en contra de su voluntad o se estaba riendo de ella en esos momentos? Las dudas la asaltaban a cada minuto, hundiéndola en la más absoluta miseria. Se sentía defraudada por todos. Le habían quitado

lo único que le daba amor sin pedir nada a cambio: su hija. Sin ella, había perdido el rumbo y hasta la cordura. ¿Y todo para qué? Para satisfacer unas necesidades banales. Para ella, que era creyente, su fe se estaba tambaleando. No podía creer que la abandonase de esa forma.

Un chisporroteo en la bombilla le hizo dar un brinco. Su corazón comenzó a palpar como loco. Esperó a que se apagara la luz y, cuando vio que nada sucedía, se armó de valor y salió de su cuarto. Escuchó atentamente y, al no percibir nada, se recorrió la casa por completo. No se quedó tranquila hasta comprobar cada rincón. Falsa alarma. Lamentó aquella distracción, lo mismo era un simple fallo de la bombilla. Sin embargo, cogió un papel, un vaso y un cuaderno para dibujar el tablero de una *Ouija* y lo dejó a un lado. ¿Podría contactar con Tanit? Necesitaba respuestas. Cogió una vela del salón y regresó a su cuarto, lo preparó todo y la llamó.

—Tanit, hija, ¿estás ahí? —Esperó un buen rato, aun así, el vaso no se movió. Volvió a intentarlo—: Tanit, ¿me oyes?

El vaso se movió al «sí». No sabía el motivo, pero se alegró de poder conectarse con ella, aunque fuera de aquel modo.

—¿Estás sola? —El vaso se dirigió al «no». Aquello la angustió—. ¿Puede oírte hablar conmigo?

«Sí».

—¿Es malo?

«No». Su respuesta la descolocó. Ahora no sabía cómo continuar el interrogatorio. De pronto, se movió de nuevo y fue señalando varias letras: «A», «Y», «U», «D», «A». AYUDA. Se angustió de solo pensar que incluso en el más allá no descansaba en paz. Las lágrimas rodaron solas y cayeron sobre el cuaderno dejando gruesos goterones emborronados.

—¿Cómo puedo ayudarte? —se exasperó.

El puntero volvió a moverse, señalando letra a letra hasta formar una frase completa: «DEBO SER LA ÚLTIMA, REALIZA UN ACTO DE AMOR PURO. SÁLVANOS». Una chispa salió de la nada y prendió el cuaderno, que quedó reducido a cenizas en un segundo. Arlet se desinfló. Una terrible congoja se apoderó de ella, desgarrando su alma. ¿Tan terribles serían las consecuencias de ese acto? Le atormentaba pensar que Lucifer pudiera reencarnarse y traer la oscuridad al mundo. Ser la responsable y no haberlo evitado iba a pesarle demasiado en su conciencia.

Si todos le habían mentado, incluido Markus, ¿para qué vivir? Su vida no tenía sentido sin su hija, y sin amor llevaría una mísera existencia. Además, se

negaba a matar a otro ser humano con tanta saña. Por mucho que quisiera recuperar a su hija, podía más su empatía hacia el sufrimiento ajeno. No pensaba hacerles pagar con la misma moneda a otros. Y más viendo lo que ella estaba padeciendo. Muerto el perro, se acabó la rabia. Le pesaba hacerlo, mas no veía otra salida.

Se dirigió al cuarto de baño secundario y preparó un par de cuchillas de afeitar. Abrió el grifo del agua caliente y se metió dentro de la bañera. Era mejor suicidarse, no tenía sentido continuar por aquel camino. Con este pensamiento, se sintió en paz consigo misma y con el mundo. Sí, definitivamente no le veía otra salida a sus problemas. Las lágrimas caían sobre el agua espumosa y salpicaban su piel con cada gota. Estaba agotada. Deseaba acabar con aquel sufrimiento. Todo lo que ella alguna vez había amado lo habían hecho trizas. La rabia dio paso con fuerza. ¿Cómo habían podido? Todo había sido puro teatro.

El vapor se había condensado en el baño y una neblina lo cubría todo. Fuera, en la calle, una tormenta arreciaba con fuerza. Truenos y relámpagos hacían vibrar las ventanas de la casa. Pegó un bote con el primer estruendo y, a pesar del calor que hacía, comenzó a sentir frío. Cogió el metal y, cuando se iba a cortar las venas, una mano roja salió del agua y la sujetó con violencia. Arlet pegó un grito aterrador mientras trataba de zafarse de ella, pero una cabeza con cuernos emergió entre sus piernas. Aquella horrible criatura lanzó lejos las cuchillas y la inmovilizó. Aterrada, observó con impotencia cómo la hundía bajo la bañera. Ella luchó como una jabata; no quería morir ahogada. Se revolvió dando patadas a aquel ser y luchando para soltarse de su agarre. Cuando creyó que sus pulmones explotarían, la sacó fuera. Arlet tosió ruidosamente. Tenía los ojos inyectados en sangre y su pulso iba a mil por hora. Lo buscó a su alrededor sin encontrarlo y se salió del agua aterrorizada. Cogió una toalla y la enrolló alrededor de su cuerpo. Una voz cavernosa se dirigió a ella entonces:

—¿Por qué quieres morir cuando puedes regresar a tu vida anterior? ¿Te ofrezco tenerlo todo y lo rechazas? —rugió indignada.

Dio vueltas como loca. La voz provenía de todas partes y de ninguna en concreto. Se pegó a la puerta e intentó abrirla antes de recibir un empujón terrible que la estampó contra la pared. Sintió cómo un hilillo de sangre brotaba de su nariz.

—Insensata, ¿cómo te atreves a desafiarme?

Arlet sintió una presión horrible alrededor de su cuello. Unas garras

invisibles amenazaban con partirle el cuello. Ella se encogió del dolor y gritó. La obligó a arrodillarse y, cuando la tuvo en aquella posición, la liberó.

El olor a piel chamuscada se coló por sus fosas nasales. Lágrimas de dolor recorrieron sus mejillas. Se giró y contempló con horror cómo un humo tostado salía de su espalda. El agua de la bañera se había tornado negruzca y amenazaba con desbordarse. Burbujeaban pompas de jabón que, al explotar, salpicaban un ácido que producían quemazón al contacto. Se levantó como pudo y tiró del pestillo para escapar a trompicones. Tropezó y volvió a caer de rodillas. Al levantar la vista, se encontró con la escalera en llamas. El crepitar del fuego era terrible. Se tapó la boca con la mano y se acercó despacio. En el centro se encontraba Tanit abrazada a Álvaro. Los dos estaban atemorizados.

—¿Tanit? ¡¡TANITTT!!

—¡Mami, ayuda! —gritó la niña.

—Basta, te prometo que lo haré, lo juro. ¡Pero deja en paz a mi hija! —suplicó.

La visión de su hija desapareció para ser sustituida por aquel ser rojizo. Sus inquietantes ojos negros sonrieron con placer al escucharla. Desapareció de aquella atmósfera infernal sin dejar rastro, como si nunca hubiera sucedido nada anómalo en la casa. Arlet sollozó sin parar. Aquella experiencia tan traumática había dejado huellas en su mente. Tembló en el suelo, sacudida por un miedo irrefrenable, hecha una bola e hipando sin control. Continuó acurrucada en aquel rincón con los ojos desorbitados por el pánico. De vez en cuando, oteaba la puerta del baño y los alrededores.

No supo cuánto tiempo estuvo así. Quizá el frío entumeció sus músculos y una sucesión de calambres hizo que tomara conciencia de dónde se encontraba. Se movilizó poco a poco hasta que entró en calor. Fue a su habitación con paso desganado y se dirigió al baño. El reflejo de su cara que proyectaba el espejo era lamentable: sangre seca por la cara, marcas de quemaduras, el pelo enredado... Se aseó con tranquilidad, se puso el pijama, tomó un par de pastillas y se quedó frita.

Miércoles, 1 de abril de 2015

Cuando se despertó, pegó un salto en la cama y abrió los ojos de golpe. Estaba

desorientada y muy confusa. Recordó que ya no estaba en el apartamento de Markus sino en su casa. Le dolía todo el cuerpo. Varios músculos los tenía contraídos de la tensión acumulada. Consultó la hora en su despertador: eran las doce del mediodía. Su tripa rugió, recordándole que no había ingerido nada desde la mañana del día anterior. Tendría que salir a comprar. No le apetecía, pero no le quedaba remedio si quería comer ya que no había nada comestible en la nevera. Decidió ir dando un paseo hasta el *Lidl*. Por el camino, se dio cuenta de que parecía una autómatas al no reparar en nada. Solo caminaba porque tenía que hacerlo. Le daba igual si los pájaros cantaban, si el sol brillaba, si los árboles florecían... Ella solo veía un mundo gris y turbio, como su futuro. La absoluta indiferencia y pocas ganas de vivir se habían adueñado de ella. Un muerto viviente era lo que parecía. No parecía ni la sombra de lo que antaño había sido.

Mientras se dedicaba a llenar el carrito, se fijó en un hombre menudo con gabardina con el que se había cruzado unas cuantas veces. Aun cuando parecía estar haciendo la compra, no llevaba ningún carrito. No sabía el porqué, pero le dio la impresión de que la vigilaba. Cogió todo lo necesario y fue a la caja a pagar. El hombre seguía buscando por los estantes. En cuanto abonó la compra, Arlet salió a toda prisa, volviéndose a cada rato. El hombre había salido del supermercado e iba en su misma dirección, solo que caminaba despacio. Cuando llegó a la altura de su casa, se giró una vez más y comprobó que ya no estaba. ¿Quizá se había vuelto muy suspicaz? Sin embargo, era muy extraño que hubiera entrado a comprar y solo se dedicase a mirar. ¿La estaría vigilando la secta?

Estaba cansada. Quería acabar con aquello cuanto antes. Ya no podía más. Sintió la necesidad de descolgar el teléfono y llamar a Bastián. Nadie le había comunicado qué día era el acordado para el sacrificio. No sabía nada, ni a qué criatura había que dañar. Solo de pensarlo se le revolvía el estómago. Desechó el llamarle. Prefería no saber para no angustiarse más. Encendió la televisión y pasó los canales sin ton ni son. Media hora más tarde, se puso el canal de música y se tumbó sobre el sofá.

Las horas pasaban, aunque ella no reparaba en ellas. Se colocó en una postura y solo cambiaba cuando notaba que no le corría la sangre. Cuando se quiso dar cuenta, ya era de noche. Se levantó y se preparó un sándwich sin tener apetito. Lo que tenía era una desidia increíble. Cuando llegó la hora de dormir, se metió en el cuarto de Tanit. Pensar en su pequeña era revivir recuerdos que le parecían ahora muy lejanos. Se asomó a la ventana con

tristeza y observó la luz de las farolas. De repente, se fijó en un coche que estaba aparcado en la acera de enfrente. Cerró las cortinas con disimulo y espió a través de ellas. Le pareció que dentro había movimiento. Podría ser una parejita, aunque no era el sitio más idóneo para darse arrumacos. Su instinto le decía que estaba siendo vigilada. Furiosa, se vistió con lo primero que pilló a mano: unos vaqueros, deportivas y una sudadera, y salió a la calle como perseguida por el diablo. Nada más alcanzar el coche, se puso a mirar a través de la luna principal en plan acosadora y descubrió al tipo de la gabardina. Golpeó los cristales con fuerza y no paró hasta que un hombre con bigote y gordo bajó la ventanilla.

—¿Qué? ¿Hace buena noche para dormir enfrente de mi casa? ¿Van a estar vigilándome para sus superiores? Pues díganles que ya estoy preparada, así que déjenme en paz. No me voy a escapar.

—Señora, ¿de qué demonios habla? —El tipo se hizo el distraído y eso enfureció a Arlet.

—No me tome por tonta, sé que me están espiando. ¿Hay algún problema?

—No hay ningún problema —dijo el hombre de la gabardina.

—Pues, en ese caso, váyanse.

—¿Acaso es delito estar aquí?

—Si no se van de inmediato, llamaré a la policía.

Los dos hombres se miraron entre ellos y se echaron a reír. ¿Encima se cachondeaban de ella?

—Bien, ustedes lo han querido. —Sacó el móvil de su pantalón y comenzó a teclear el número de la policía nacional.

—Arlet, nosotros somos la policía. Guarde su número y métase en la casa. Se quedó boquiabierta. ¿La policía?

—Pe-pero, ¿es que no me van a dejar en paz? Tienen que irse o me pondrán en un aprieto.

—Usted no haga nada, solo siga con lo que sea que estaba haciendo y nosotros ya nos encargamos de hacer nuestro trabajo.

Regresó a su casa asolada por las dudas. ¿Y si conseguían chafar los planes y los detenían a todos? Aquello iba a ser un terrible inconveniente. Se alegraba de haber salido. De otra forma no se habría enterado y habría pensado que pertenecían a la secta.

Capítulo 20. El martirio

Markus tiró de las cadenas en un intento de liberarse. Se estaba desollando las muñecas. Frustrado, paró un rato para descansar. Quería acabar con aquella tortura infinita. Cada vez que se abría la maldita puerta, pensaba que era para llevárselo al matadero. Aquello era un sin vivir. Los días pasaban con demasiada lentitud y aprovechaba las noches para intentar buscar una escapatoria mientras dormía por el día. Se arrastró por el suelo y palpó los esquinzos en busca de cualquier objeto que pudiese ser de ayuda, sin éxito. Se acercó a las argollas y trató de forzar los grilletes a modo de palanca.

—¡Arrrgggg!

Frustrado, se tumbó en el suelo y prefirió ocupar su mente con el recuerdo de Arlet. Su mente evocó su belleza etérea con exactitud. Recordarla era lo único que le hacía feliz en esos duros momentos. Su precioso rostro le hacía fantasear con la idea de estar otra vez juntos. Tenía unas diminutas peqúitas en las mejillas que le encantaban porque le daban un aire travieso. Su cuerpo era perfecto y eso que había sido madre. De vientre plano y senos turgentes, le habría gustado recorrerlos con los labios una y otra vez. Su piel, exquisita, blanca y suave. Para perderse en ella.

Golpeó su cabeza contra el suelo, furioso por no tenerla junto a él. Quería explorarla y sentirla de nuevo a su lado. ¿Cómo estaría? Le apenaba no estar con ella para consolarla, para ser su apoyo moral. Ahora ya nada de eso importaba. Ella estaría sola, quizá resentida con él. Odiaba a sus captores. De pronto, sintió algo rozándole, se levantó y trató de visualizar en aquella oscuridad.

—¿Quién hay ahí? ¿Eres tú, Tanit?

Nadie respondió. Escuchó y un escalofrío le recorrió la espalda. Allí había un ente muerto. Poco a poco fue vislumbrando al muchacho. Se quedó de piedra.

—¿No te han resucitado?

El chico negó con la cabeza y le indicó que lo harían más tarde.

—Entonces, el sacrificio de Tanit resultó un éxito.

Asintió con la cabeza sin ningún atisbo de emoción.

—¿Cuándo regresarás?

Con los dedos, le indicó que había de esperar a que Lucifer hiciera un

agujero en el tiempo.

—Entiendo. Estás aguardando a que cumpla con su plan.

El muchacho asintió con la cabeza. A su lado se apareció Tanit. En su cara había una profunda tristeza.

—¿Qué sucede, pequeña?

La cría se acercó hasta él y trató de sentarse entre sus piernas, pero lo atravesó al intentarlo. Aun así, le pareció sentir su abrazo al acurrucarse. Cuando levantó su cabeza, supo que algo malo le sucedía a Arlet.

—¿Es tu madre? ¿Le pasa algo?

La niña asintió preocupada. Se removió inquieto y angustiado.

—Ojalá pudiera estar junto a ella —anheló.

Ninguno de ellos se podía comunicar con él mediante el habla. Ser un fantasma tenía sus limitaciones: solo podían comunicarse con médiums como él, y no siempre entendían sus mensajes, de forma que, si quería saber, tendría que hacer muchas preguntas. Era como adivinar. Los niños se aproximaron a él y le introdujeron la mano en su cabeza para mostrarle las imágenes de Arlet siendo atacada por el diablo con el fin de obligarla a matarlo. Aquello le inquietó, pues parecía decidida. Lucifer estaba muy fortalecido. Sus tentáculos se expandían peligrosamente por el mundo terrenal y eso era preocupante.

—¡Vaya! Así que está decidida a matarme... Lo han conseguido.

Por señas, le indicaron que ella aún no sabía que era a él a quien debía asesinar.

—¿Puedes enviarle algún mensaje? —le preguntó a Tanit.

La niña se encogió de hombros.

—Me hubiera gustado decirle lo mucho que la quiero antes de morir. Supongo que habré de aceptar mi destino: pereceré a manos de la persona a la que amo.

Los chicos se desvanecieron de golpe, la puerta se abrió y entró Jaime.

—Bueno, dentro de poco te prepararemos para el ritual. ¿Quieres saber en qué va a consistir?

—¿Es obligatorio que lo escuche? —replicó cansado de su martirio constante.

—Yo creo que sí. Te interesa saber qué te espera.

—Preferiría que no me lo contases, por los buenos tiempos. Si alguna vez me tuviste aprecio, déjame en paz y lárgate por dónde has venido.

—Bueno, peor para ti.

Algo terrible le tenían reservado. Su siniestra sonrisa no albergaba buenas

intenciones. A Jaime le gustaba minarlo por dentro para diluir sus esperanzas. Así que, por esta vez, era mejor vivir en la ignorancia para evitarse mayores comeduras de coco. De por sí, él mismo se castigaba con su propia imaginación, ¡como para conocer más detalles escabrosos! Sería ponerles en bandeja sus miedos más internos. Quería aparentar indiferencia, aunque le daba igual si lo conseguía o no.

No podía entender cómo una persona a la que había admirado lo había traicionado de esa forma. ¿Podría dormir con la conciencia tranquila? Suponía que sí. No había más que verlo: su cara reflejaba felicidad. Le daban ganas de aplastarle la cara a golpes.

—Apesta —dijo Jaime asqueado.

Sus condiciones eran infrahumanas. Solo tenía un agujero de desagüe para hacer sus necesidades, que desprendía un olor fétido.

Jaime se salió y regresó con una manguera mientras le lanzaba una esponja con espuma. Sin mediar palabra, lo enchufó con agua helada. Se limpió como buenamente pudo. No pensaba desaprovechar aquella oportunidad de quitarse de encima un poco de mierda. Al cabo de un rato, regresó con ropa limpia para él y una toalla.

—Pásame la ropa sucia y la toalla cuando acabes.

La ropa era de algodón blanco nuclear. Markus le lanzó la ropa sucia a la cara y procuró atizarlo con fuerza. Jaime no recibió el golpe con agrado. Gruñó y cogió sus cosas de mala gana. Le repuso un rollo de papel higiénico y limpió la sala con mucho esmero. El olor a lejía era muy fuerte y le lloraban los ojos. Cuando terminó, dio un portazo y lo volvió a dejar a oscuras.

Estaba tiritando, así que comenzó a moverse y a correr en el sitio para entrar en calor para seguir luego con sus ejercicios diarios, cuando la puerta volvió a chirriar. Entró un singular tipo, ataviado con una bata verde, un maletín y unos patucos como en los hospitales. Trajeron una camilla y potentes lámparas. Dos individuos tan grandes como un armario se acercaron a él con la misma indumentaria. Les lanzó varios puñetazos, pero eran dos y muy pronto lo inmovilizaron.

—¿Qué demonios me vais a hacer? ¡Soltadme! —rugió.

Cuando le vio ponerse un gorro y una mascarilla, comenzó a preocuparse. Estaban improvisando un quirófano. El hombre terminó de desinfectar los alrededores y les dio una señal a sus hombres para que lo obligaran a arrodillarse. Markus se defendió con todas sus fuerzas hasta que uno de ellos le atizó en la nuca y, entre los dos, lo sujetaron. El médico preparó una

jeringuilla, extrajo un líquido transparente de un botecito y, sin mediar palabra, se la clavó en el cuello. Markus se sintió mareado por la droga. La habitación le dio vueltas, perdió la voluntad sobre su cuerpo y quedó igual que una marioneta. Entonces le quitaron las cadenas y lo tumbaron sobre la camilla para inmovilizarlo de pies y manos con unas cinchas. Intentó oponerse en vano. Su organismo no respondía a sus órdenes.

—Tranquilo, tienes suerte de que yo no lo voy a hacer por las bravas. Agradezco mucho que dones tus órganos para ayudar a otros.

—¿Qué me vais a hacer, cabrones? —masculló.

—Quitarte los ojos y la lengua. Lucifer ocupará tu cuerpo y usará los suyos propios, no necesita los tuyos. Una pena, son muy bonitos. La lengua es para que no hables ni te puedas comunicar con ella el día del ritual. No queremos que dude de su decisión.

Conectó un montón de cables a una máquina que controlaría sus constantes y le colocó una mascarilla para anestesiarlo. Una lágrima escapó de sus ojos antes de perder la consciencia.

Oyó un murmullo lejano de voces. Con una de sus manos rozó lo que parecía el borde de una cama. Comprobó que seguía sobre la camilla. Las sábanas que lo cubrían aplastaban la vía que conectaba su brazo con el suero y le molestaban. Poco a poco un terrible dolor de cabeza se fue abriendo paso. Al tragar saliva, se percató de que ya no tenía lengua. Tampoco veía nada, solo una inmensa oscuridad. Una venda le rozaba la nariz.

—Bueno, yo ya me voy —oyó decir al cirujano—. Me llevo las córneas y las retinas para su trasplante. Mañana volveré para curarle las heridas.

Todavía no pensaban sacrificarle y él ya no podía más, quería que aquella tortura acabase de una vez. Le dolía no ver una última vez a Arlet antes de morir. Ni siquiera podría decirle lo mucho que la quería.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó uno de sus carceleros.

Markus procuró no hacer ningún movimiento extraño para que sus captores no supieran que ya estaba consciente.

—Salgamos ahora y dejémoslo solo. Total, no va a poder escapar. Necesito estirar las piernas. Lo vigilaré desde fuera. ¿Tienes un pitillo?

—Sí.

—Estupendo, me vendrá bien dar un par de caladas.

La puerta se cerró tras ellos y su conversación se fue alejando. Él se quedó allí con los sonidos de la maquinaria. El bip de sus constantes le estaba

crispando los nervios. Habría querido arrancarse todas aquellas conexiones y destrozarse la máquina. La furia se abrió paso dentro de él. ¿Por qué él? Suplicó a Dios que se lo llevara en ese instante, que no lo abandonara ni lo dejara morir como a un perro. Sin embargo, desoyó sus súplicas, abandonándolo a su suerte a manos de unos asesinos. Toda su vida se había ido por el retrete. El año pasado se había tatuado un ángel. Era creyente. Siempre le gustaron cómo quedaban aquel par de alas extendidas sobre sus pectorales. Creía que, de esa forma, estaba más conectado con Dios. ¡Qué ironía más grande!

Una brisa muy suave ondeó las sábanas. En un principio, pensó que eran sus captores, aunque le extrañó no haber oído el ruido de la puerta al abrirse. Moviéndose extrañado la cabeza a ambos lados y aguardó. ¿Quién había ahí? ¿Sería Tanit? No podía saberlo. Le llenaba de impotencia no poder comunicarse. Ahora no veía ni hablaba. Moviéndose sus piernas e intentó dar señales de vida, pero esa persona o ser no hizo amago de querer comunicarse con él. Tras un buen rato, se cansó de esperar y un sueño plomizo se apoderó de él.

—Maaaarkuuuus —lo llamó una voz, despertándolo de su letargo.

Seguía tumbado en la camilla. Sin embargo, le asombró que pudiese ver. Se incorporó y comprobó con sorpresa que estaba saliendo de su cuerpo. Las máquinas seguían conectadas a él. Se contempló a sí mismo con torpeza y reparó en la venda que cubría sus ojos. ¿Dios se había apiadado de él y estaba muerto?

—Markus, aquí.

A lo lejos descubrió un halo de luz. Probó a impulsarse hasta él. Poco a poco se fue abriendo hasta mostrarle a Álvaro y a Tanit del otro lado. Los dos niños lo observaban expectantes. ¿Cómo era posible? Sonrieron al ver que los había descubierto al fin y le hicieron señas para que se acercara más. Le costó bastante acostumbrarse a aquella gravedad. Cuando llegó a su lado, lo animaron a que los siguiera.

—Date prisa, Markus —lo llamó Tanit.

—¿Qué está pasando? ¿Qué hago aquí? ¿Estoy muerto? —les preguntó desorientado.

—Nooo. Estás haciendo un viaje astral, tranquilo. Por eso puedes vernos y oírnos. Has entrado en una fase del sueño tan profunda que hemos aprovechado para contactar contigo. Era la única forma que teníamos de que te desprendieras de tu cuerpo. Sabía que, si una vez lo hiciste, podrías repetirlo —le explicó Tanit.

—¿Adónde vamos? —La intriga le estaba matando.

Estaban recorriendo un pasillo muy largo que no parecía tener fin.

—A mi casa. No hay mucho tiempo. Mi madre está ahora durmiendo.

—¿Para qué?

—Para que te puedas despedir de ella. ¿No es lo que querías?

La niña abrió una puerta salida de la nada y, al cruzarla, se encontró en el ático.

—Espera aquí —le pidió.

Tanit bajó los escalones y murmuró algo. Al cabo de un rato, regresó y bajaron juntos la escalera. Arlet estaba en la cama sollozando entre sueños. Estaba preciosa. Dormía con tan solo un camisón de seda rosa, arropada hasta la cintura. Se acercó y se sentó en un costado. Acarició su pelo y ella se removió un poco, murmuró algo ininteligible y cambió de postura.

—Puedes hablarle. Mi madre puede oírte. El mundo de los sueños es una vía para comunicarte con los vivos, ¿recuerdas? —le aconsejó.

—Gracias, ¿te importaría dejarme a solas con ella?

Tanit asintió.

—Claro, pero te vendremos a buscar enseguida. No puedes vagar mucho tiempo fuera de tu cuerpo. Vamos, Álvaro.

Los dos niños se desvanecieron entre brumas. Markus se quedó un buen rato admirando su belleza. Con una mano, recorrió su perfil fascinado. Estaba allí y a la vez tan lejos... Cerró los ojos deprimido. Le dolía que no pudiese notarlo. Se tumbó a su lado y probó a besarla, mas atravesó su rostro. Era incorpóreo.

—Arlet, no sé si puedes oírme. ¿Por dónde empiezo, joder? Esto de hablar con alguien dormido sin saber si vas a recibir mi mensaje me cripa. Tantas cosas que quiero decirte y, ahora que estoy cerca de ti, no me salen las palabras. Bueno, comenzaré por el principio. Desde la primera vez que te vi me enamoré de ti. Sí, cambié de opinión. Fui un tonto por no mostrarte mis verdaderos sentimientos. Tú sí que merecías la pena para luchar por tu amor. Tenía tantos planes para los dos... —Probó a apartarle un mechón, pero este escapó entre sus dedos—. Muy pronto me vas a sacrificar. Sí. Es a mí a quien has de hacerlo. Soy el noveno niño. Lucifer poseerá mi cuerpo y dejaré de ser yo. Me han arrancado los ojos. Así que, si alguna vez te encuentras conmigo y no son verdes, huye, aléjate de él, pues dentro de mi cuerpo solo habitará un alma negra y diabólica.

Se le trababan las palabras. Le costaba hacerse a la idea.

—Solo quiero que, cuando recuperes a tu hija, procures ser feliz, que nada te detenga para conseguirlo. Me gustaría que me recordaras alguna vez como la persona que te quiso, y no en lo que me convertiré. Me duele pensar que otro ocupará tu corazón algún día. Me habría gustado ser yo el que te diera todo ese amor infinito, pero el infierno se ha cruzado en nuestros caminos muy a mi pesar y... —No terminó la frase.

Tanit se había aparecido junto a él muy asustada y tiró de sus brazos.

—¡Corre! Él está muy cerca. La vigila de vez en cuando. Si te encuentra aquí, jamás regresarás a tu cuerpo.

Tanit lo hizo salir a toda prisa. Las sombras cubrían los primeros escalones de las escaleras. Tomaron impulso y llegaron por los pelos a los peldaños superiores, que desaparecieron a su espalda a toda velocidad. Una oscuridad inmensa amenazó con devorarlos. Álvaro se encontraba en un portal abierto en el ático.

—¡Rápido, que ya viene!

Se tiraron de cabeza y se introdujeron dentro del túnel. Despertó sobresaltado al notar una mano sobre la venda de su cara.

—Ya despiertas, bello durmiente. ¡Menudo sueño que te has pegado! —Era la voz del cirujano—. Tienes muy bien las heridas, no se te han infectado y eso es buena señal. Gozas de buena salud. Bueno, como estabas dormido no has notado que te he cambiado el vendaje.

Notaba el olor del látex de los guantes muy cerca de su nariz. Como no podía hablar, se guardó los insultos rabiosos para él. Apretó la mandíbula con fuerza y escuchó.

—Bien, entonces prepararemos todo para su llegada —oyó que le decía Jaime.

—Sí. Avisad a la chica también. Lucifer está impaciente.

Capítulo 21. El sacrificio

Martes, 2 de abril de 2015

Arlet se despertó sobresaltada.

—¿Markus? ¿Markus, estás ahí? —Una lágrima rodó por sus mejillas. Miró a su alrededor y se encontró sola—. ¡Qué tonta soy! Si aquí no hay nadie, pero parecía tan real...

Se levantó al cuarto de baño y se secó la cara. El sueño aún estaba muy patente dentro de su memoria. El grifo del agua caliente creó una nube de vaho sobre el espejo y le impidió contemplar su reflejo. Se quedó paralizada al descubrir unas letras escritas en él. Las leyó tres veces para asegurarse de haberlas comprendido y pasó una mano sobre ellas para emborronarlas.

El día había amanecido con un sol inmenso. Los rayos se colaban por la ventana e irradiaban calor a través del cristal. Encendió su móvil y se asomó a ella. Ya no se encontraba el coche. Bajaba a desayunar cuando recibió una llamada. Era Bastián.

—Estate preparada, Arlet, paso a buscarte y nos vamos. Ya ha llegado el día.

Un sudor frío le cubrió la frente. Su boca se quedó seca y tuvo que humedecerla con la lengua.

—¿Sobre qué hora vendrás? —atinó a preguntar.

—Sobre la una y media del mediodía. —Se quedó muda al otro lado del aparato—. Arlet, ¿estás ahí?

—Sí.

—Bien, nos vemos entonces.

Subió a arreglarse y se puso a llorar como una tonta. No podía hacerlo. Un timbrado en la puerta la asustó. ¿Sería la policía? Miró por la mirilla y abrió.

—Hola, Marga. ¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar?

—Me pillas en mal momento.

—Lo siento mucho. Arlet, déjame hablar contigo, solo será un segundo.

—Está bien, aunque tendrás que irte enseguida. Tengo prisa.

Su amiga tenía unas ojeras muy acusadas. No se habían vuelto a ver desde

la desaparición de Tanit y la encontró muy demacrada.

—¿Quieres tomar un café?

—No, gracias. Siento mucho lo de tu hija. Espero que algún día puedas perdonarme...

—Perdonarte, ¿por qué?

—Te juro que yo no quería hacerlo... —El llanto quebró sus palabras.

Su idiotizado cerebro comprendió demasiado tarde de lo que estaba hablando y entonces le pegó una bofetada con la mano abierta. Marga se llevó la mano a la cara entre lágrimas.

—¡Fuera de mi casa! ¿Cómo has sido capaz? —la increpó.

—Me lo merezco. No te culpo. Te juro que yo ya había superado la muerte de Álvaro, pero ese ser amenazó con llevarse a mi bebé un par de veces. No sabes por lo que he atravesado... —dijo Marga, rompiendo a llorar.

—¿Tu hijo? ¿Era tu hijo? Nunca me habías hablado de él. ¿Qué clase de amiga eres?

—Una que se avergüenza de ver en lo que se ha convertido. Era de mi anterior matrimonio. Me divorcié de él porque fue quien provocó que mi hijo fuese asesinado, por sus ansias de grandeza. Me amenazó varias veces para obligarme a recuperarlo y yo nunca sucumbí a ellas, lo prometo. Entonces, esa cosa comenzó a atormentarme día y noche...

—Esa *web* de contacto era un truco para que hablase con Gabriel, ¿verdad?

Marga agachó la cabeza.

—Me obligaron. Querían tenerte controlada.

—¿Qué fuerte! Y, cuando supuestamente estabas de viaje, vi tu coche, era tu matrícula. ¿Por qué? ¿Qué hacías allí?

—Hablar con ellos para urdir un plan en el que hacernos con tu hija. Esa supuesta fusión era mentira. Era la forma de hacerte dar un paso en falso.

Dolía escuchar la verdad.

—¿Y tu marido? ¿Está de acuerdo con lo que ibas a hacer?

—No lo metas a él en esto. Suficiente ha sufrido ya.

—Te pegó una noche. Lo vi.

—Me lo merecía. Yo les puse en peligro a todos. Creí que, al divorciarme, conseguiría deshacerme de mi pasado, mas no fue así. Además, Álvaro no es asunto suyo; es mi hijo.

—Confiaba en ti. —Arlet no podía dar crédito.

—Lo siento.

—¿Cómo has podido sabiendo lo que se sufre?

—Ya lo sé. Créeme que me he martirizado con ello, pero no podía dejar que otro de mis hijos sufriera un destino parecido. Además, imagino que tú ahora tendrás que hacer lo mismo. No lo hagas. Yo tenía una familia a la que proteger, pero tú...

—No tengo a nadie, ¿es eso lo que ibas a decir? ¿Crees que no lo he intentado? Traté de suicidarme y ese diablo me lo impidió. Al menos yo busqué una solución, no como tú —espetó furiosa.

Su amiga contrajo su semblante dolida por sus palabras. De pronto, sintió que su odio hacia Marga se debilitaba. Sus remordimientos la habían llevado a confesar su crimen y expiar su culpa. Le había desnudado su alma cuando ella estaba dispuesta a hacer lo mismo. Ella también había sufrido la coacción en sus propias carnes.

—Lo siento. Creo que no he sido justa contigo.

La abrazó y lloraron un buen rato. De pronto, sintió cómo un puñal se clavaba en su costado. Se separó de ella con la mirada presa del pánico.

—Ma-Marga, ¿qu-qué haces?

Se palpó la ropa y un chorro de sangre cubrió sus manos.

—Evitar que Lucifer entre en nuestras vidas. Lo siento, pero no puedo dejarte que lo hagas. Traerás a un monstruo. Esa escalera es el nexo de unión con el infierno. Ahora me iré a por gasolina y le prenderé fuego a todo.

—No, Marga, no lo hagas. Espera...

Sin embargo, su amiga estaba decidida y la ignoró. Extrajo la navaja de su cuerpo y, por un momento, temió que volviera a hundírsela. En su lugar, se la guardó en el bolso envuelto en una bolsa, y cogió las llaves de su puerta.

—Vengo enseguida. No te muevas —le indicó, como si estuviera para muchas fiestas.

La había dejado allí tirada sobre la alfombra de la entrada. ¿Pensaba quemarla viva? Su cerebro maquinó a toda velocidad. Sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón y marcó el teléfono de Bastián, dando gracias porque no hubiese reparado en él.

—¿Por dónde vas? —habló con la respiración entrecortada.

—Llegando, ¿por?

—Corre, me estoy muriendo. Me han apuñalado.

—¿¡Qué?! ¡Mierda! Pero, ¿quién te ha hecho eso? Está bien. Ya llego. Aguanta.

—Bastián, una última cosa: entra por el garaje sin hacer ruido y ten

cuidado.

—Vale, joder, joder... —le oyó renegar.

Una gran desazón se estaba apoderando de ella. Temía que regresara Marga en cualquier momento. No paraba de espiar el cristal de la puerta de entrada. Cualquier sombra la ponía en tensión. Mientras esperaba, alcanzó la toalla de la entrada que usaba para secarse en los días de lluvia y se taponó la herida para cortar un poco la hemorragia; estaba perdiendo mucha sangre. En el sótano había una puerta que comunicaba la vivienda con el garaje, esperaba que su exmarido entrase por ahí sin tardar mucho. El sonido de llaves de la puerta principal le hizo girarse con nerviosismo.

—Bueno, ya estoy aquí. No tardaré ni un minuto. El humo te asfixiará antes, así que no sufrirás.

Marga venía cargada de bidones de gasolina. Comenzó a transportarlos escaleras arriba y oyó cómo salpicaba las paredes de su casa. Un humo negro y denso bajó hasta ella. Las lágrimas se les escaparon al contemplar su casa consumida por las llamas antes de que llegaran las toses y el picor de ojos.

Unos pasos sigilosos cruzaron a toda velocidad el pasillo y se acercaron hasta ella. Era Bastián. Por señas, le mandó callar y le indicó que no estaba sola. El sonido de los tacones de Marga lo obligó a esconderse detrás de la puerta de la cocina.

—De verdad que lo siento, Arlet —se disculpó Marga—. Pero esto no podía seguir así. Te ha tocado a ti y es muy injusto. Algún día espero pagar por todos estos pecados porque, de verdad, no merezco ni vivir.

Le echó un último vistazo antes de salir y meneó la cabeza con tristeza. En cuanto cerró la puerta, Bastián salió de su escondite y la cogió en brazos. El ambiente estaba tan cargado que apenas vislumbraban las escaleras por las que escaparon entre nuevas toses.

—Aguanta la respiración un poco. Ya llegamos al sótano —la animó Bastián.

Cuando abrió la puerta que daba al garaje, dieron amplias bocanadas de oxígeno antes de continuar.

—Ni se te ocurra morirte, ¿me oyes?

Sin esperar respuesta, la metió en su coche, le puso el cinturón y condujo como un loco hasta coger una vía secundaria. De camino, marcó un número de teléfono.

—Tenemos un problema: está herida.

Ella pensó que la llevaría a un hospital cercano, en su lugar, se encontró

viajando por una carretera secundaria que los dirigía a una casona alejada de miradas, en lo más remoto de la sierra de Guadarrama. Cada vez se encontraba peor.

—¿Queda mucho? —preguntó.

—No. Ya llegamos. Tú no hables. Guárdate fuerzas para luego.

Cruzaron una valla de entrada y atravesó derrapando una finca de hierba. Aparcó en la puerta de entrada y entró con ella a toda prisa.

—Aquí, ponla en esta cama —le indicó un hombre.

La tumbaron y un hombrecillo con bata y cara avinagrada se acercó a ella a explorarla.

—Joder, Lucifer no puede esperar más. Le suturaré con anestesia local. Tiene que estar consciente, lo siento. Eso cortará algo la hemorragia —dijo él.

—Entonces, ¿morirá? —preguntó alterado Bastián.

—Me temo que sí. Aquí no tenemos material para hacer transfusiones. ¡Qué más te da! Ya revivirá después del sacrificio.

Sentir cómo hundía aquella aguja dentro de sus carnes fue horrible. Arlet gritó y sudó del esfuerzo. Tenía que aguantar un poco más, no podía morir ahora. Bastián le agarró la mano para darle apoyo moral y secó las gotas que perlaban su frente con una gasa. Cuando terminaron con aquella tortura, la cargó en brazos de nuevo y la llevó hasta una habitación semiiluminada cubierta de cortinones granates. Estaba muy débil y apenas se sostenía en pie. Una cruz de madera en la posición del Anticristo presidía la sala. Las velas rodeaban un altar de piedra sobre el que yacía Markus maniatado. Solamente llevaba unos calzoncillos. Su hermoso cuerpo lleno de tatuajes brillaba bajo el resplandor de las velas. Se le cayó el alma a los pies.

—¿Qué demonios significa esto, Bastián? ¿Dónde está la criatura que se supone que he de sacrificar?

—Él es el noveno niño —le explicó.

Arlet se quedó petrificada.

Así que era verdad.

Un hombre patizambo entró vestido con una capa roja, portando varias más sobre sus brazos. No había reparado en la presencia de un grupo de personas congregadas en un rincón. Les pasó las capas a cada uno de los miembros para que ocultaran sus rostros y dar así comienzo con el ritual. Una de ellas ¡era su madre! Ambas mujeres se contemplaron y la mayor agachó la cabeza. No podía sostener su mirada. Se puso una y le tendió otra al que tenía más cerca, Mike, su jefe. ¡Hasta él se encontraba allí! ¡Qué malnacidos! Estaban todos

compinchados.

Cuando llegó su turno, tuvieron que ayudarla a vestirse. Los miembros rodearon el altar y unieron sus manos a la vez que recitaban un salmo. Al término del cántico, el de la tripa grande alzó su voz:

—Lucifer, tus siervos te veneran, óyenos. Estamos aquí para recibirte.

Las llamas de las velas se movieron impulsadas por un ente invisible y un escalofrío horrible le recorrió el cuerpo.

—Con este sacrificio, nosotros te honramos hoy y esperamos con ansias tu regreso.

El hombre les hizo una seña y Bastián la acercó hasta el altar. Arlet tuvo que reprimir las lágrimas al contemplar el rostro de Markus. ¿Qué demonios le habían hecho? Se horrorizó al descubrirlo sin sus preciosos ojos verdes. Estaba muy quieto. ¿Estaría drogado? Le tendieron una daga con forma de serpiente y ella la cogió con las manos temblorosas.

—Nueve cortes que simbolizan las muertes, nueve muertes que significan tu regreso.

Era su turno: tenía que cortar por nueve partes a Markus en las zonas que le habían marcado con un rotulador rojo. Su mano temblorosa hundió la hoja del metal en su carne y observó a su víctima. No gritó pero sí tensó todo su cuerpo. Un graznido ahogado salió de su garganta. Le habían cortado la lengua. ¡Tamaño ensañamiento le asqueaba!

Las lágrimas humedecieron sus ojos. Aun así, continuó infringiéndole daño a cada parte del cuerpo que seccionaba. La cruz se prendió fuego y un olor a azufre se extendió por el habitáculo. Ya quedaba menos. Solo una última parte. Sus ojos, cada vez más vidriosos, la alejaban del mundo de los vivos.

—Lucifer, te sentimos. Los aquí presentes te ofrecemos este cuerpo, que esperamos que recibas con agrado. Con su sangre derramada, saciaremos tu sed; con su corazón, tu hambre; y con su alma, la eternidad.

Era el turno de clavarle la daga en el corazón. Arlet pidió a Bastián que la dejara en el suelo. Se mantuvo erguida gracias a él a pesar de los múltiples mareos. Levantó la hoja afilada y apuntó. Sin embargo, erró la trayectoria y se lo clavó a sí misma por debajo de las costillas, cayendo sobre el cuerpo de Markus hasta que se lo incrustó en los pulmones. Se acercó hasta su cara y le susurró algo al oído. El hombre que había presidido la ceremonia tiró de ella hacia atrás y la lanzó contra el suelo.

—¡¿Qué demonios haces?! —gritó el patizambo—. ¿Se ha vuelto loca? ¡Acaba de echarlo a perder todo!

La risa brotó de sus labios entre sangre.

—No, solo os estoy librando de él. Nos vemos en otra vida.

El hombretón se acercó a ella enajenado y le arrancó la daga hecho una furia para clavársela a Markus. El cuerpo de él se agitó en un último espasmo y sus manos cayeron lánguidas a los lados. Ninguno de los presentes parecía ya dispuesto a continuar con el sacrificio sin ella. Aun así, el gigantón continuó amenazándola:

—¡Te vas a tragar su corazón, aunque sea lo último que hagas!

Río. ¡Qué iluso! Eso no le traería de regreso a Lucifer.

—Jaime, déjala, ¿no ves que está malherida? Se acabó —se enojó Bastián.

—Creo que mi hija ya ha sufrido demasiado. —Su madre se acercó a ella entre lágrimas y sostuvo su cabeza.

—¡Arriba las manos!

En un momento, ruidos de pasos y disparos se sucedieron como a cámara lenta. La policía iba deteniendo a todos los que allí se encontraban. Los sonidos de fondo de unas sirenas le llegaron cada vez más amortiguados.

—Una ambulancia, ¡rápido! Aquí.

Arlet comenzó a sufrir una insuficiencia respiratoria. Alguien la subió a una camilla y la trató de reanimar. La oscuridad ya se cernía sobre ella, un velo de muerte amenazaba con teñir de negro sus ojos. Sin embargo, su cara era la máxima expresión de la felicidad. Los habían engañado a todos.

Álvaro los quiso ayudar y los llevó hasta Markus. Él había sido el artífice de haber llamado su atención con aquella misteriosa tarjeta de visita que apareció por arte de magia en su casa para poder contactar con él. Tanit fue la pieza clave, toda una revelación del otro lado. Ella siempre había sido muy observadora. Su hija había conseguido la forma de comunicarse con ella a través de los sueños. Markus siempre había tenido todas las respuestas a sus problemas. Aún recordaba aquella conversación que mantuvieron:

—*¿Qué es un viaje astral?*

—*Digamos que es cuando el alma sale del cuerpo y viaje de forma independiente*

—*Es como volverte un fantasma. Los sueños pueden enviarte a otra dimensión. Yo experimenté una vez algo parecido —comentó Markus.*

—*¿En serio? —preguntó la niña, alucinada—. ¿Y es divertido?*

—*Sinceramente, no. No sé si realmente me salí de mi cuerpo o fue la peor pesadilla de toda mi vida. El caso es que una noche me encontré sentado a mi lado y no podía volver a él. Recuerdo que me desperté*

sudando.

—Pues vaya, suena horrible. Yo pensé que molaba.

—Eso será si lo controlas bien. No debía de ser mi caso.

Esa mañana, al despertarse, meditó las palabras que le había susurrado al oído: «Deja que corra la sangre de tu víctima. Lucifer se confiará y seguirá con sus planes. Ignora el último paso. En su lugar, clávate la daga en el pecho. Si te sacrificas primero, se derramará la sangre de un inocente y Lucifer no podrá regresar, cambiarás el futuro y ofrecerás a todos una nueva oportunidad en la vida».

Cuando se levantó, no sabía si aquello había sido real o no, hasta que leyó el mensaje del espejo que Tanit le había escrito: «Confía en mí, mami. Todo va a salir bien». Sus palabras confirmaron que no lo había soñado. ¡Entonces Markus la había visitado! Había venido a despedirse de ella. ¡Le dolía haberlo tenido tan cerca y no haberle expresado sus sentimientos! Ahora ya nada de eso importaba, pues se verían al otro lado.

—La estamos perdiendo, ¡rápido! Ha perdido mucha sangre. Pásame el desfibrilador...

El túnel se abría camino a pasos agigantados. Ya no sentía ni frío ni calor. El dolor había sido sustituido por una paz infinita. Había cumplido con su propósito en la vida: acabar con aquel círculo vicioso. Ahora ya podía descansar y morir con la conciencia tranquila. Además, las palabras que le susurró a Markus le habían llegado. Le había visto sonreír. Sí. Todo estaba en su sitio.

Epílogo

Un sonido estridente la despertó. Alargó la mano para acallar al objeto y, en su lugar, lo lanzó al suelo. Le dolía terriblemente la cabeza y se encontraba completamente a oscuras. ¿Dónde se encontraba? ¿En el hospital? Se tocó el cuerpo y se incorporó en la cama. No tenía heridas ni cicatrices. Tocó los alrededores hasta que dio con un interruptor. ¿Se hallaba en su habitación? Unos pasitos menudos entraron a toda prisa en su cuarto y una bola de pelo rubio se lanzó contra ella.

—Mami, ¡estás viva!

—¿Ta-Tanit? —La abrazó y rio entre lágrimas. No pararon de achucharse y darse besos. ¡Cómo la había extrañado!—. ¿En qué día estamos?

Se giró y comprobó que en una percha había colgado un traje de chaqueta y pantalón ejecutivo a rayas azul marino y blanco, y una blusa de seda de color perla. Debajo había unos zapatos rojos de tacón.

—Según esa ropa, hemos regresado al dieciocho de marzo, el día de tu excursión. Anda, ponte tu uniforme, que nos vamos.

Esperaba que el pasado hubiera cambiado y les hubiera dado a todos una nueva oportunidad. Al no haber ningún asesinato, la policía no estaría tras ellos. Un nuevo día se alzaba lleno de esperanzas. Cogió su móvil muy nerviosa y consultó sus contactos. No había ningún número: ni de Araco, ni de Gabriel ni de Markus. En su lugar, tenía uno que no conocía de nada: un tal Michael. ¿Quién demonios era ese?

—Venga, mami, no tardes, que no llevo a la excursión.

Su hija parecía impaciente por marcharse. Se arregló a toda prisa y salieron de casa. En la puerta de entrada había un muchacho de unos doce años, de pelo oscuro y ojos grises. Se levantó de un salto al verlas y se sonrojó. Era muy bien parecido.

—¡Ho-hola! —saludó con timidez.

Tanit se acercó hasta él y le devolvió el saludo.

—Hola. Mamá, es Álvaro, el fantasma.

No le había reconocido. Ya no quedaba nada de aquel tétrico muchacho que contempló por primera vez.

—Estás muy raro de carne y hueso —bromeó Tanit.

—Toma y tú. Aunque me alegro de verte así. —Álvaro esbozó una sonrisa

y le sacó la lengua.

Un sonido de un carrito los hizo girarse. Marga venía tirando de él acompañada de sus mellizos. De repente, se hizo un terrible silencio entre ellos. Tanit se tensó al verla. La desconfianza reinaba en el ambiente. Marga esquivó sus miradas y cuando al fin decidió encarar la incómoda situación, masculló un «lo siento mucho» en voz baja y continuó hacia el colegio.

—Espera, Marga —la llamó Arlet—. No puedo perdonarte por el momento, ya que me es imposible olvidar lo que hiciste. Espero que lo comprendas.

—Lo entiendo perfectamente, Arlet. Te defraudé y mucho.

—Aun así, me alegro de que hayas recuperado a tu hijo.

—Si no llega a ser por ti, ahora no estaría aquí. Lo siento, tanto...

Marga casi echa a perder sus planes. Si hubiera muerto, en efecto, habría truncado las maquinaciones de Lucifer, pero no habrían podido cambiar el pasado. Tuvo miedo cuando vio que se le escapaba la vida. Al final, lo había conseguido.

—Bueno, lo importante es que puedas disfrutarlo. ¿Cómo lo lleva tu marido?

—¿Javier? Bien, adaptándose. Supongo que es algo extraño para todos. Ahora con quien tengo una lucha bestial es con mi exmarido por su custodia. Es un tema muy delicado. El niño quiere estar aquí y no desea verlo.

—Lo siento.

Reanudaron la marcha con cierta tirantez entre ellas. Por el camino, observaron cómo los dos niños se entendían entre ellos a las mil maravillas. Él era muy sobreprotector con ella y se empeñaba en llevar su mochila. De vez en cuando, la pinchaba y terminaban discutiendo, resultaba hermoso verlos juntos.

—Me temo que te debo una gran disculpa. No sabía que Álvaro os estaba ayudando. Si me hubieras comentado algo... —se atrevió a decir Marga.

—Dejémoslo así y continuemos con esta oportunidad que nos ha dado la vida. Todos debemos curar nuestras cicatrices.

Su amiga estuvo de acuerdo. En la puerta de entrada, Tanit se despidió afectuosamente de su madre y esta sonrió al verla tan feliz. No esperó a Marga; ella aún tenía que dejar a su bebé en la guardería.

Llovía a cántaros de camino a la oficina, sin embargo, esta vez un futuro nuevo se abría para ella, lleno de posibilidades. Cuando entró en el trabajo, se encontró con su jefa sentada en su escritorio.

—Arlet, cuando puedas, ¿te importaría ayudarme a traducir esta rescisión de contrato? No estoy muy segura de si lo he redactado bien.

—Luisa, ¿te vas de la empresa?

—¿Yo? ¡Qué va, mujer! Es para anular un contrato con uno de los proveedores.

Arlet suspiró de alivio. Ya no tenía que preocuparse del sustituto de su jefa, ni de su supuesta fusión. Todo volvía a estar en orden.

El día voló rápido. Cuando terminó su jornada, se pasó por el apartamento que había compartido con Markus. Una señora muy mayor le abrió la puerta.

—Perdone, ¿vive aquí un hombre llamado Markus? Tiene muchos tatuajes, los ojos verdes y el pelo rapado.

La anciana negó con la cabeza. Se marchó de allí desilusionada. ¿Dónde estaba Markus? Cuando llegó a su casa, una sombra en su porche le hizo asomarse por la mirilla. Bastián se encontraba allí haciendo tiempo. Vestía muy informal. Debajo de su parka llevaba una remera a rayas y un tejano. Le abrió la puerta con mucho recelo.

—Hola —le saludó al verla. Un silencio incómodo se hizo entre ellos. No sabía si darle dos besos o no—. Quería hablar contigo, espero que no te importe.

—¿Qué haces aquí? —Su voz sonó muy brusca: no era a él a quien esperaba encontrar al otro lado de la puerta.

—He perdido mi anterior trabajo, en su lugar, me han ofrecido otro más modesto en el centro de Madrid. Me he buscado un pisito por aquí cerca. Ahora podré estar más tiempo con Tanit y podré ayudarte con ella. Deseo que algún día puedas perdonarme por todo el mal que te he hecho.

Su reticencia a creerle, su desconfianza, todas esas dudas, se reflejaban en su mirada.

—Más vale que recuperes el tiempo perdido con ella —dijo tras mucho dudar—. No tendrás otra oportunidad como esta. Y, lo más importante, ¿puedo fiarme de ti?

—Te doy mi palabra. Sé que es complicado después de todo lo que ha pasado, mas quiero demostrarte que puedo cambiar. Por cierto, Arlet, no te pido una segunda oportunidad para intentarlo porque sé que la he cagado contigo, aun así, quería que supieras que siempre te he querido.

Se le veía arrepentido; sin embargo, no conseguiría que lo mirase como el día en el que se habían casado. Ya no confiaba en él y su corazón latía por otra persona.

—¿Ya no está la supermodelo contigo?

—No. No sé qué ha sido de ella ni de toda la secta. De todas formas, lo nuestro solo era conveniencia.

—Bueno, entonces, ¿a qué debo esta visita?

—¿Te importa si me quedo hoy yo con Tanit? Me gustaría pasar el día con ella. Agradezco a Dios que la haya salvado.

—No metas a Dios en esto. Al sacrificarme yo, el agujero en el tiempo se abrió igualmente, solo que negó a Lucifer la entrada a este mundo. Entre unos y otros, casi traéis a un monstruo. Espero que hayáis aprendido la lección.

—Sí. No sabes lo arrepentido que estoy... Te debo mucho. Entonces, ¿te parece bien lo de Tanit o no?

—Supongo que no puedo negarme, eres su padre y legalmente tienes la custodia. Nadie sabe nada de lo que pasó en nuestra anterior vida, así que solo espero que la cuides bien.

—Te lo prometo. Bueno, pues lo dicho, no te entretengo más, me voy a por ella. No quiero llegar tarde.

—Sí, anda, ve. Se alegrará mucho de verte. Dile que me llame en cuanto salga. —Quería estar segura de que estaría bien con él.

Bastían asintió y se marchó corriendo. Cuando cerró la puerta, observó su casa por dentro. Se le antojaba siempre muy grande, y ahora que estaba sola, más. Como Tanit no cenaría con ella, se preparó una ensalada de pasta. Seguía dándole vueltas a ese misterioso número. No recordaba conocer a ningún Michael. Tentada estuvo varias veces de llamar para preguntarle quién era, pero se sentía ridícula.

Cuando vibró su teléfono, se pegó un buen susto. Era su madre.

—Hola, hija. No sabes cuánto me alegro de oír tu voz. Tanit... ¿está viva?

—Sí, mamá. Estamos las dos bien.

—Me alegra escuchar eso. —Era una situación muy difícil para las dos—. Solo quería decirte que siento muchísimo lo que pasó.

—Llega demasiado tarde esa disculpa, madre. Me es imposible hacer borrón y cuenta nueva tan fácilmente. En estos momentos necesito pensar, no puedo perdonarte lo que sucedió. Además, ahora no quiero forzar una relación que no nos conduzca a nada.

—Entiendo —dijo con la voz quebrada—. Esperaré lo que haga falta. Me lo merezco.

Cuando colgó, sintió que aquella brecha que se había abierto entre ellas, tardaría mucho en cerrarse. Seguía muy dolida con ella pese a sus disculpas;

necesitaba espacio para encajar todo aquello. El tiempo pondría a cada uno en su lugar, pero, por el momento, irían manteniendo un contacto muy neutro.

A las nueve de la noche comenzó a bostezar del sueño. Con Tanit había hablado a continuación de su madre y parecía estar bien. Por ese lado, se quedó más tranquila. Estaba cepillándose los dientes cuando sonó la puerta. Frunció el ceño extrañada y bajó a abrir. Al otro lado, se encontró a Markus muy nervioso. Estaba vestido con un traje de esmoquin negro sin corbata y con la camisa desabrochada. Sus tatuajes sobresalían por el cuello, dándole ese aire de chico malo que tanto le gustaba. Venía cargado con un enorme ramo de rosas rojas. Las iniciales de los niños ya no estaban tatuadas en sus nudillos. Arlet tiró de él hacia adentro y lo besó apasionadamente. Cuando se separó de él para coger aire, él suspiró. A duras penas, dejó el ramo sobre el mueble aparador de la entrada y apesó sus labios nuevamente.

—Llevo todo el día queriendo llamarte, pero prefería darte una sorpresa —le dijo Markus.

—Y me la has dado: llevo todo el día esperándote. He pasado a buscarte por el piso y no te he encontrado.

—Bueno, resulta que me he despertado en mi antiguo piso de soltero.

—¿Y eso dónde es?

—En pleno centro de Madrid y se me hace muy solitario. Te echo de menos. Estaba pensando venirme a vivir aquí contigo si te parece bien. Me gustaría compartir mi vida contigo.

—¡Humm! Eso suena tentador...

Markus le estaba desbrochando la blusa entre beso y beso.

—Además, quiero hacerte muchos hijos.

Se deshizo de su chaqueta y camisa, y su torso desnudo quedó al descubierto. Sus músculos llenos de tatuajes fascinaron a Arlet. Con besos muy cortos, los recorrió despacito.

—¿Y cómo vamos a mantener a tantos hijos? —le preguntó ronroneando de placer como un gatito.

—Ahora soy el dueño de mi propia cadena de restaurantes.

Arlet se separó bruscamente y arrugó su frente.

—¿En serio?

—Sí. Ya ves. Antes de conocerte me iba muy bien y este es el resultado, así que tú por eso no te preocupes. No nos va a faltar de nada y, si quieres, puedes dejar de trabajar si así tú lo deseas. —Mordisqueó su lóbulo y ella gimió.

—Markus...

—No, ya no me llamo así. Mi verdadero nombre es Michael.

—¿Qué? —preguntó desorientada—. ¿Así que tú eres ese contacto nuevo en el móvil? Me gusta. Michael, ¡oh, Michael!

Él la cogió a horcajadas, la subió a la cama, la tumbó sobre ella y le quitó el resto de la ropa. Su piel desnuda le sedujo. Tenía sed de ella. Era todo un tesoro que quería conquistar.

—No sabes la de veces que he soñado con tenerte otra vez entre mis brazos y devorar con la mirada cada centímetro de tu piel. Verte de nuevo con mis propios ojos es todo un lujo.

Arlet se incorporó con cariño y besó sus párpados.

—Me volví loca al verte sin ellos.

Lo besó en la boca y jugueteó con su lengua.

—Chica mala, ¿quieres jugar? —Él comenzó a dejar un rastro húmedo con su lengua mientras descendía peligrosamente hacia su centro.

—Markus, digo Michael...

—Dime que me quieres, Arlet.

—Más que eso, te amo.

Él levantó la vista de su cuerpo y profundizó en su mirada.

—Yo también te amo, Arlet. Tuve mucho miedo cuando noté que te clavabas aquella daga. Cuando me susurraste que me querías, me sonó a despedida, pero al agregar «nos vemos», intuí que lo habías hecho para darnos una segunda oportunidad en la vida; que, de alguna forma, habías conseguido averiguar cómo hacerlo. Me hiciste el hombre más feliz del mundo y no pienso desaprovecharla.

—Yo tampoco, mi amor. Créeme que pienso hacerte muy feliz. No quiero que te pase nada.

—Y yo a ti. Aunque de lo que más me alegro es de saber que Jaime, mi exsocio está en la cárcel. Parece que su pasado siempre fue turbio y ha terminado donde debía haber estado desde el principio. Es lo primero que he hecho nada más levantarme: averiguar su paradero. Es como si se hubiera dado la vuelta a la tortilla para todos los que adoraban a Lucifer. Sin su influjo, viven acorde a sus actos. En fin, olvidémonos de ellos y concentrémonos en lo que estábamos haciendo.

Arlet gimió cuando Michael la acarició. La pasión que ardía por dentro los arrolló con fuerza. Ninguno estaba para más preludios. Michael entró dentro de ella y se movió hasta que ya no pudo más, esparciendo su simiente cuando

ambos llegaron al clímax. Sudorosos, quedaron dormidos pegados el uno al lado del otro, con piernas y brazos entrelazados.

Nueve meses más tarde...

—Mami, es precioso. Tengo el hermanito más bonito del mundo. ¿Cómo lo vais a llamar?

—Markus —respondió Michael.

—Sí, me gusta. —Arlet asintió complacida mientras le daba el pecho a su pequeño bebé.

Aún estaba muy cansada del parto, pero era tan feliz que poco le importó las señales que le enviaba su cuerpo. Solo tenía ojos para su preciosa familia.

FIN

SOBRE MIS NOVELAS

Deseo que lo hayas disfrutado, si te gusta, te agradecería que me lo dijeras ya sea en Amazon o en *Goodreads*, pues es la única forma de tener feedback. Espero ansiosa vuestros comentarios y muchas gracias por leerla.

Becka M. Frey es mi seudónimo y todas las novelas que saque bajo este nombre serán para un público adulto y de contenido erótico, próxima novela histórica, estad atentos, puedes seguirme en Facebook en: [Becka M Frey](#)

Seduciendo a un salvaje novela de erótica:

Desde hace dos años, Bruno acude cada jueves al The Cage Boxing Club de Miami. A pesar de que nunca falta, no se relaciona con nadie, no sonríe, ni siquiera saluda; solo practica boxeo y se marcha.

Lorene es masajista en el gimnasio. Intrigada por averiguar los verdaderos motivos que lo llevan a comportarse así, decide comentarlo con su mejor amigo, compañero y también monitor, y este le advierte con rudeza que no se acerque a él bajo ningún concepto. Lejos de amedrentarla, esa respuesta hace que aumente su curiosidad, aunque ve muy improbable que haya algún tipo de acercamiento entre ellos.

Sin embargo, tras dos semanas sin aparecer por el gimnasio, Lorene recibe un extraño mensaje. Bruno quiere que vaya a su casa a darle un masaje, pero tiene una condición: nadie de su entorno laboral puede saberlo.

Tentada por la propuesta, ya que, al fin, se le presenta la oportunidad que anhelaba, no piensa desaprovecharla.

¿Qué secretos esconde Bruno? ¿Será Lorene capaz de abrirse paso a través del muro que él ha construido y poder conocer así al hombre que hay tras esa fachada de indiferencia?

Link: <https://rxe.me/4FN653>

Sin embargo, con mi verdadero nombre [Begoña Medina Escritora](#) tengo otra serie de novelas juveniles que también pueden gustarte a ti o para regalar si tienes conocidos en esas edades, ya que me considero en ese sentido bastante polifacética, nada tienen que ver unas con otras:

Mi dulce infierno te espera. Una trilogía de ángeles y demonios que te seducirá con su magia.

Fraguado desde el abismo del Inframundo, hay un destino que nada ni nadie podrá cambiar. Las sombras del mal acechan al cielo, pero no todo está escrito.

Maya vive en la Tierra camuflada como una adolescente más. Tras esa máscara artificial, esconde un secreto que le avergüenza: pertenece a una peligrosa estirpe de demonios, LOS INNOMBRABLES. Condenada a vivir bajo la atenta vigilancia de los ángeles, será recluida en el Infierno si pone en peligro a la humanidad.

Una noche se cruza en su camino un misterioso muchacho. Atraídos e incapaces de estar separados, deberán luchar contra ellos mismos y descubrir qué misterios se ocultan para que su relación sea considerada una amenaza.

Link digital: rx.me/ZN456R

Link papel: rx.me/1983264296

El príncipe de Arabia es una novela juvenil de fantasía.

En el colegio Maravillas andan revolucionados por un concurso de una famosa editorial. Fátima ansía hacerse con él. Pero pronto se dará cuenta que escribir un libro no es tan fácil. Decepcionada y frustrada por no encontrar una idea original para sus escritos, agita un extraño reloj de arena mientras expresa su deseo de vivir una aventura. De repente, se aparece en medio de un desierto bajo un sol abrasador.

Y ahí es donde comenzará realmente esta aventura de alfombras voladoras, lámparas mágicas y genios, hechizos y encantamientos. ¿Preparado para sumergirte en este mundo de tules, dunas y secretos?

Una saga de genios de la lámpara que te seducirá con su magia:
relinks.me/B076PKRCFX

Y si la quieres leer en inglés, también traducida, *The Prince of Arabia*:
relinks.me/B07B6SM6C4

En Amazon tengo publicado tres relatos junto a otros escritores:

40 relatos de terror (Tempestad en Medio de la Noche): [40 relatos de terror](#)

40 relatos de amor (El Lazo Roto): [40 relatos de amor](#)

Dragones de Stygia (Hay vida más allá): [Dragones de Stygia](#)

¡TE ESPERO!

SOBRE LA AUTORA

Becka M. Frey es el pseudónimo que usa Begoña Medina para sacar novelas exclusivamente para adultos, una línea de novelas eróticas su mayoría que espera que os gusten.

Para encontrar a la autora, puedes contactarla en:

Gmail: beckamfrey@gmail.com

Facebook: [Becka M Frey](#)